

CHRISTUS

1968

SEPTIEMBRE

No: 394

s u m a r i o

EDITORIAL 830

SANTA SEDE

Cualquier acto matrimonial debe quedar abierto a la transmisión de la vida. 834

El credo del pueblo de Dios 854

MORAL

Posición de la Iglesia con respecto al problema demográfico 862

TEOLOGIA

Teología de la eficiencia en el Apostolado 876

El nuevo catecismo holandés 881

PASTORAL

Pastoral de la Iglesia en el mundo actual 890

LITURGIA VIVA

Constitución Apostólica "Pontificalis Romani" 904

Nueva visión del Año Litúrgico 907

Predicación 915

BIBLIOGRAFIA 923

Para una mayor intelección de la síntesis elaborada por los padres jesuitas Guillermo Michel y Roberto Oliveros, sobre una *Teología de la eficiencia en el apostolado*, de E. Schillebeeckx, O.P., es conveniente decir que "apostolado" sencillamente en castellano significa "envío". Aunque esta palabra existe en griego clásico, es un término específicamente cristiano (judeo cristiano tal vez). Se sabe que *apostellein* significa "enviar" y que el *apostolos* es esencialmente un "enviado".

Lo que domina pues en esta noción no es la idea de "propaganda", ni siquiera la de celo —de uno que es muy celoso, y al mismo tiempo desinteresado, decimos que es un verdadero apóstol...—: lo que domina es la idea de "envío".

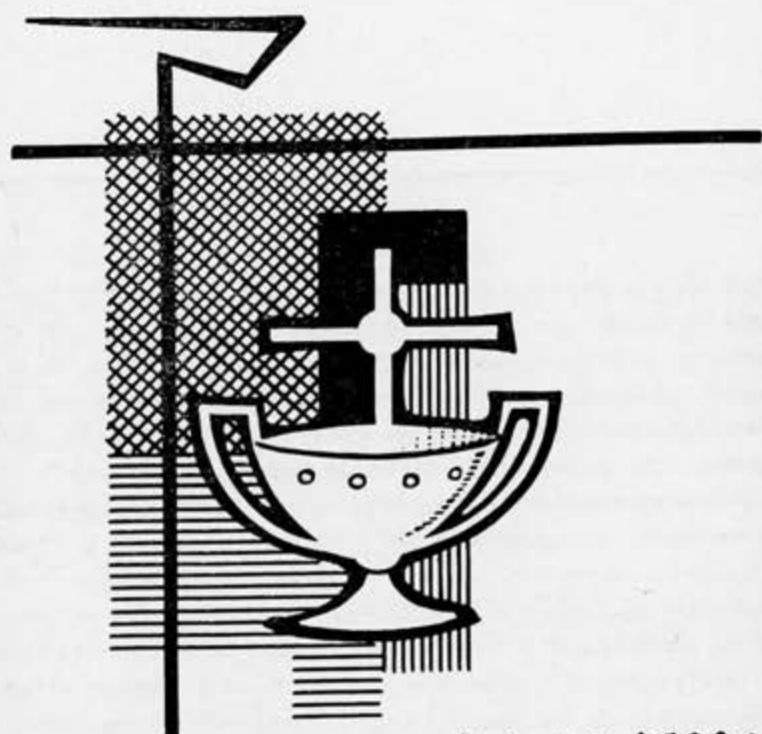
La noción misma de "envío" comporta, si no la queremos vaciar totalmente de su contenido, tres términos. El enviado, por tanto el apóstol, aquél por quien es enviado y aquéllos a quienes es enviado. Sabremos lo esencial del apostolado cristiano, si sabemos por quién y a quiénes uno es enviado.

Los Doce fueron enviados por Jesucristo. Pero el mismo Jesús había sido enviado, y de la manera más formal, presenta el envío que él hace de sus apóstoles como una consecuencia de la acción por la cual el Padre le ha enviado a él, al mundo: "Como me envió mi Padre, así os envío yo".

Se podría considerar esta continuidad de misión —del Padre al

Hijo venido en la carne, y luego, de él a los apóstoles y a toda la cadena de misión que procede de ellos, hasta nosotros— desde su aspecto jurídico, es decir desde el ángulo de su legitimidad, de la autoridad, de las condiciones jurídicas de la transmisión apostólica. Todo esto es muy importante, pero aquí no podemos insistir en ello. Señalaré solamente como de paso, una idea que puede poner en claro la preocupación con que la Iglesia mira todas estas determinaciones jurídicas y su observancia. Esta preocupación meticulosa juega, en la Nueva Alianza, un papel semejante al que desempeñaba, en el Antiguo Testamento, la vigilancia de Dios sobre la sucesión y la pureza de la raza mesiánica. Se ha hecho notar (W. Vischer), por ejemplo, que es esta vigilancia la que explica episodios que a nosotros nos desconciertan un poco, como son el de los manejos de los Patriarcas con su mujer, o el de la historia de Tamar (Gén. 38). No había que dejar perder el linaje mesiánico. La "sucesión apostólica" es algo análogo: una transmisión de misión, con su legitimidad y los poderes inherentes a toda misión.

Pero yo quisiera considerar con vosotros el *Alma* del apostolado. En el mismo Evangelio de San Juan, junto a "Como me envió mi Padre, así os envío yo", encontramos: "Como el Padre me amó, yo también os he amado" (Jn. 15, 19). El alma del apostolado, lo que anima esta gran continuidad de misión que tiene su origen en el Padre y que, desde el Padre, anima todo envío en la Iglesia, pasando por Cristo y los Apóstoles, es el amor. Y el mundo de hoy —tercer término del "envío"— lo que más necesita, por lo que está clamando desgarradoramente es por el amor: "Como El nos ha amado".



LAS FABRICAS DE LYON, S.A.

articulos religiosos
Av. MADERO 72 • MEXICO I, D.F.
Tels. 12-19-88 y 10-33-86

casa fundada en 1894

Santa Sede

Cualquier acto abierto a

Carta Encíclica de Su

Venerables hermanos y amados hijos:

La transmisión de la vida.

1. El gravísimo deber de transmitir la vida humana ha sido siempre para los esposos, colaboradores libres y responsables de Dios Creador, fuente de grandes alegrías aunque algunas veces acompañadas de no pocas dificultades y angustias.

I. NUEVOS ASPECTOS DEL PROBLEMA Y COMPETENCIA DEL MAGISTERIO.

Nuevo enfoque del problema.

2. Los cambios que se han producido son, en efecto, notables y de

En todos los tiempos ha planteado el cumplimiento de este deber serios problemas en la conciencia de los cónyuges, pero con la actual transformación de la sociedad se han verificado unos cambios tales que han hecho surgir nuevas cuestiones que la Iglesia no podía ignorar por tratarse de una materia relacionada tan de cerca con la vida y la felicidad de los hombres.

diversa índole. Se trata, ante todo, del rápido desarrollo demográfico. Muchos manifiestan el temor de que la población mundial aumente más

matrimonial debe quedar la transmisión de la vida

Santidad el Papa Paulo VI sobre la regulación de la natalidad

rápidamente que las reservas de que dispone, con creciente angustia para tantas familias y pueblos en vía de desarrollo, siendo grande la tentación de las autoridades de oponer a este peligro medidas radicales. Además, las condiciones de trabajo y de habitación y las múltiples exigencias que van aumentando en el campo económico y en el de la educación, con frecuencia hacen hoy difícil el mantenimiento adecuado de un número elevado de hijos.

de los actos conyugales en relación con este amor.

Finalmente, y sobre todo, el hombre ha llevado a cabo progresos estupendos en el dominio y en la organización racional de las fuerzas de la naturaleza, de modo que tiende a extender ese dominio a su mismo ser global: al cuerpo, a la vida psíquica, a la vida social y hasta las leyes que regulan la transmisión de la vida.

3. El nuevo estado de cosas hace plantear nuevas preguntas. Consideradas las condiciones de la vida actual y dado el significado que las relaciones conyugales tienen en orden a la armonía entre los esposos y su mutua fidelidad, ¿no sería indicado revisar las normas éticas hasta

Se asiste también a un cambio, tanto en el modo de considerar la personalidad de la mujer y su puesto en la sociedad como en el valor que hay que atribuir al amor conyugal dentro del matrimonio y en el aprecio que se debe dar al significado

ahora vigentes, sobre todo si se considera que las mismas no pueden observarse sin sacrificios, algunas veces heroicos?

Más aún, extendiendo a este campo la aplicación del llamado "principio de totalidad", ¿no se podría admitir que la intención de una fecundidad menos exuberante, pero más racional, transformase la intervención materialmente esterilizadora en un control lícito y prudente de los nacimientos? Es decir, ¿no se podría admitir que la finalidad procreadora pertenezca al conjunto de la vida conyugal más bien que a cada uno de los actos? Se pregunta también si, dado el creciente sentido de responsabilidad del hombre moderno, no haya llegado el momento de someter a su razón y a su voluntad, más que a los ritmos biológicos de su organismo, la tarea de regular la natalidad.

Competencia del magisterio.

4. Estas cuestiones exigían del ma-

gisterio de la Iglesia una nueva y profunda reflexión acerca de los principios de la doctrina moral del matrimonio, doctrina fundada sobre la ley natural, iluminada y enriquecida por la Revelación divina.

Ningún fiel querrá negar que corresponde al magisterio de la Iglesia el interpretar también la ley moral natural. Es, en efecto, incontrovertible —como tantas veces han declarado nuestros predecesores (1) que Jesucristo, al comunicar a Pedro y a los apóstoles su autoridad divina y al enviarlos a enseñar a todas las gentes sus mandamientos (2) los constituía en custodios y en intérpretes auténticos de toda ley moral, es decir, no sólo de la ley evangélica, sino también de la natural, expresión de la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento fiel es igualmente necesario para salvarse (3).

En conformidad con esta su misión, la Iglesia dio siempre, y con más amplitud en los tiempos recientes, una doctrina coherente, tanto

sobre la naturaleza del matrimonio como sobre el recto uso de los derechos conyugales y sobre las obligaciones de los esposos (4).

Estudios especiales.

5. La conciencia de esa misma misión nos indujo a confirmar y a ampliar la Comisión de Estudio que nuestro predecesor Juan XXIII, de f.m., había instituido en el mes de marzo del año 1963. Esta Comisión, de la que formaban parte bastantes estudiosos de las diversas disciplinas relacionadas con la materia y parejas de esposos, tenía la finalidad de recoger opiniones acerca de las nuevas cuestiones referentes a la vida conyugal, en particular a la regulación de la natalidad, y de suministrar elementos de información oportunos, para que el magisterio pudiese dar una respuesta adecuada a la espera de los fieles y de la opinión pública mundial (5).

Los trabajos de estos peritos, así

como los sucesivos pareceres y los consejos de buen número de nuestros hermanos en el Episcopado, quienes los enviaron espontáneamente o respondiendo a una petición expresa, nos han permitido ponderar mejor los diversos aspectos del complejo argumento. Por ello les expresamos de corazón a todos nuestra viva gratitud.

La respuesta del magisterio.

6. No podíamos, sin embargo, considerar como definitivas las conclusiones a que había llegado la Comisión ni dispensarnos de examinar personalmente la grave cuestión; entre otros motivos, porque en el seno de la Comisión no se había alcanzado una plena concordancia de juicios acerca de las normas morales a proponer y, sobre todo, porque habían aflorado algunos criterios de soluciones que se separaban de la doctrina moral sobre el matrimonio propuesta por el magisterio de la Iglesia con constante firmeza. Por ello, habiendo

(1) Cfr. Pío XI. Enc. "Qui pluribus", 9 de noviembre de 1946. "Pío IX P. M. Acta", vol. 1, págs. 9-10; San Pío X. Enc. "Singulari Quadam", 24 de septiembre de 1912, AAS 4 (1912), pág. 658; Pío XI, cfr. "Casti Connubii", 31 de diciembre de 1930, AAS 22 (1930), págs. 579-581; Pío XII, Alloc. "Magnificate Dominum" al Episcopado del mundo católico, 2 de noviembre de 1954, AAS 46 (1954), págs. 671-672; Juan XXIII Enc. "Mater et Magistra", 15 de mayo de 1961, AAS 53 (1961) pág. 457.

(2) Cfr. Mat. 28, 18-19.

(3) Cfr. Mat. 7, 21.

(4) Cfr. "Catechismus Romanus Concilii Tridentini, parte II capítulo VIII: León XIII, Enc. "Arcanum", 10 de febrero de 1880. "Acta L. XIII", 2 (1881) págs. 26-29; Pío XI, Enc. "Divini illius Magistri", 31 de diciembre de 1929, AAS 22 (1930), págs. 58-61; Enc. "Casti Connubii", 31 de diciembre de 1930, AAS 22 (1930), págs. 545-546; Pío XII, Allocución a la Unión Italiana médico-biológica de San Lucas, 12 de noviembre

de 1944, "Discorsi e Radiomessaggi", VI, págs. 191-192; al Convenio de la Unión Católica Italiana de Comadronas, 29 de octubre de 1951, AAS 43 (1951), págs. 853-854; al Congreso del "Fronte della Famiglia" y de la Asociación de Familias Numerosas, 28 de noviembre de 1951, AAS 43 (1951), págs. 857-859; al VII Congreso de la Sociedad Internacional de Ematología, 12 de septiembre de 1958, AAS 50 (1958), págs. 734-735; Juan XXIII, Enc. "Mater et Magistra", AAS 53 (1961), págs. 446-447; "Codex Iuris Canonici", canon 1067; 1.068, párrafo 1; 1.076, párrafos 1-2; Concilio Vaticano II. Const. Past. "Gaudium et Spes", números 47-52.

(5) Cfr. Allocución de Pablo VI al Sacro Colegio, 23 de junio de 1964, AAS 56 (1964), págs. 588; a la Comisión para el estudio de los problemas de la población, de la familia y de la natalidad, 27 de marzo de 1965, AAS (1965) página 388; al Congreso Nacional de la Sociedad Italiana de Obstetricia y Ginecología, 29 de octubre de 1966, AAS 58 (1966), pág. 1168.

examinado atentamente la documentación que se nos presentó y después de madura reflexión y de asiduas

preguntas queremos ahora, en virtud del mandato que Cristo nos confió, dar nuestras respuestas a estas graves cuestiones.

II. PRINCIPIOS DOCTRINALES

Una visión global del hombre.

7. El problema de la natalidad, como cualquier otro referente a la vida humana, hay que considerarlo, por encima de las perspectivas parciales de orden biológico o psicológico, demográfico o sociológico, a la luz de una visión integral del hombre y de su vocación, no sólo natural y terrena sino también sobrenatural y eterna. Y puesto que en el intento de justificar los métodos artificiales del control de los nacimientos, muchos han apelado a las exigencias del amor conyugal y de una "paternidad responsable", conviene precisar bien el verdadero concepto de estas dos grandes realidades de la vida matrimonial, remitiéndonos sobre todo a cuanto ha declarado, a este respecto, en forma altamente autorizada, el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral "Gaudium et Spes".

El amor conyugal.

8. La verdadera naturaleza y nobleza del amor conyugal se revelan

cuando éste es considerado en su fuente suprema. Dios, que es Amor (6), "el Padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra" (7).

El matrimonio no es, por tanto, efecto de la casualidad o producto de la evolución de fuerzas naturales inconscientes; es una sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor. Los esposos, mediante su recíproca donación personal, propia y exclusiva de ellos, tienden a la comunión de sus seres en orden a un muto perfeccionamiento personal, para colaborar con Dios en la generación y en la educación de nuevas vidas.

En los bautizados el matrimonio reviste, además, la dignidad de signo sacramental de la gracia, en cuanto representa la unión de Cristo y de la Iglesia.

Sus características.

9. Bajo esta luz aparecen claramente las notas y las exigencias carac-

terísticas del amor conyugal, siendo de suma importancia tener una idea exacta de ellas.

Es, ante todo, un amor plenamente "humano", es decir, sensible y espiritual al mismo tiempo. No es, por tanto, una simple efusión del instinto y del sentimiento, sino que es también, y principalmente, un acto de la voluntad libre, destinado a mantenerse y a crecer mediante las alegrías y los dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana.

Es un amor "total", esto es, una forma singular de amistad personal, con la cual los esposos comparten generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas. Quien ama de verdad a su propio consorte, no lo ama sólo por lo que de él recibe sino por sí mismo, gozoso de poderlo enriquecer con el don de sí.

Es un amor "fiel y exclusivo" hasta la muerte. Así lo concibe el esposo y la esposa el día en que asumen libremente y con plena conciencia el empeño del vínculo matrimonial. Fidelidad que a veces puede resultar difícil pero que siempre es posible, noble y meritoria; nadie puede negarlo. El ejemplo de numerosos esposos a través de los siglos demuestra

que la fidelidad no sólo es connatural al matrimonio, sino también manantial de felicidad profunda y duradera.

Es, por fin, un amor "fecundo" que no se agota en la comunión entre los esposos sino que está destinado a prolongarse suscitando nuevas vidas. "El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole. Los hijos son, sin duda, el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremanera al bien de los propios padres" (8).

La paternidad responsable.

10. Por ello el amor conyugal exige a los esposos una conciencia de su misión de "paternidad responsable" sobre la que hoy tanto se insiste con razón y que hay que comprender exactamente. Hay que considerarla bajo diversos aspectos legítimos y relacionados entre sí.

En relación con los procesos biológicos, paternidad responsable significa conocimiento y respeto de sus funciones; la inteligencia descubre, en el poder de dar la vida, leyes biológicas que forman parte de la persona humana (9).

En relación con las tendencias del instinto y de las pasiones, la paternidad responsable comporta el dominio

(6) Cfr. I Jo., 4, 8.

(7) Ef., 3, 15.

(8) Conc. Vat. II Const. Past. "Gaudium et spes", número 50.

(9) Cfr. Santo Tomás, "Sum. Teol." I-II, q. 94, a. 2.

necesario que sobre aquéllas han de ejercer la razón y la voluntad.

En relación con las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales, la paternidad responsable se pone en práctica ya sea con la deliberación ponderada y generosa de tener una familia numerosa ya sea con la decisión, tomada por graves motivos y en el respeto de la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido.

La paternidad responsable comporta sobre todo una vinculación más profunda con el orden moral objetivo, establecido por Dios, cuyo fiel intérprete es la recta conciencia. El ejercicio responsable de la paternidad exige, por tanto, que los cónyuges reconozcan plenamente sus propios deberes para con Dios, para consigo mismo para con la familia y la sociedad en una justa jerarquía de valores.

En la misión de transmitir la vida, los esposos no quedan, por tanto, libres para proceder arbitrariamente, como si ellos pudiesen determinar de manera completamente autónoma los caminos lícitos a seguir, sino que deben conformar su conducta a la intención creadora de Dios, mani-

festada en la misma naturaleza del matrimonio y de sus actos y constantemente enseñada por la Iglesia (10).

Respetar la naturaleza y la finalidad del acto matrimonial.

11. Estos actos, con los cuales los esposos se unen en casta intimidad, y a través de los cuales se transmite la vida humana, son, como ha recordado el Concilio, "honestos y dignos" (11) y no cesan de ser legítimos si, por causas independientes de la voluntad de los cónyuges, se prevén infecundos, porque continúan ordenados a expresar y consolidar su unión. De hecho, como atestigua la experiencia, no se sigue una nueva vida de cada uno de los actos conyugales. Dios ha dispuesto con sabiduría leyes y ritmos naturales de fecundidad que por sí mismos distancian los nacimientos. La Iglesia, sin embargo, al exigir que los hombres observen las normas de la ley natural interpretada por su constante doctrina, enseña que cualquier acto matrimonial ("quilibet matrimonii usus") debe quedar abierto a la transmisión de la vida (12).

(10) Cfr. "Gaudium et spes", números 50 y 51.

(11) Ibid., número 49, 2o.

(12) Cfr. Pío XI, Enc. "Casti Connubii", AAS 22 (1930), pág. 560; Pío XII, AAS 43 (No. 1951), pág. 843.

Inseparables los dos aspectos: unión y procreación.

12. Esta doctrina, muchas veces expuesta por el magisterio, está fundada sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador. Efectivamente, el acto conyugal, por su íntima estructura, mientras une profundamente a los esposos, los hace aptos para la generación de nuevas vidas, según las leyes inscritas en el ser mismo del hombre y de la mujer. Salvaguardando ambos aspectos esenciales; unitivo y procreador, el acto conyugal conserva íntegro el sentido de amor mutuo y verdadero y su ordenación a la altísima vocación del hombre a la paternidad. Nos pensamos que los hombres, en particular los de nuestro tiempo, se encuentran en grado de comprender el carácter profundamente razonable y humano de este principio fundamental.

Fidelidad al plan de Dios.

13.—Justamente se hace notar que un acto conyugal impuesto al cónyuge sin considerar su condición actual y sus legítimos deseos, no es un verdadero acto de amor; y prescinde,

por tanto, de una exigencia del recto orden moral en las relaciones entre los esposos. Así, quien reflexiona rectamente deberá también reconocer que un acto de amor recíproco, que prejuzgue la disponibilidad a transmitir la vida que Dios Creador, según particulares leyes, ha puesto en él, está en contradicción con el designio constitutivo del matrimonio y con la voluntad del Autor de la vida. Usar este don divino destruyendo su significado y su finalidad, aun sólo parcialmente, es contradecir la naturaleza del hombre y de la mujer y sus más íntimas relaciones, y por lo mismo es contradecir también el plan de Dios y su voluntad. Usufructuar en cambio el don del amor conyugal respetando las leyes del proceso generador significa reconocerse no árbitros de las fuentes de la vida humana, sino más bien administradores del plan establecido por el Creador. En efecto, al igual que el hombre no tiene un dominio ilimitado sobre su cuerpo en general, del mismo modo tampoco lo tiene, con más razón, sobre las facultades generadoras en cuanto tales, en virtud de su ordenación intrínseca a originar la vida, de la que Dios es principio. "La vida humana es sagrada, recordaba Juan XXIII; desde su comienzo, compromete directamente la acción creadora de Dios" (13).

(13) Juan XXIII, Enc. "Mater et Magistra", AAS 53 (1961), pág. 447.

Vías ilícitas para la regulación de los nacimientos.

14. En conformidad con estos principios fundamentales de la visión humana y cristiana del matrimonio, debemos una vez más declarar que hay que excluir absolutamente, como vía lícita para la regulación de los nacimientos, la interrupción directa del proceso generador ya iniciado, y sobre todo el aborto, directamente querido y procurado, aunque sea por razones terapéuticas (14).

Hay que excluir igualmente, como el magisterio de la Iglesia ha declarado muchas veces, la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer (15); queda además excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como

medio, hacer imposible la procreación (16).

Tampoco se pueden invocar como razones válidas, para justificar los actos conyugales intencionalmente infecundos, el mal menor o el hecho de que tales actos constituirían un todo con los actos fecundos anteriores o que seguirán después, y que por tanto compartirían la única e idéntica bondad moral. En verdad, si es lícito alguna vez tolerar un mal moral menor a fin de evitar un mal mayor o de promover un bien más grande (17), no es lícito, ni aun por razones gravísimas, hacer el mal para conseguir el bien (18), es decir, hacer objeto de un acto positivo de voluntad lo que es intrínsecamente desordenado y por lo mismo indigno de la persona humana, aunque con ello se quisiese salvaguardar o promover el bien individual, familiar o social. Es, por tanto, un error pensar que un acto conyugal, hecho volun-

tariamente infecundo, y por esto intrínsecamente deshonesto, pueda ser cohonestado por el conjunto de una vida conyugal fecunda.

Licitud de los medios terapéuticos.

15. La Iglesia, en cambio, no tiene de ningún modo ilícito el uso de los medios terapéuticos verdaderamente necesarios para curar enfermedades del organismo, a pesar de que se siguiese un impedimento, aun previsto, para la procreación, con tal de que ese impedimento no sea, por cualquier motivo, directamente querido (19).

Licitud del recurso a los períodos infecundos.

16. A estas enseñanzas de la Iglesia sobre la moral conyugal se objeta hoy, como observábamos antes (n. 3), que es prerrogativa de la inteligencia humana dominar las energías de la naturaleza irracional y orientarlas hacia un fin en conformidad con el bien del hombre. Algunos se preguntan: actualmente, ¿no es quizá racional recurrir en muchas circunstancias al control artificial de los nacimientos, si con ello se obtienen la armonía y la tranquilidad de la familia

y mejores condiciones para la educación de los hijos ya nacidos? A esta pregunta hay que responder con claridad: la Iglesia es la primera en elogiar y en recomendar la intervención de la inteligencia en una obra que tan de cerca asocia la creatura racional a su Creador, pero afirma que esto debe hacerse respetando el orden establecido por Dios.

Per consiguiente, si para espaciar los nacimientos existen serios motivos, derivados de las condiciones físicas o psicológicas de los cónyuges, o de circunstancias exteriores, la Iglesia enseña que entonces es lícito tener en cuenta los ritmos naturales immanentes a las funciones generadoras para usar del matrimonio sólo en los períodos infecundos y así regular la natalidad sin ofender los principios morales que acabamos de recordar (20).

La Iglesia es coherente consigo misma cuando juzga lícito el recurso a los períodos infecundos, mientras condena siempre como ilícito el uso de medios directamente contrarios a la fecundación, aunque se haga por razones aparentemente honestas y serias. En realidad, entre ambos casos existe una diferencia esencial: en el primero los cónyuges se sirven legítimamente de una disposición natu-

(14) Cfr. "Catechismus Romanus Concilii Tridentini", parte II, capítulo VIII; Pío XI, Enc. "Casti Connubii", AAS 22 (1930), págs. 562-564; Pío XII, "Discorsi e Radiomessaggi", VI, págs. 191-192, AAS 43 (1951), págs. 842-843, 857-859; Juan XXIII, Enc. "Pacem in Terris", 11 de abril de 1963, AAS 55 (1963), págs. 259-260; "Gaudium et Spes", número 51.

(15) Cfr. Pío XI, "Casti Connubii", AAS 22 (1930), pág. 565; "Decreto del Santo Oficio", 22 de febrero de 1940, AAS 32 (1940), pág. 73; Pío XII, AAS 43 (1951), págs. 843-844; AAS 50 (1958), págs. 734-735.

(16) Cfr. "Catechismus Romanus Concilii Tridentini", parte II, capítulo VIII; Pío XI, Enc. "Casti Connubii", AAS 22 (1930), págs. 559-561; Pío XII, AAS 43 (1951), pág. 843; AAS 50 (1958), págs. 734-735; Juan XXIII, Enc. "Mater et Magistra", AAS 53 (1961), pág. 447.

(17) Cfr. Pío XII, Alloc. al Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos, 6 de diciembre de 1953, AAS 45 (1953), págs. 798-799.

(18) Cfr. Rom., 3, 8.

(19) Cfr. Pío XII, Alloc. a los participantes al Congreso de la Asociación Italiana de Urología, 8 de octubre de 1953, AAS 45 (1953), págs. 674-675; AAS 50 (1958), págs. 734-735.

(20) Cfr. Pío XII, AAS 43 (1951), pág. 846.

ral; en el segundo impiden el desarrollo de los procesos naturales. Es verdad que, tanto en uno como en otro caso, los cónyuges están de acuerdo en la voluntad positiva de evitar la prole por razones plausibles, buscando la seguridad de que no se seguirá; pero es igualmente verdad que solamente en el primer caso renuncian conscientemente al uso del matrimonio en los períodos fecundos cuando por justos motivos la procreación no es deseable, y hacen uso después en los períodos agénésicos para manifestarse el afecto y para salvaguardar la mutua fidelidad. Obrando así ellos dan prueba de amor verdadero e integralmente honesto.

Graves consecuencias de los métodos de regulación artificial de la natalidad.

17. Los hombres rectos podrán convencerse todavía más de la consistencia de la doctrina de la Iglesia en este campo si reflexionan sobre las consecuencias de los métodos de la regulación artificial de la natalidad. Consideren, antes que nada, el camino fácil y amplio que se abriría a la infidelidad conyugal y a la degradación general de la moralidad. No se necesita mucha experiencia para conocer la debilidad humana y para comprender que los hombres, especialmente los jóvenes, tan vulnerables en este punto, tienen necesi-

dad de aliento para ser fieles a la ley moral y no se les debe ofrecer cualquier medio fácil para burlar su observancia. Podría también temerse que el hombre, habituándose al uso de las prácticas anticonceptivas, acabase por perder el respeto a la mujer y, sin preocuparse más de su equilibrio físico y psicológico, llegase a considerarla como simple instrumento de goce egoístico y no como a compañera, respetada y amada.

Reflexiónese también sobre el arma peligrosa que de este modo se llegaría a poner en las manos de autoridades públicas despreocupadas de las exigencias morales. ¿Quién podría reprochar a un Gobierno el aplicar a la solución de los problemas de la colectividad lo que hubiera sido reconocido lícito a los cónyuges para la solución de un problema familiar? ¿Quién impediría a los gobernantes favorecer y hasta imponer a sus pueblos, si lo consideran necesario, el método anticonceptivo que ellos juzgaren más eficaz? En tal modo los hombres, queriendo evitar las dificultades individuales, familiares o sociales que se encuentran en el cumplimiento de la ley divina, llegarían a dejar a merced de la intervención de las autoridades públicas el sector más personal y más reservado de la intimidad conyugal.

Por tanto, si no se quiere exponer al arbitrio de los hombres la misión

de engendrar la vida, se deben reconocer necesariamente unos límites infranqueables a la posibilidad de dominio del hombre sobre su propio cuerpo y sus funciones; límites que a ningún hombre, privado o revestido de autoridad, es lícito quebrantar. Y tales límites no pueden ser determinados sino por el respeto debido a la integridad del organismo humano y de sus funciones, según los principios antes recordados y según la recta inteligencia del "principio de totalidad" ilustrado por nuestro predecesor Pío XII (21).

La Iglesia, garantía de los auténticos valores humanos.

18. Se puede prever que estas enseñanzas no serán quizá fácilmente aceptadas por todos: son demasiadas las voces —ampliadas por los modernos medios de propaganda— que están en contraste con la de la Iglesia. A decir verdad, ésta no se maravilla de ser, a semejanza de su divino

Fundador, "signo de contradicción" (22), pero no deja por esto de proclamar con humilde firmeza toda la ley moral, natural y evangélica. La Iglesia no ha sido la autora de éstas, ni puede por tanto ser su árbitro, sino solamente su depositaria e intérprete, sin poder jamás declarar lícito lo que no lo es por su íntima e inmutable oposición al verdadero bien del hombre.

Al defender la moral conyugal en su integridad, la Iglesia sabe que contribuye a la instauración de una civilización verdaderamente humana; ella compromete al hombre a no abdicar la propia responsabilidad para someterse a los medios técnicos; defiende con esto mismo la dignidad de los cónyuges. Fiel a las enseñanzas y al ejemplo del Salvador, ella se demuestra amiga sincera y desinteresada de los hombres a quienes quiere ayudar, ya desde su camino terreno, a "participar como hijos a la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres" (23).

III. DIRECTIVAS PASTORALES

La Iglesia, Madre y Maestra.

presión adecuada del pensamiento y de las solicitudes de la Iglesia, Madre y Maestra de todas las gentes,

19. Nuestra palabra no sería ex-

(21) AAS 45 (1953), págs. 674-675; Alloc. a los dirigentes y socios de la Asociación Italiana de Donadores de Córnea, AAS 48 (1956), págs. 461-462.

(22) Luc., 2, 34.

(23) Pablo VI, Enc. "Populorum Progressio", 26 de marzo de 1967, número 21.

si, después de haber invitado a los hombres a observar y a respetar la ley divina referente al matrimonio, no les confortase en el camino de una honesta regulación de la natalidad, aun en medio de las difíciles condiciones que hoy afligen a las familias y a los pueblos. La Iglesia, efectivamente, no puede tener otra actitud para con los hombres que la del Redentor: conoce su debilidad, tiene compasión de las muchedumbres, acoge a los pecadores, pero no puede renunciar a enseñar la ley que en realidad es la propia de una vida humana llevada a su verdad originaria y conducida por el Espíritu de Dios (24).

Posibilidad de observar la ley divina.

20. La doctrina de la Iglesia en materia de regulación de la natalidad, promulgadora de la ley divina, aparecerá fácilmente a los ojos de muchos difícil e incluso imposible en la práctica. Y en verdad que, como todas las grandes y beneficiosas realidades exige un serio empeño y muchos esfuerzos de orden familiar, individual y social. Más aún, no sería posible actuarla sin la ayuda de Dios, que sostiene y fortalece la buena voluntad de los hombres. Pero a todo aquel que reflexione seriamente, no puede menos de aparecer que tales esfuerzos ennoblecen al hombre y benefician la comunidad humana.

(24) Cfr., Rom., cap. 8.

Dominio de sí mismo.

21. Una práctica honesta de la regulación de la natalidad exige sobre todo a los esposos adquirir y poseer sólidas convicciones sobre los verdaderos valores de la vida y de la familia, y también una tendencia a procurarse un perfecto dominio de sí mismos. El dominio del instinto, mediante la razón y la voluntad libre, impone sin ningún género de duda una ascética, para que las manifestaciones afectivas de la vida conyugal estén en conformidad con el orden recto y particularmente para observar la continencia periódica. Esta disciplina, propia de la pureza de los esposos, lejos de perjudicar el amor conyugal, le confiere un valor humano más sublime. Exige un esfuerzo continuo, pero, en virtud de su influjo beneficioso, los cónyuges desarrollan íntegramente su personalidad, enriqueciéndose de valores espirituales: aportando a la vida familiar frutos de serenidad y de paz y facilitando la solución de otros problemas; favoreciendo la atención hacia el otro cónyuge; ayudando a superar el egoísmo, enemigo del verdadero amor, y enraizando más su sentido de responsabilidad, los padres adquieren así la capacidad de un influjo más profundo y eficaz para educar a los hijos, los niños y los jóvenes crecen en la justa estima de los valores humanos y en el des-

arrollo sereno y armónico de sus facultades espirituales y sensibles.

Crear un ambiente favorable a la castidad.

22. Nos queremos en esta ocasión llamar la atención de los educadores y de todos aquellos que tienen incumbencia de responsabilidad en orden al bien común de la convivencia humana, sobre la necesidad de crear un clima favorable a la educación de la castidad, es decir, al triunfo de la libertad sobre el libertinaje, mediante el respeto del orden moral.

Todo lo que en los medios modernos de comunicación social conduce a la excitación de los sentidos, al desenfreno de las costumbres, como cualquier forma de pornografía y de espectáculos licenciosos, debe suscitar la franca y unánime reacción de todas las personas, solícitas del progreso de la civilización y de la defensa de los supremos bienes del espíritu humano. En vano se trataría de buscar justificación a estas depravaciones con el pretexto de exigencias artísticas o científicas (25), aduciendo como argumento la libertad concedida en este campo por las autoridades públicas.

Llamamiento a las autoridades públicas.

23. Nos decimos a los gobernantes,

(25) Cfr. Conc. Vat. II, Decreto "Inter Mirifica" sobre los medios de comunicación social, números 6-7.

tes, que son los primeros responsables del bien común y que tanto pueden hacer para salvaguardar las costumbres morales: no permitáis que se degrade la moralidad de vuestros pueblos; no aceptéis que se introduzcan legalmente en la célula fundamental, que es la familia, prácticas contrarias a la ley natural y divina. Es otro el camino por el cual los poderes públicos pueden y deben contribuir a la solución del problema demográfico: el de una cuidadosa política familiar y de una sabia educación de los pueblos, que respete la ley y la libertad de los ciudadanos.

Somos conscientes de las graves dificultades con que tropiezan los poderes públicos a este respecto, especialmente en los pueblos en vías de desarrollo. A sus legítimas preocupaciones hemos dedicado nuestra encíclica "Populorum Progressio". Y con nuestro predecesor, Juan XXIII, seguimos diciendo: "Estas dificultades no se superan con el recurso a métodos y medios que son indignos del hombre y cuya explicación está sólo en una concepción estrechamente materialística del hombre mismo y de su vida. La verdadera solución solamente se halla en el desarrollo económico y en el progreso social, que respeten y promuevan los verdaderos valores humanos, individua-

les y sociales" (26). Tampoco se podría hacer responsable, sin grave injusticia, a la Divina Providencia de lo que por el contrario dependería de una menor sagacidad de gobierno, de un escaso sentido de la justicia social, de un monopolio egoísta o también de la indolencia reproachable en afrontar los esfuerzos y sacrificios necesarios para asegurar la elevación del nivel de vida de un pueblo y de todos sus hijos (27). Que todos los Poderes responsables —como ya algunos lo vienen haciendo laudablemente— reaviven generosamente los propios esfuerzos y que no cese de extenderse el mutuo apoyo entre todos los miembros de la familia humana: es un campo inmenso el que se abre de este modo a la actividad de las grandes organizaciones internacionales.

A los hombres de ciencia.

24. Queremos ahora alentar a los hombres de ciencia, los cuales "pueden contribuir notablemente al bien del matrimonio y de la familia y a la paz de las conciencias si, uniendo sus estudios, se proponen aclarar más profundamente las diversas condiciones favorables a una honesta re-

gulación de la procreación humana (28). Es de desear en particular que, según el augurio expresado ya por Pío XII, la ciencia médica logre dar una base, suficientemente segura, para una regulación de nacimientos, fundada en la observancia de los ritmos naturales (29). De este modo los científicos, y en especial los católicos, contribuirán a demostrar con los hechos que, como enseña la Iglesia, "no puede haber verdadera contradicción entre las leyes divinas que regulan la transmisión de la vida y aquéllas que favorecen un auténtico amor conyugal" (30).

A los esposos cristianos.

25. Nuestra palabra se dirige ahora más directamente a nuestros hijos, en particular a los llamados por Dios a servirlo en el matrimonio. La Iglesia, al mismo tiempo que enseña las exigencias imprescriptibles de la ley divina, anuncia la salvación y abre con los sacramentos los caminos de la gracia, la cual hace del hombre una nueva criatura, capaz de corresponder en el amor y en la verdadera libertad al designio de su Creador y Salvador, y de encontrar suave el yugo de Cristo (31).

Los esposos cristianos, pues, dóciles a su voz, deben recordar que su vocación cristiana, iniciada en el bautismo se ha especificado y fortalecido ulteriormente con el sacramento del matrimonio. Por lo mismo los cónyuges son corroborados y como consagrados para cumplir fielmente los propios deberes, para realizar su vocación hasta la perfección y para dar un testimonio propio de ellos delante del mundo (32). A ellos ha confiado el Señor la misión de hacer visible ante los hombres la santidad y la suavidad de la ley que une el amor mutuo de los esposos con su cooperación al amor de Dios, autor de la vida humana.

No es nuestra intención ocultar las dificultades, a veces graves, inherentes a la vida de los cónyuges cristianos; para ellos, como para todos, "la puerta es estrecha y angosta la senda que lleva a la vida" (33). La esperanza de esta vida debe iluminar su camino mientras se esfuerzan animosamente por vivir con prudencia, justicia y piedad en el tiempo presente (34), conscientes de que la forma de este mundo es pasajera (35).

Afronten, pues, los esposos los necesarios esfuerzos, apoyados por la

fe y por la esperanza, que "no engaña porque el amor de Dios ha sido difundido en nuestros corazones junto con el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (36); invoquen con oración perseverante la ayuda divina; acudan sobre todo, a la fuente de gracia y de caridad en la Eucaristía. Y si el pecado les sorprendiese todavía, no se desanimen, sino que recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios, que se concede en el sacramento de la penitencia. Podrán realizar así la plenitud de la vida conyugal, descrita por el apóstol: "Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia (...). Los maridos deben amar a sus esposas como a su propio cuerpo. Amar a la esposa ¿no es acaso amarse a sí mismo? Nadie ha odiado jamás su propia carne, sino que la nutre y la cuida como Cristo a su Iglesia (...). Este misterio es grande, pero entendido de Cristo y la Iglesia. Por lo que se refiere a vosotros, cada uno en particular ame a su esposa como a sí mismo y la mujer respete a su propio marido" (37).

Apostolado entre los hogares.

26. Entre los frutos logrados con

(26) Cfr. Enc. "Mater et Magistra", AAS 53 (1961), pág. 447.

(27) Cfr. Enc. "Populorum Progressio", números 48-55.

(28) "Gaudium et Spes", No. 52.

(29) Cfr. AAS 43 (1951), pág. 859.

(30) "Gaudium et Spes", No. 51.

(31) Cfr. Mat., 11, 30.

(32) Cfr., "Gaudium et Spes", No. 48; Conc. Vat. II. Const. Dogm. "Lumen Gentium", No. 35.

(33) Mat., 7, 14; cfr. Hebr., 12-11.

(34) Cfr. Tit. 2, 12.

(35) Cfr. I Cor. 7, 31.

(36) Rom., 5, 5.

(37) Ef., 5, 25, 28-29, 32-33.

copado, depositario e intérprete. Obra grande de verdad, estamos convenidos de ello, tanto para el mundo como para la Iglesia, ya que el hombre no puede hallar la verdadera felicidad, a la que aspira con todo su ser, más que en el respeto de las leyes grabadas por Dios en su naturaleza y que debe observar con inteligencia y amor. Nos invocamos sobre esta tarea, como sobre todos

vosotros, y en particular sobre los esposos, la abundancia de las gracias del Dios de santidad y de misericordia, en prenda de las cuales os otorgamos nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta del Apóstol Santiago, 25 de julio de 1968, VI de nuestro pontificado.

PAULUS PP VI

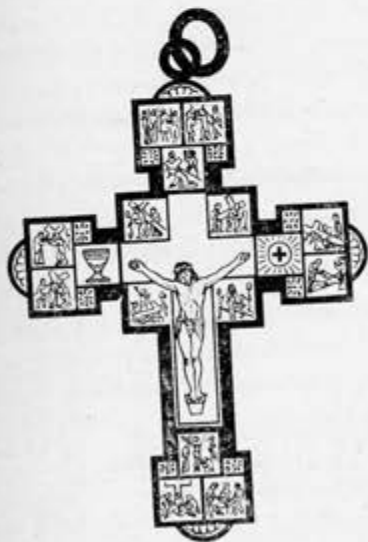
EL TROQUEL, S. A.

Casa Proveedora de Artículos Religiosos.

2ª Venezuela N° 50. Apdo. Post. 524
México 1, D. F.

Tenemos en existencia un buen surtido de Stos. Cristos y Crucifijos de madera, latón, alpaca y niquelados, etc., y hemos fabricado especialmente crucifijos con el Viacrucis que ofrecemos de:

4 x 5 cm. a \$500.00 el ciento
4.5 x 3 cm. a \$400.00 el ciento
y \$66.00 por 12 piezas.
y \$54.00 por 12 piezas.



LO MEJOR EN CALIDAD Y SERVICIO



VELAS

LITURGICAS LIMPIAS PERFECTAS

CIRIOS PASCUALES,
VELAS DECORADAS,
INCIENSOS,
VELADORAS,
ACEITE,
ENCENDEDORES,
CARBON,
CAPITELES,
PORTAVELAS, ETC.

LAMPARAS OLEOCERINA, APROBADAS
PARA SAGRARIOS



El Credo del pueblo de Dios

Discurso de Pablo VI en la

Clausura del Año de la Fe

Venerados hermanos y amados hijos:

Terminamos con esta liturgia solemne la celebración del XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo y concluimos también el "Año de la Fe": lo habíamos dedicado a la conmemoración de los santos Apóstoles para testimoniar nuestra voluntad inquebrantable de fidelidad al depósito de la fe (1) que ellos nos transmitieron y para fortificar nuestro deseo de vivirlo en la coyuntura histórica en que se encuentra la Iglesia, peregrina en medio del mundo.

Sentimos el deber de manifestar públicamente nuestra gratitud a todos aquellos que han respondido a nuestra invitación, confiriendo al "Año de la Fe" una magnífica plenitud, con una adhesión personal más profunda a la palabra de Dios, con la renovación en las diversas comunidades de la profesión de fe y con el testimonio de una vida cristiana. A nuestros hermanos en el Episcopado, de una manera especial, y a todos los fieles de la santa Iglesia ca-

tólica, les expresamos nuestros reconocimientos y les damos nuestra bendición.

Nos parece también que debemos cumplir el mandato confiado por Cristo a Pedro, del que somos sucesor, aunque el último en méritos, de confirmar en la fe a nuestros hermanos (2). Conscientes, ciertamente, de nuestra debilidad humana, pero con toda la fuerza que tal mandato imprime a nuestro espíritu, vamos a hacer una profesión de fe, a pronunciar un credo que, sin ser una definición dogmática propiamente dicha, recoge en sustancia, y en algún aspecto desarrollado en consonancia con la condición espiritual de nuestro tiempo, el credo de Nicea, el credo de la inmortal Tradición de la Santa Iglesia de Dios.

Crisis de fe

Al hacerlo somos conscientes de la inquietud que agita en relación con la fe ciertos ambientes modernos, los cuales no se sustraen a la influencia de un mundo en profunda mutación en el que tantas co-

sas ciertas se impugnan o discuten. Nos vemos que aún algunos católicos se dejan llevar de una especie de pasión por el cambio y la novedad. La Iglesia, ciertamente, tiene siempre el deber de continuar su esfuerzo para profundizar y presentar de una manera cada vez más adaptada a las generaciones que se suceden, los insondables misterios de Dios, ricos para todos de frutos de salvación. Pero es preciso al mismo tiempo tener el mayor cuidado, al cumplir el deber indispensable de búsqueda, de no atentar a las enseñanzas de la doctrina cristiana. Porque esto sería entonces originar, como se ve desgraciadamente hoy en día, turbación y perplejidad en muchas almas fieles.

Conviene a este propósito recordar que, por encima de lo observable, científicamente comprobado, la inteligencia que Dios nos ha dado alcanza "lo que es", y no solamente la expresión subjetiva de las estructuras y de la evolución de la conciencia; y por otra parte, que la incumbencia de la interpretación —de la hermenéutica— es tratar de comprender y de desentrañar, con respecto a la palabra pronunciada, el sentido propio de un texto, y en ningún modo

crear este sentido de nuevo a merced de hipótesis arbitraria.

Pero, por encima de todo, Nos ponemos nuestra inquebrantable confianza en el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, y en la fe teológica, sobre la que descansa la vida del Cuerpo Místico. Sabemos que las almas esperan la palabra del Vicario de Cristo y Nos respondemos a esta expectativa con las instrucciones que normalmente damos. Pero hoy tenemos la oportunidad de pronunciar una palabra más solemne.

En este día elegido para clausurar el Año de la Fe, en esta fiesta de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, hemos querido ofrecer al Dios vivo el homenaje de una profesión de fe. Y como en otro tiempo en Cesarea de Filipo el apóstol Pedro tomó la palabra en nombre de los Doce para proclamar verdaderamente, por encima de las opiniones humanas, a Cristo, Hijo del Dios vivo, así hoy su humilde sucesor, Pastor de la Iglesia universal, levanta su voz rindiendo, en nombre de todo el pueblo de Dios, un firme testimonio a la verdad divina confiada a la Iglesia para que ella la anuncie a todas las naciones.

(1) Cfr. 1 Tim., 6, 20.

(2) Cfr. Luc., 22, 32.

Nos hemos querido que nuestra profesión de fe fuera bastante completa y explícita a fin de responder de una manera apropiada a la necesidad de luz que experimentan tantas almas fieles y todos aquellos que en el mundo, a cualquier familia espiritual que pertenezcan, están buscando la verdad.

A gloria del Dios tres veces Santo y de Nuestro Señor Jesucristo, confiando en la ayuda de la Santísima Virgen María y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, para utilidad y edificación de la Iglesia, en nombre de todos los Pastores y de todos los fieles Nos pronunciamos ahora esta profesión de fe, en plena comunión espiritual con todos vosotros, queridos hermanos e hijos.

Profesión de fe

Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de las cosas visibles como es este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles como los espíritus puros que reciben también el nombre de ángeles (3) y creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal.

Creemos que este Dios único es absolutamente uno en su esencia infinitamente santa al igual que en todas sus perfecciones, en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y en su amor. El es "el que es", como lo ha revelado a Moisés (4); y "El es Amor", como el apóstol Juan nos lo enseña (5); de forma que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma realidad divina de Aquél que ha querido darse a conocer a nosotros y que, "habitando en una luz inaccesible" (6) está en sí mismo por encima de todo nombre, de todas las cosas y de

toda inteligencia creada. Solamente Dios nos puede dar ese conocimiento justo y pleno revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados por gracia a participar, aquí abajo en la oscuridad de la fe y más allá de la muerte en la luz eterna. Los lazos mutuos que constituyen eternamente las Tres Personas, siendo cada una el solo y el mismo ser divino, son la bienaventurada vida íntima del Dios tres veces santo, infinitamente superior a lo que podemos concebir con la capacidad humana (7). Damos con todo gracias a la bondad divina por el hecho de que gran número de creyentes puedan atestiguar juntamente con nosotros delante de los hombres la Unidad de Dios, aunque no conozcan el Misterio de la Santísima Trinidad.

Creemos, pues, en el Padre que engendra al Hijo desde la eternidad; en el Hijo, Verbo de Dios, que es eternamente engendrado; en el Espíritu Santo, Persona increada, que procede del Padre y del Hijo, como eterno amor de ellos. De este modo en las Tres Personas divinas, "coaeternae sibi et coaequales" (8) sobreabundan y se consuman en la eminencia y la gloria, propias del Ser increado, la vida y la bienaventuranza de Dios perfectamente uno, y siempre "se debe venerar la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad" (9).

Creemos en Jesucristo

Creemos en nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo de Dios. El es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre, "homoeousios to Patri" (10) y por quien todo ha sido hecho. Se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre: igual por tanto al Padre, según la divinidad e inferior al Padre, según la huma-

nidad (11), y uno en sí mismo, no por una imposible confusión de las naturalezas, sino por la unidad de la persona (12).

Habitó entre nosotros, con plenitud de gracia y de verdad. Anunció e instauró el Reino de Dios y nos hizo conocer en El al Padre. Nos dio un mandamiento nuevo: amarnos los unos a los otros como El nos ha amado. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas del Evangelio: la pobreza de espíritu, la mansedumbre, el dolor soportado con paciencia, la sed de justicia, la misericordia, la pureza de corazón, la voluntad de paz, la persecución, soportada por la justicia. Padebió en tiempos de Poncio Pilato, como Cordero de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo, y murió por nosotros en la Cruz, salvándonos con su sangre redentora. Fue sepultado y por su propio poder resucitó al tercer día, elevándonos por su Resurrección a la participación de la vida divina que es la vida de la gracia. Subió al Cielo y vendrá de nuevo esta vez con gloria para juzgar a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos: quienes correspondieron al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna; quienes lo rechazaron hasta el fin, al fuego inextinguible.

Y su reino no tendrá fin.

Creemos en el Espíritu Santo

Creemos en el Espíritu Santo, que es Señor y da la vida, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria. El nos ha hablado por los profetas y ha sido enviado a nosotros por Cristo después

de su Resurrección y su Ascensión al Padre; El ilumina, vivifica, protege y guía la Iglesia, purificando sus miembros si éstos no se sustraen a la gracia. Su acción, que penetra hasta lo más íntimo del alma, tiene el poder de hacer al hombre capaz de corresponder a la llamada de Jesús: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt., 5, 48).

Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo (13) y que en virtud de esta elección singular, Ella ha sido, en atención a los méritos de su Hijo, redimida de modo eminente (14), preservada de toda mancha de pecado original (15) y colmada del don de la gracia más que todas las demás criaturas (16).

Asociada por un vínculo estrecho e indisoluble a los Misterios de la Encarnación y de la Redención (17), la Santísima Virgen, la Inmaculada, ha sido elevada al final de su vida terrena en cuerpo y alma a la gloria celestial (18) y configurada con su Hijo resucitado en la anticipación del destino futuro de todos los justos. Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia (19) continúa en el Cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos (20).

El pecado original

Creemos que en Adán todos pecaron, lo cual quiere decir que la falta original co-

(3) Cfr. "Dz.-Sch." 3002.

(4) Cfr. Ex., 3, 14.

(5) Cfr. 1 Jn., 4, 8.

(6) 1 Tim., 6, 16.

(7) Cfr. "Dz.-Sch." 804.

(8) "Dz.-Sch." 75.

(9) "Dz.-Sch." 75.

(10) "Dz.-Sch." 150.

(11) Cfr. "Dz.-Sch." 76.

(12) Cfr. "Dz.-Sch." 76.

(13) Cfr. "Dz.-Sch." 251-252.

(14) Cfr. "Lumen Gentium" 53.

(15) Cfr. "Dz.-Sch." 2803.

(16) Cfr. "Lumen Gentium" 53.

(17) Cfr. "Lumen Gentium" 53, 58, 61.

(18) Cfr. "Dz.-Sch." 3903.

(19) Cfr. "Lumen Gentium" 53, 56, 61, 63; Pablo VI "Aloc. en la clausura de la III Sesión del Concilio Vat. II": AAS LVI (1964) 1016; Exhort. Apost. "Signum Magnum", Inrod.

(20) Cfr. "Lumen Gentium" 62; Pablo VI. Exhort. Apost. "Signum Magnum", P. 1, n. 1.

metida por él hizo caer a la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado en que experimenta las consecuencias de esta falta y que no es aquél en el que se hallaba la naturaleza al principio en nuestros padres, creados en santidad y justicia y en el que el hombre no conocía ni el mal ni la muerte. Esta naturaleza humana caída, despojada de la vestidura de la gracia, herida en sus propias fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte se transmite a todos los hombres y en este sentido todo hombre nace en pecado.

Sostenemos pues con el Concilio de Trento que el pecado original se transmite con la naturaleza humana, "no por imitación, sino por propagación", y que por tanto "es propio de cada uno" (21).

Creemos que Nuestro Señor Jesucristo, por el Sacrificio de la Cruz nos rescató del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que, según afirma el Apóstol, "donde había abundado el pecado, sobreabundó la gracia" (22).

Creemos en un solo Bautismo, instituido por nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. El Bautismo se debe administrar también a los niños que todavía no son culpables de pecados personales, para que, naciendo privados de la gracia sobrenatural, renazcan "del agua y del Espíritu Santo" a la vida divina en Cristo Jesús (23).

Creemos en la Iglesia

Creemos en la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro. Ella es el Cuerpo Místico de Cristo, al mismo tiempo sociedad visible, instituida con organis-

mos jerárquicos, y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre, el pueblo de Dios peregrino aquí abajo y la Iglesia colmada de bienes celestiales, el germen y las primicias del Reino de Dios, por el que se continúa a lo largo de la historia de la humanidad la obra y los dolores de la Redención y que tiende a su realización perfecta más allá del tiempo en la gloria (24). En el correr de los siglos Jesús, Señor, va formando su Iglesia por los sacramentos, que emanan de su plenitud (25). Por ellos hace participar a sus miembros en los misterios de la Muerte y de la Resurrección de Cristo, en la gracia del Espíritu Santo, fuente de vida y de actividad (26). Ella es, pues, santa, aun albergando en su seno a los pecadores, porque no tiene otra vida que la de la gracia: es, viviendo esta vida, como sus miembros se santifican; y es sustrayéndose a esta misma vida, como caen en el pecado y en los desórdenes que obstaculizan la irradiación de su santidad. Y por esto la Iglesia sufre y hace penitencia por tales faltas que ella tiene el poder de curar en sus hijos en virtud de la Sangre de Cristo y el Don del Espíritu Santo.

Heredera de las promesas divinas e hija de Abraham, según el Espíritu, por este Israel cuyas Escrituras guarda con amor y cuyos patriarcas y profetas venera; fundada sobre los apóstoles y transmitida de generación en generación su palabra siempre viva y sus poderes de pastores en el sucesor de Pedro y los obispos en comunión con él; asistida perennemente por el Espíritu Santo, tiene el encargo de guardar, enseñar, explicar y difundir la verdad que Dios ha revelado de una manera velada por los profetas y plenamente por Cristo Jesús. Creemos todo lo que está contenido en la palabra de Dios escrita o transmitida y que la Iglesia propone para creer, como divinamente revelado, sea por una definición solemne, sea por el magisterio ordinario y

universal (27). Creemos en la infalibilidad de que goza el sucesor de Pedro, cuando enseña "ex cathedra" como Pastor y Maestro de todos los fieles (28), y de la que está asistido también el cuerpo de los obispos cuando ejerce el magisterio supremo en unión con él (29).

Esperanza de unidad

Creemos que la Iglesia fundada por Cristo Jesús, y por la cual El oró, es indefectiblemente una en la fe, en el culto y en el vínculo de la comunión jerárquica. Dentro de esta Iglesia, la rica variedad de ritos litúrgicos y la legítima diversidad de patrimonios teológicos y espirituales, y de disciplinas particulares, lejos de perjudicar a su unidad, la manifiesta ventajosamente (30).

Reconociendo también, fuera del organismo de la Iglesia de Cristo, la existencia de numerosos elementos de verdad y de santificación que le pertenecen en propiedad y que tienden a la unidad católica (31), y creyendo en la acción del Espíritu Santo que suscita en el corazón de los discípulos de Cristo el amor a esta unidad (32) Nos abrigamos la esperanza de que los cristianos que no están todavía en plena comunión con la Iglesia única se reunirán un día en un solo rebaño con un solo Pastor.

Creemos que la Iglesia es necesaria para salvarse, porque Cristo, el solo Mediador y Camino de salvación, se hace presente para nosotros en su Cuerpo que es la Iglesia (33). Pero el designio divino de la salvación abarca a todos los hombres; y los que sin culpa por su parte ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sinceridad y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan por cumplir su voluntad conocida mediante la voz de la conciencia, éstos,

cuyo número sólo Dios conoce, pueden obtener la salvación (34).

Creemos que la misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden, y ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo Místico, es el Sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares. Creemos que del mismo modo que el pan y el vino consagrados por el Señor en la Santa Cena se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que iban a ser ofrecidos por nosotros en la Cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo glorioso, sentado en el Cielo, y creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo a nuestros sentidos igual que antes, es una presencia verdadera, real y sustancial (35).

La transustanciación

Cristo no puede estar así presente en este sacramento más que por la conversión de la realidad misma del pan en su Cuerpo y por la conversión de la realidad misma del vino en su Sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades del pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos. Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia, de una manera muy apropiada, "transustanciación". Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo

(21) Cfr. "Dz.-Sch." 1513.

(22) Cfr. Rom., 5, 20.

(23) Cfr. "Dz.-Sch." 1514.

(24) Cfr. "Lumen Gentium" 8 y 5.

(25) Cfr. "Lumen Gentium" 7, 11.

(26) Cfr. "Sacrosanctum Concilium" 5, 6; "Lumen Gentium" 7, 12, 50.

(27) Cfr. "Dz.-Sch." 3011.

(28) Cfr. "Dz.-Sch." 3074.

(29) Cfr. "Lumen Gentium" 25.

(30) Cfr. "Lumen Gentium" 23; "Orientalium Ecclesiarum" 2, 3, 5, 6.

(31) Cfr. "Lumen Gentium" 8.

(32) Cfr. "Lumen Gentium" 15.

(33) Cfr. "Lumen Gentium" 14.

(34) Cfr. "Lumen Gentium" 16.

(35) Cfr. "Dz.-Sch." 1651.

Jesús son los que están desde ese momento realmente delante de nosotros, bajo las especies sacramentales del pan y del vino (36), como el Señor ha querido, para darse a nosotros en alimento y para asociarnos en la unidad de su Cuerpo Místico (37).

La existencia única e indivisible del Señor en el cielo no se multiplica sino que se hace presente por el Sacramento en los numerosos lugares de la tierra donde se celebra la Misa. Y sigue presente, después del sacrificio, en el Santísimo Sacramento que está en el tabernáculo, corazón viviente de cada una de nuestras Iglesias. Es para nosotros un dulcísimo deber honrar y adorar en la Santa Hostia que ven nuestros ojos al Verbo Encarnado a quien no pueden ver y que sin abandonar el Cielo se ha hecho presente ante nosotros.

El Reino de Dios no es de este mundo

Confesamos que el Reino de Dios iniciado aquí abajo en la Iglesia de Cristo no es de este mundo, cuya figura pasa, y que su crecimiento propio no puede confundirse con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la técnica humanas, sino que consiste en conocer cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en esperar cada vez con más fuerza los bienes eternos, en corresponder cada vez más ardientemente al amor de Dios, en dispensar cada vez más abundantemente la gracia y la santidad entre los hombres.

Es este mismo amor el que impulsa a la Iglesia a preocuparse constantemente del verdadero bien temporal de los hombres. Sin cesar de recordar a sus hijos que ellos no tienen una morada permanente en este mundo, los alienta también en conformidad con la vocación y los medios de cada uno, a contribuir al bien de su ciudad terrenal, a promover la justicia, la paz y la fraternidad entre los hombres, a prodigar ayuda a sus hermanos, en particular a los más pobres y desgraciados. La intensa solicitud

de la Iglesia, Esposa de Cristo, por las necesidades de los hombres, por sus alegrías y esperanzas, por sus penas y esfuerzos, nace del gran deseo que tiene de estar presente entre ellos para iluminarlos con la luz de Cristo y juntar a todos en El, su único Salvador. Pero esta actitud nunca podrá comportar que la Iglesia se conforme con las cosas de este mundo ni que disminuya el ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno.

Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de cuantos mueren en la gracia de Cristo, ya las que todavía deben ser purificadas en el Purgatorio, ya las que desde el instante en que dejan los cuerpos por Jesús son llevadas al Paraíso como hizo con el Buen Ladrón, constituyen el pueblo de Dios más allá de la muerte, la cual será definitivamente vencida en el día de la Resurrección cuando esas almas se unirán de nuevo a sus cuerpos.

Creemos que la multitud de aquellos que se encuentran reunidos en torno a Jesús y a María en el Paraíso forman la Iglesia del Cielo donde, en eterna bienaventuranza, ven a Dios tal como es (38) y donde se encuentran asociadas, en grados diversos, con los santos ángeles al gobierno divino ejercido por Cristo en la gloria, intercediendo por nosotros y ayudando nuestra flaqueza mediante su solicitud fraternal (39).

Creemos en la comunión de todos los fieles de Cristo, de los que aún peregrinan en la tierra, de los difuntos que cumplen su purificación, de los bienaventurados del Cielo, formando todos juntos una sola Iglesia; y creemos que en esta comunión el amor misericordioso de Dios y de los Santos escucha siempre nuestras plegarias, como el mismo Jesús nos ha dicho: pedid y recibiréis (40). De esta forma, con esta fe y esperanza, esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

¡Bendito sea Dios, tres veces santo! Amén.

(36) Cfr. "Dz.-Sch." 1642, 1651-1654; Pablo VI, Enc. "Mysterium Fidei".

(37) Cfr. S. Th., III, 73, 3.

(38) Cfr. 1 Jn., 3, 2; "Dz.-Sch." 1000.

(39) Cfr. "Lumen Gentium" 49.

(40) Cfr. Lc., 10, 9-10; Jn., 16, 24.

moral

Posición de la Iglesia con respecto al Problema Demográfico

Armando Salcedo C., S.J.

1.—La posición de la Iglesia con respecto a los problemas que plantea la explosión demográfica ha ido variando a través de los últimos pontificados. Me refiero a la posición de los Papas, que dan doctrina autorizadamente a toda la Iglesia. Poco tocaré el diverso planteamiento de este problema que hacen los teólogos como personas privadas.

2.—Ese desarrollo de la doctrina, ha ido desde el desinterés práctico y doctrinal, hasta considerar que es un problema que exige del hombre una intervención con los medios que las ciencias actuales han puesto en sus manos.

3.—Vamos a considerar los principales documentos que tenemos de los pontificados de Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI.

4.—En Pío XII, encontramos una posición "providencialista". Ese problema es problema de Dios, por una parte, y por otra, de la sociedad, que debe buscar todos los medios, sobre todo en el orden económico-social para la mejor distribución de las riquezas. No existe una sobrepoblación propiamente dicha, y no conocemos las leyes del crecimiento, por lo menos, de tal manera que se pueda hacer una proyección segura hacia el futuro.

Desde luego que queda prohibida toda intervención directa en la procreación, ni por parte del estado, lo que se considera como un abuso, como parte de la familia. Los padres deben recibir los hijos con hacimiento de gracias, y la Providencia no faltará. Habrá alimentos para todos si hay buena voluntad por parte

de los gobiernos, investigación por parte de los sabios, caridad por parte de todos y justicia social en la repartición de las riquezas.

El uso de los medios que consideramos ilícitos rebajaría la moral de los pueblos y los llevaría finalmente a su propia destrucción.

Los gobiernos tienen que tener en cuenta especialmente el derecho de emigración, que no se hace, como en otras épocas, básicamente por un deseo de lucro, sino por la exigencia de subsistir.

La preocupación principal de Pío XII, es salvaguardar la dignidad de la familia, prohibiendo todo uso de limitación de natalidad por medios artificiales; tanto por parte de los

gobiernos como por parte de los padres mismos.

En cuanto al número de hijos que ha de tener una familia, reconoce que a veces será imposible o muy difícil, o por lo menos poco conveniente que tengan más de los que tienen. El único método aceptable para él fue el de la continencia periódica (o absoluta). Con todo, su mentalidad fue la de favorecer dentro de lo posible las familias numerosas. Dios se encargará por medio de su providencia, de que no falte lo necesario.

Los principales documentos en que se encuentra esta doctrina son los siguientes: (no citados por orden de importancia).

1.—Radiomensaje del 24 de diciem-

bre de 1952, AAS XLV (1953) 33-46, original italiano; Utz 3417-3459.

"Cuando los esposos pretenden permanecer fieles a las leyes intangibles de la vida establecidas por el creador, o cuando para salvar esta fidelidad desean liberarse de los lazos que los fijan en su patria y no encuentran otro remedio que la emigración... se topan con una ley inexorable... que ha determinado cuántas personas pueden emigrar... cuántas pueden nutrir un país en circunstancias determinadas, en el presente y en el futuro... se pretende mecanizar las conciencias, y de ahí las medidas públicas para el control de los nacimientos, la presión de la administración..."

2.—Discurso a los miembros de la federación italiana de Asociaciones de familias numerosas, 20 de enero de 1958: orig. ital. Utz n. 4802-4812.

"El problema de la sobrepoblación y el egoísmo de los hombres: Sin duda que no es el caso de inercia de la Providencia, sino más bien el desorden del hombre, y en particular el egoísmo y la avaricia, lo que determina que permanezca sin solución el problema de la sobrepoblación en la tierra, en parte problema real, en parte temido sin razón como una catástrofe inminente por la sociedad moderna. Gracias al progreso de la técnica, a la facilidad del transporte, con las nuevas fuentes de energía cuyos frutos apenas comien-

zan a recogerse, la tierra puede prometer prosperidad a todos los que ha de albergar todavía por mucho tiempo.

En cuanto al porvenir, ¿quién puede prever cuáles habrán de ser los descubrimientos de la ciencia, tanto dentro como fuera de nuestro planeta? Y ¿quién puede asegurar que el ritmo de crecimiento ha de permanecer el mismo que el de hoy en día? ¿Sería imposible la intervención de una ley moderadora intrínseca al ritmo de expansión? La Providencia se ha reservado el destino futuro del mundo. Con todo, es un hecho extraño que precisamente cuando la ciencia transforma en útiles realizaciones lo que el tiempo pasado creía fruto de imaginaciones calurosas, los temores de algunos transforman las esperanzas de prosperidad bien fundadas, en visiones catastróficas. La sobrepoblación no es pues una razón válida para propagar las prácticas ilícitas del control de los nacimientos, sino el pretexto para legitimar la avaricia y el egoísmo, sea de naciones que temen la expansión de las otras y ven en ello un atentado contra su propia hegemonía política y la reducción de su standard de vida, o bien los individuos, especialmente los más afortunados, que prefieren gozar más ampliamente de los bienes terrestres más bien que asegurarse la gloria y el mérito de suscitar nuevas vidas. Se llega de esta manera a violar las leyes ciertas del Creador, bajo el pretexto de corregir ima-

ginarios errores de la Providencia. Sería por el contrario más racional y útil que la sociedad moderna se aplicara con más resolución y universalidad a reformar su propia conducta, excluyendo las causas del hambre en las zonas "deprimidas" o sobrepobladas, empleando más activamente para fines pacíficos los descubrimientos modernos, adoptando una política más abierta en colaboración de intercambio, una economía de visión más amplia y menos nacionalista sobre todo reaccionando a las sugestiones del egoísmo por medio de la caridad, de la avaricia por una aplicación más concreta de la justicia. Dios no pedirá cuenta a los hombres del destino general de la humanidad, lo que le toca a El, sino de cada una de sus acciones que por su voluntad hayan sido conformes o no con su conciencia.

En cuanto a vosotros, padres e hijos de familias numerosas, continuad aportando con serena firmeza vuestro testimonio de confianza en la divina Providencia, con la certeza de que no faltará con el testimonio de su asistencia cotidiana, y si fuera necesario, con intervenciones extraordinarias, que muchos de vosotros habéis experimentado afortunadamente".

3.—La misma mentalidad se expresa en un documento que no es personalmente de Pío XII, sino de un Substituto de la Secretaría de Estado, Mgr. Montini (documento segu-

ramente revisado por Pío XII, pero que nos muestra la mentalidad del actual Papa en ese tiempo):

Carta del Substituto de la Secretaría de Estado, Mgr. Montini, en ocasión de la Semana Social de Palermo, del 27 de septiembre 1963; Osservatore Rom. 28 y 29 nov. 1953. orig. ital. Utz, n. 3460 ss.

"...no hay nadie que no vea que las sabias y paternales solicitudes del Pontífice romano son actualmente más acuciantes que nunca, ya que las estadísticas de los últimos años, a pesar de los recursos ilimitados de la tierra, ponen en evidencia las crueles desproporciones en numerosas partes del mundo, entre la población y los alimentos disponibles. Semejante fenómeno, que ha llamado la atención de la autoridad pública, ha suscitado con todo una atmósfera de aprensión con respecto a los nacimientos numerosos y a la constante ascensión demográfica de la humanidad, y los ha llevado a pensar que la única solución sería la limitación de los nacimientos. Por tanto, la recrudescencia de la propaganda neo-maltusiana; es decir: en contra de las fuentes mismas de la vida, propaganda que, a nombre de falsos datos científicos, propaga más y más ideas y costumbres que influyen desastrosamente en la moralidad pública y llevan a la sociedad a un debilitamiento de principios morales y religiosos más grave y más funesto to-

davía... deberán tomar en cuenta antes que nada, que ninguna solución de los problemas demográficos podrá ser, considerada según la justicia y la verdad, si no tiene en cuenta, como se debe, el valor sagrado e intangible de la vida humana; o si de cualquier forma que sea olvida el respeto a las normas que presiden la transmisión de la vida. Esta encuentra su aplicación natural en el seno de la familia en la dignidad de las relaciones conyugales y comprende igualmente la procreación y la educación de los hijos. Es por tanto un crimen de ninguna manera justificable por razón de Estado o pretexto eugénico o económico todo atentado a la vida, en su camino, de los padres a la cuna, y hay que calificar de atentado, no solamente la muerte directa del inocente, sino también el fraude contra las intenciones de la naturaleza que, como tales, expresan la voluntad del Creador..."

En Juan XXIII aparecen fundamentalmente las mismas preocupaciones por el problema demográfico, y también las mismas soluciones fundamentalmente, que en el caso de Pío XII. El documento de mayor importancia que tiene es el de Mater et Magistra, en el que a propósito de la cuestión social trata de la explosión demográfica. Afirma que los recursos de la tierra pueden ser mucho mayores de los que actualmente se explotan, que hay que tener una mentalidad providencialista, y que no se puede, según la ley de Dios,

limitar la natalidad por temor a que falten alimentos. Hace la distinción clara entre sobrepoblación absoluta y relativa, y se da cuenta de los problemas de crecimiento que la relativa puede determinar en algunas poblaciones. La solución está en la justicia y en la caridad, como lo propuso Pío XII.

"En estos últimos tiempos aflora a menudo el problema de la relación entre incrementos demográficos, desarrollo económico y disponibilidad de medios de subsistencia, así en plano mundial, como respecto de las comunidades políticas en fase de desarrollo económico.

En plano mundial observan algunos que, según cálculos estadísticos considerados como bastante atendibles, la familia humana en pocos decenios llegará a cifras muy elevadas; mientras el desarrollo económico procederá con ritmo menos acelerado. De donde deducen que, si no se provee oportunamente a limitar el flujo demográfico, la desproporción entre la población y los medios de subsistencia, en un futuro no lejano, se dejará sentir agudamente.

En lo que se refiere a las comunidades políticas en fase de desarrollo económico se observa, siempre a base de datos estadísticos, que la rápida difusión de medidas higiénicas y de cuidados sanitarios apropiados reduce mucho la cifra de la mortalidad, sobre todo infantil; mientras

tiende a permanecer constante o casi constante, a lo menos durante un considerable período de tiempo, la cifra de la natalidad, que en esas comunidades suele ser elevada. Crece pues notablemente el exceso de nacimientos sobre el de defunciones; mientras no aumenta proporcionalmente la eficiencia productiva de los respectivos sistemas económicos. Es, pues, imposible que en las comunidades políticas en vía de desarrollo económico mejore el nivel de vida; más aún, es inevitable que empeore. Por lo cual, para evitar que se desemboque en situaciones de extremo malestar hay quien estima indispensable recurrir a medidas drásticas para eludir o reprimir la natalidad.

Para decir verdad, en el plano mundial, la relación entre el incremento demográfico por una parte y el desarrollo económico y disponibilidad de medios de subsistencia por otra, no parece, a lo menos por ahora y en un futuro próximo que cree dificultad; en todo caso son demasiado inciertos y oscilantes los elementos de que disponemos para poder sacar de aquí conclusiones seguras.

Además Dios, en su bondad y en su sabiduría, ha diseminado en la naturaleza recursos inagotables y ha dado a los hombres inteligencia y genialidad a fin de que creen los instrumentos idóneos para apoderarse de ellos y para hacerlos servir a la satisfacción de las necesidades y exigencias de la vida. Por lo cual la

solución fundamental del problema no se ha de buscar en expedientes que ofenden el orden moral establecido por Dios y ciegan los manantiales mismos de la vida humana, sino en un renovado empeño científico-técnico de parte del hombre en profundizar y extender su dominio sobre la naturaleza. Los progresos ya realizados por las ciencias y las técnicas abren por esta vía horizontes ilimitados.

...Pero... debemos inmediatamente afirmar con claridad que estos problemas no se han de afrontar y estas dificultades no se han de vencer recurriendo a métodos y a medios que son indignos del hombre y que sólo hallan su explicación en una concepción puramente materialista del hombre mismo y de su vida.

La verdadera solución se halla solamente en el desarrollo económico y en el progreso social, que respeten y promuevan los verdaderos valores humanos, individuales y sociales; es decir: desarrollo económico y progreso social, actuados en el ámbito moral, en conformidad con la dignidad del hombre y con el inmenso valor que es la vida de cada uno de los seres humanos; y actuados en una colaboración de escala mundial que permita y fomente una circulación ordenada y fecunda de útiles conocimientos, de capitales y de hombres..."

En el plan de los países subdesa-

rollados, el problema es mucho más serio que en los desarrollados económicamente, ya que los subdesarrollados experimentan actualmente una disminución muy seria de las tasas de mortalidad, y no una disminución de las de nacimientos; y por otra parte, los recursos económicos no crecen al mismo ritmo que la población. Parece por lo tanto imposible que el nivel de vida mejore en esos países; sino que parece inevitable que vaya deteriorando poco a poco, haciendo el problema cada vez más acuciante.

Es cierto que el Papa no ve "en un porvenir cercano" un problema insoluble en el plano mundial.

Declara que no puede acudir a medidas o a métodos que sean contrarios a la dignidad del hombre, como lo quisieran los que tienen una visión del hombre puramente materialista.

Los elementos de solución que se indican son a nivel nacional y a nivel internacional. Hay que crear nuevas fuentes de trabajo, y la ayuda internacional debe concederse en prioridad a aquellos que tienen los problemas más urgentes.

Es claro que los problemas del subdesarrollo no tienen una solución fácil. Acude entonces el Papa a la confianza basada en la fe: "La Providencia divina ha dado al género humano suficientes medios para per-

mitirle llevar con dignidad las cargas que resultan de la transmisión de la vida". Confianza también en el género humano que ha sabido encontrar siempre más y más fuentes de alimentos y de trabajo.

Además acude el Papa al "dominio de sí mismo" en lo que concierne a la transmisión de la vida. "Sería paradójico que a medida que el hombre se hace dueño del cosmos, quede con respecto a sí mismo, en estado de inferioridad y dependencia de sus fuerzas instintivas..." "Hay necesidad de que ese dominio no se obtenga por el recurso a métodos y medios contrarios a la dignidad del hombre".

Pablo VI:

1.—Discurso pronunciado el 4 de octubre de 1965 ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

"(27): Lo que vosotros proclamáis aquí son los derechos y los deberes fundamentales del hombre, su dignidad, su libertad y ante todo, la libertad religiosa. Nos percibimos que sois los intérpretes de lo que de más elevado existe en la sabiduría humana, casi diríamos su carácter sagrado. Porque, ante todo, se trata de la vida del hombre; y la vida del hombre es sagrada: nadie puede osar atentar contra ella. En vuestra asamblea, incluso en lo que concierne al problema de la natalidad, es donde el res-

peto a la vida debe encontrar su más alta profesión y su más razonable defensa. Vuestra tarea es actuar de tal suerte que el pan sea lo suficientemente abundante en la mesa de la humanidad, y no el favorecer un control artificial de los nacimientos, que sería irracional, con vistas a disminuir el número de comensales en el banquete de la vida".

2.—Encíclica "Populorum", de pascua de 1967.

"(17): Es cierto que muchas veces un crecimiento demográfico acelerado añade sus dificultades a los problemas del desarrollo; el volumen de la población crece con más rapidez que los recursos disponibles y nos encontramos aparentemente encerrados en un callejón sin salida. Es, pues, grande la tentación de frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales. Es cierto que los poderes públicos, dentro de los límites de su competencia, pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando las medidas convenientes, con tal que estén de acuerdo con las exigencias de la ley moral y respeten la justa libertad de los esposos. Sin derecho inalienable al matrimonio y a la procreación no hay dignidad humana. Al fin y al cabo es a los padres a los que les toca decidir, con pleno conocimiento de causa, el número de sus hijos, aceptando sus responsabilidades ante Dios, ante ellos mismos, ante los

hijos que ya han traído al mundo y ante la comunidad a la que pertenecen, siguiendo las exigencias de su conciencia, instruida por la ley de Dios auténticamente interpretada y sostenida por la confianza de El".

Parece bastante clara una evolución en la mentalidad de Paulo VI, con respecto al papel que tienen los gobiernos en la información sobre los métodos "morales" de controlar la natalidad en relación con los problemas demográficos que el crecimiento incontrolado propone:

En el discurso a las Naciones Unidas, parece excluir de su competencia el "control de los nacimientos": "no el favorecer un control artificial de los nacimientos, que sería irracional, con vista a disminuir el número de comensales al banquete de la vida". En cambio, en la "Populorum", concede cierta competencia a los gobiernos en ese asunto, precisamente: "Es cierto que los poderes públicos, dentro de los límites de su competencia, pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando las medidas convenientes, con tal que estén de acuerdo con las exigencias de la moral y respeten la justa libertad de los esposos".

No nos ilumina, en este último documento, sobre cuáles sean los "métodos de acuerdo con las exigencias de la moral"; problema sobre el cual S.S. había prometido una respuesta

de tipo doctrinal el 23 de junio de 1964, y que todavía no nos ha dado hasta el momento. Pero, punto muy importante, admite la relación que hay entre la conciencia matrimonial sobre el número de hijos que han de tener, y el problema demográfico: los matrimonios pueden ser instruidos sobre ese problema, y puede ser un dato en su decisión sobre el número de hijos. Otro punto de suma importancia, el Papa repite las afirmaciones del Concilio (que luego veremos), sobre la competencia exclusiva de la pareja sobre el número de hijos que han de tener: sobre este punto, el estado simplemente no tiene competencia: puede instruir, iluminar, ayudar; pero no puede tomar medidas totalitarias o de presión para impedir que las familias tengan todos aquellos hijos que sea prudente y conveniente que tengan. Y ese juicio de conveniencia, les corresponde a ellos exclusivamente.

VATICANO II:

Cooperación internacional en lo tocante al crecimiento demográfico; de la Constitución sobre la Igl., en el mundo actual (Nº 87).

"Es sobremano necesaria la cooperación internacional en favor de aquellos pueblos que actualmente, con harta frecuencia, aparte de otras muchas dificultades, se ven agobiados por la que proviene del rápido

crecimiento de su población. Urge la necesidad de que, por medio de una plena e intensa cooperación de todos los países, pero especialmente de los más ricos, se halle el modo de disponer y de facilitar a la totalidad de la comunidad humana aquellos bienes que son necesarios para el sustento y para la conveniente educación del hombre. Son varios los países que podrían mejorar mucho sus condiciones de vida si pasaran dotados de la conveniente enseñanza, de métodos agrícolas...

"Los gobiernos respectivos tienen derechos y obligaciones en lo que toca a los problemas de su propia población, dentro de los límites de su específica competencia. Tales son, por ejemplo, la legislación social y la familiar, la emigración del campo a la ciudad, la información sobre la situación y necesidades del país. Como hoy la agitación que en torno a este problema sacude a los espíritus es tan intensa, es de desear que los católicos expertos en todas estas materias, particularmente en las universidades, continúen con dedicación los estudios comenzados y los desarrollen cada vez más.

"Dado que muchos afirman que el crecimiento de la población mundial, o al menos el de algunos países, debe frenarse por todos los medios y con cualquier tipo de intervención de la autoridad pública, el Concilio exhorta a todos a que se prevengan

frente a las soluciones, propuestas en privado o en público, y a veces impuestas, que contradicen a la moral. Porque, conforme al inalienable derecho del hombre al matrimonio y a la procreación, la decisión sobre el número de hijos depende del recto juicio de los padres y de ningún modo puede someterse al criterio de la autoridad pública. Y como el juicio de los padres requiere como presupuesto una conciencia rectamente formada, es de gran importancia que todos puedan cultivar una recta y auténticamente humana responsabilidad que tenga en cuenta la ley divina, consideradas las circunstancias de la realidad y de la época... Dése al hombre también conocimiento sabiamente cierto de los progresos científicos en el estudio de los métodos que puedan ayudar a los cónyuges en la determinación del número de hijos, métodos cuya seguridad haya sido bien comprobada y cuya concordancia con el orden moral esté demostrada".

Añade a lo visto anteriormente, la necesidad de que se hagan investigaciones científicas sobre los métodos que no violen el orden moral, y que se instruya a los hombres sobre esos métodos. Un punto de gran importancia, es el reconocimiento implícito de los Padres del Concilio, de la posibilidad moral de desvincular el acto sexual matrimonial de las consecuencias de procreación; no basados solamente —como quisieron algunos an-

tes del Concilio en que el "ritmo" no da completa seguridad, sino buscando al mismo tiempo la seguridad en la no-procreación, y la moralidad del acto sexual matrimonial. No nos dicen cuáles sean esos métodos que no violen el orden moral; pero supone que los hay.

Parece, pues, que hay que plantear el problema a muy diversos niveles, en la enseñanza de la Iglesia:

a) **Nivel internacional:** mientras no se cumpla con la justicia y la caridad en las relaciones internacionales (sobre todo en el campo económico y en el cultural), el problema propuesto por el crecimiento demográfico en los países subdesarrollados no se va a resolver. Las medidas que haya que tomar en este plano, ya en concreto, están más puntualizadas en "Populorum", y en "Mater et Magistra". No me extendiendo en ellas. Posibilidad de emigración.

b) **Nivel nacional:** igualmente: se necesita que todos tengan las mismas oportunidades en cuanto a tener un salario digno de un hombre, salario familiar, por lo menos absoluto (aunque en realidad, debería ser relativo, o por lo menos "relativizarse" por medio de otros organismos intermedios en el estado); también las oportunidades han de ser iguales en el plano de la cultura, o la facilidad de adquirirla: hay que tener conocimientos para salir del subdesarrollo.

No hay que gastar el presupuesto nacional en otros renglones menos necesarios mientras éste no se encuentre suficientemente cubierto. En particular hay que tener esto en cuenta en cuanto al campesinado, que es el que se encuentra más abandonado, generalmente, en los países subdesarrollados. Repartición mejor de la riqueza y sobre todo de las fuentes de riqueza. Mal podrá un campesino mal pagado tener una familia numerosa, aunque lo quiera, si no tiene los medios materiales para mantenerla. Ciertamente que se debería a la injusticia social de que es objeto, pero no es menos cierto que entre tanto se modifican esas condiciones sociales, él no puede tener los hijos que desearía tener legítimamente.

c) **Nivel familiar:** tomando conciencia de que el matrimonio, si bien tiene como una de sus finalidades la procreación de los hijos, esos hijos han de ser educados y preparados para la vida en una sociedad que cada vez requiere más para poder aceptarlos como ciudadanos útiles. En la sociedad moderna se requiere mucho más del individuo para poder emplearlo; y los matrimonios, con toda razón, desean dar a sus hijos la educación que los capacite para vivir en niveles que sean humanos. La educación —sobre todo a ciertos niveles— cuesta dinero; la habitación, el vestido, etc., etc. Añádase que no todos los matrimonios

pueden psicológicamente tener muchos hijos y atenderlos debidamente.

El cristianismo pide generosidad; pero una generosidad que al mismo tiempo sea prudente. En el Concilio se dice por dos veces a los padres que ellos son los que tienen que decidir sobre el número de hijos que han de tener, "teniendo en cuenta las circunstancias de la realidad y de la época", con una conciencia rectamente formada, cristiana.

A este nivel podemos hablar de una "macro-explosión", que hay que tener en cuenta para la formación de la conciencia de las familias. También a este nivel no se puede hablar de una "explosión absoluta", sino de una relativa: el mismo número está bien en una familia y en otra no. Hay que estudiar cada caso en particular.

Mientras no existan las condiciones económico culturales que son debidas a todos los hombres, los menos dotados —aún injustamente— no podrán prudentemente tener más número de hijos que el que de hecho les permitan esas circunstancias económico-culturales. (Esto no lo dice la Iglesia oficialmente; pero parece una conclusión obvia de su doctrina).

En cuanto al papel que tiene la Iglesia y las Autoridades Eclesiásticas en la solución del problema de la explosión demográfica, a mi entender se reduce a una concientiza-

ción, tanto por parte de las autoridades como por parte de las familias, de que es un problema urgente, de amplitud extraordinaria, y que nos afecta a todos, que todos, por lo tanto, debemos buscar la solución a los niveles indicados anteriormente. La primera acción que tiene que aconsejar la Iglesia es la de lograr para todos un nivel económico-cultural que realmente los capacite para tener hijos y para educarlos suficientemente.

Y esto tanto en el plano internacional, como en el nacional, como en el familiar.

Los sacerdotes y seglares, además podrán en particular ayudar a los fieles a que tomen decisiones, fundadas en principios auténticamente cristianos, sobre el número de hijos que han de tener, insistiendo en que es papel del matrimonio, y no propiamente hablando de ningún tipo de consejero.

"LIBRERIA ASIS"

BERNARDINO BARBA VAZQUEZ

Guatemala 10 — Pasaje Catedral Locs. 8 y 10

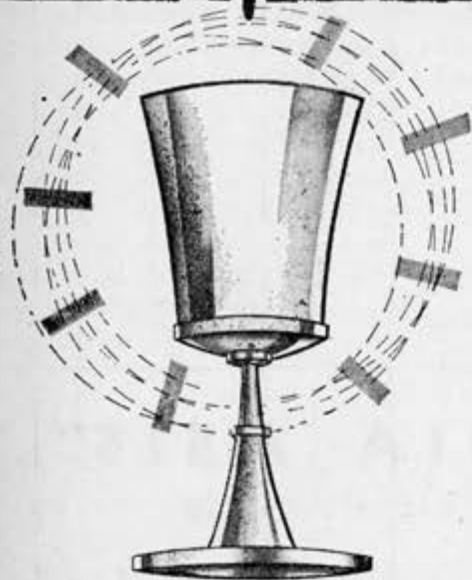
México 1, D. F.

Tel.: 12-00-84

Señor Sacerdote:

Todo lo que Usted necesite para surtir su biblioteca, lo encontrará en la Librería ASIS. Tenemos, de prestigiados autores y a los mejores precios, libros de Sagrada Escritura, Teología, Derecho Canónico, Filosofía, Psicología Experimental, Historia Eclesiástica y en general libros de cultura religiosa.

Al hacer su pedido sírvase hacer referencia a este anuncio y con gusto le haremos un descuento en su compra.



Geminine Vitis

VINO DE UVA PARA CONSAGRAR
DESDE 1920 LA MARCA DE MAYOR PRESTIGIO

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

MORAGREGA, S. A.

CAMPO 131

APARTADO 399

GUADALAJARA, JAL.

LO SUBLIME
DEL ACTO...
EXIGE CALIDAD
Y PLENA GARANTÍA



teología

Teología de la eficiencia en el Apostolado

E. Schillebeeckx, O.P.

Síntesis elaborada por Roberto Oliveros, S.J.
Guillermo Michel, S.J.

INTRODUCCION

Más que nunca y en todas partes, se va adquiriendo conciencia de que la salvación se realiza en la realidad una e indivisible: El mundo de nuestras experiencias terrestres. El cristianismo se vivía como una realidad muy por encima de la vida humana. Los cristianos daban la impresión de que su cristianismo era una especie de superestructura ideológica, un campo aparte en el que se hablaba de reconciliación y de redención, de cruz y de resurrección, pero indiferente en sí a nuestra vida de sufrimientos y alegrías, de actividad y de reflexión, de angustia y de esperanza. En este aspecto los cristianos no aportaban a los problemas de la vida terrestre, profana y humana, más atención que los que se llaman a sí mismos no creyentes y que se consagran al servicio de la humanidad.

Actualmente, el hombre religioso contemporáneo da la impresión de que ha caído en la cuenta de que debe realizar su religiosidad dentro de una planificación dinámica del porvenir, para crear una sociedad temporal digna del hombre. Sin embargo, este fenómeno tiene un lado angustioso, porque muchos fieles no saben qué hacer con la realidad-Iglesia. En efecto, para muchos cristianos sería mejor que la Iglesia tuviera como único objetivo la creación de una comunidad humana.

NECESIDAD DE UNA TEOLOGIA DE LA EFICACIA

Esta situación descrita antes hace urgente la profundización en la teología de la eficacia. Para esto es necesario recordar que la religión re-

velada es esencialmente un acto de Dios. Desde este punto de vista, la "eficacia" religiosa no es tanto un acto de cultura humana, cuanto un acto de la fe que se abandona a la acción de Dios. Por ello, la eficacia del apostolado no se puede medir por ningún método, por ninguna técnica.

OBJETIVO DE TODO APOSTOLADO

Al decir que el objeto del apostolado es la "Salvación", se quiere decir que, esencialmente, se trata de la Salvación o Salud libremente aceptada por el hombre, Dios quiere del hombre un don libre. Desea que se entregue de todo corazón a la salud que le es ofrecida por el mismo Dios. Esta aceptación es ya una gracia de Dios, pero interiorizada por el corazón humano. Por tanto, la misma Salud se vuelve en el hombre un hecho histórico dentro de la evolución mundial de la humanidad.

EL APOSTOLADO EN LA IGLESIA

La Iglesia, en su Revelación-Palabra, únicamente ilumina la realidad de la presencia absoluta y gratuita del misterio de Dios: El hombre-Jesús es, para nosotros, la presencia absoluta de Dios. La Iglesia anuncia que este misterio se acercó a nosotros de una manera históricamente tangible y visible.

Tomando esto en cuenta todo apostolado eclesial trabaja sobre una tierra en la que el misterio está ya presente.

IMPLICACIONES

1. En la Iglesia de Cristo, la presencia absoluta y gratuita del misterio es una epifanía explícita, dada como realidad y como tarea.
2. Por otra parte, esta epifanía eclesial hace más explícita y diáfana la presencia absoluta y gratuita del misterio en toda existencia humana, aun cuando el sujeto no tenga conciencia de ello. Aceptar esta presencia del misterio en nuestra vida, es lo que se llama fe teológica. Por esto mismo, la aceptación valerosa de la existencia humana concreta constituye, gracias a la Encarnación, un acto de fe teológica; pues Cristo mismo nos ha mostrado que la existencia humana, precisamente por su condición humana, es la expresión objetiva de su comunión con el Padre.

En consecuencia, hay dos dimensiones en nuestra vida teológica: la dimensión explícitamente cristiana y la dimensión implícitamente cristiana de la misma vida teológica. Es decir, toda la vida humana oculta en la presencia absoluta y gratuita de Dios. Por esto mismo, todo lo profano y lo histórico participan de las

primicias de la gracia escatológica y del advenimiento del reino de Dios. Por esto, también, la realización de las tareas terrestres tiene una relación intrínseca con el reino escatológico. Igualmente por esto mismo, la religión está envuelta en el proceso de la historia con todas sus implicaciones, personales, sociales, culturales psicológicas y somáticas.

EL FONDO DEL PROBLEMA

Consecuentemente, la Salud y su aceptación constituyen un acto de Dios y dependen de toda clase de condicionamientos psicológicos somáticos, culturales y sociales, como sucede en todo acto humano libre. Esta implicación de la vida religiosa en lo concreto de la existencia humana, impone al apostolado toda clase de actividades, sin las cuales se convertiría en algo inútil y carente de sentido. Es decir, la Iglesia, para llevar la salud de Cristo, debe integrarse en la totalidad de la existencia humana. Un hombre es una persona pero una persona dentro de una cultura determinada, de una sociedad humana concreta, englobada en una óptica contemporánea sobre el hombre y el mundo.

NECESIDAD DE ENCARNACION

Querer predicar la palabra de Dios o administrar los sacramentos sin in-

teresarse por el mundo actual, concreto, en el que los hombres viven, luchan y sufren, equivale a extinguir el Espíritu Santo. Porque vivir en una ciudad o en un pueblo, en África o en Europa, como intelectual o como obrero, supone una variedad inmensa de estructuras culturales, políticas, sociales y económicas. Sin embargo, la Salvación se ha efectuado dentro de esa variedad. Esto puede significar que, por ejemplo, una determinada celebración litúrgica puede hablar vivamente a la imaginación de cierto pueblo y dejar frío a otro. En efecto, la gracia se convierte para los hombres en experiencia "sensible", dentro del elemento histórico variable y en movimiento.

NECESIDAD DE CIENTIFICACION

Esto significa que la eficacia del apostolado depende también de la ayuda que puedan aportar las ciencias sociales, la etnología, la antropología, la psicología y toda clase de técnicas. Así, en una investigación, los sociólogos franceses constataron que existía una correlación entre la práctica dominical y el hecho de poseer un cuarto de baño. Sería una tontería pretender creer que el cuarto de baño es causa de que la gente vaya a misa o no. En realidad, este dato indica que los católicos practicantes se encuentran entre la gente acomodada y que la penuria económica, con todo lo que acarrea, ha influido para que la gente pobre se

separe de la iglesia. Si una predicación no toma en consideración estos hechos, será **materialmente oída, pero no formalmente comprendida.**

Por lo tanto el trabajo de investigación científica, visto a la luz de la fe y de la reflexión teológica, puede enseñarnos por qué razones ciertos métodos pastorales son completamente inefectivos. El sociólogo, por ejemplo nos proporcionará una serie de casos en los que las condiciones sociales limitan el ejercicio de la libertad humana y, al mismo tiempo, el ejercicio de la vida religiosa. En efecto, esta última sólo tiene sentido cuando se trata de una respuesta vital, libre, del hombre a Dios. Dios pide el homenaje libre del hombre, porque únicamente de esta manera puede hablarse de **don de sí mismo a Dios.**

Por lo mismo, conviene recalcar la importancia del apostolado del **ambiente**, porque el hombre no vive únicamente de dentro hacia afuera, sino también de afuera hacia dentro.

PREDICACION Y SACRAMENTOS

Las ciencias y técnicas de investigación nos permiten reconocer las situaciones concretas y los condicionamientos de la libertad humana. Una vez conocidos, la predicación de la palabra y la liturgia sacramental, deben hacer vivir la gracia en su epi-

fanía propia. En este sentido, la predicación de las reformas agrarias, por ejemplo, puede ser tan urgente, en algunos países, como la proclamación de la palabra de Dios. En esa situación, estudiada científicamente, una reforma agraria puede ser el equivalente de los milagros que hacía Jesús en beneficio de los pobres.

EL APOSTOLADO COMO ENCUENTRO

Teniendo en cuenta todo lo anterior, no debemos olvidar que todo apostolado es una manera de **estar** con otro. Esto significa que el acercamiento al prójimo, en el apostolado, debe ser una epifanía del amor divino que se nos apareció concretamente en Cristo. Este Cristo a quien San Pablo definió como "el que se da a sí mismo" (1 Tim. 2, 6).

Así pues, lo que importa es el estar con otro a causa de Dios y con vista a Dios. De acuerdo con esto, la eficacia del apostolado es, más que nada, función de la santidad personal. De esta manera, el encuentro con los hombres se convierte en el Sacramento del encuentro con Dios. Para ser actualmente sacramento de Cristo en el mundo, necesitamos que el hombre moderno encuentre lo que los contemporáneos de Cristo encontraron en El: **un amor desinteresado y generoso.**

Sin embargo, lo que importa no es

gritar fuertemente que el amor es todo, sino detenerse, solícitamente, junto al prójimo: "Tuve hambre y me disteis de comer..." (Mt. 25, 35-36). En una fórmula moderna, estas palabras de Cristo podrían significar que una omisión frente a los países en vía de desarrollo, es un crimen contra el cristianismo auténtico. Siempre que los hombres sigan las directivas de Cristo, aunque no sepan quién las dio, crean, en Cristo, comunión e Iglesia. Por lo tanto, la Iglesia aparecerá entre los hombres como un signo efectivamente seductor, cuando el amor de los cristianos por los hombres se haga visible, concreta e históricamente en la situación mundial del momento.

EL APOSTOLADO COMO MISTERIO

Aunque los métodos y las técnicas científicas nos ayudan a hacer más eficiente nuestro apostolado, sin embargo no debemos pensar que la eficacia del apostolado es un problema que siempre puede ser resuelto mediante métodos y técnicas modernas. Porque la eficacia del apostolado es también un misterio. El misterio mismo del Señor que está salvando a la humanidad. La esperanza apostólica debe guardar el equilibrio entre la técnica y el misterio, entre la secularización cerrada y el sobrenaturalismo.

Las formas culturales del apostolado

y las formas pastorales y científicas son la manifestación viva de la esperanza teológica. Y únicamente así son efectivas. Esperamos, y, porque esperamos, estamos seguros de que la redención de Cristo, a pesar de las apariencias contrarias, no ha sido inútil. Por lo mismo, el amor debe ser una forma de esperanza teológica, apoyada en el poder salvífico de Dios.

EL APOSTOLADO COMO GLORIA DE DIOS

El apostolado es una forma de dar gloria a Dios. La toma de conciencia de "siervos inútiles", acompañada por la convicción de que nuestra actividad incesante es una prolongación objetiva de la esperanza apostólica, constituyen el apostolado cristiano. Y en esto se basa el misterio de su eficacia. Y la esperanza, encarnada en lo histórico y lo temporal, es la fuerza del apostolado.

CONCLUSION

Frecuentemente se oye decir a los predicadores del pesimismo: dos mil años de cristianismo y ¿cuál es el resultado? Quisiera responderles: hace dos mil años que hay agua y, sin embargo, la nuca de Luisito está siempre sucia.

Esto quiere decir que a cada generación le corresponde lavarse el cuello.

El Nuevo Catecismo Holandés

Líneas generales, características, puntos de ulterior estudio o discusión.

Manuel E. Rodríguez Aguirre, S.J.

Se ha discutido mucho sobre el Nuevo Catecismo Holandés. Sus cualidades, sus defectos, sus aciertos. Se toma partido por él o contra él. Pero por desgracia, al público general que desearía formarse una opinión seria sobre el mismo lo único que le llega es, o bien opiniones globales ya hechas sobre su valor, o estudios y debates sobre puntos particulares de la obra.

especialmente la atención para un ulterior estudio o discusión de los mismos. No es un juicio del Catecismo, sólo pretende facilitar al sacerdote, al estudiante de teología o al cristiano adulto, algunos elementos básicos para un juicio personal serio. Evidentemente un juicio autorizado no podrá evitarse el trabajo de leer detenidamente la Obra.

Por esta razón el presente artículo quisiera presentar, aunque sea someramente, una visión de conjunto sobre el contenido del Catecismo, sus líneas generales, sus características principales y los puntos que llaman

I.—Contenido

El libro (1) tiene cinco partes distribuidas en sus 502 páginas en la proporción que se indica en la figura.

I	II	III	IV	V
0	25	67	203	467
				500 p.p.

(1) Todas las citas se referirán a la edición americana: *A New Catechism*, (Catholic Faith for Adults), Herder and Herder, New York: 1967.

I.—EL MISTERIO DE LA EXISTENCIA

II.—EL CAMINO HACIA CRISTO

El camino de las naciones

El camino de Israel

III.—EL HIJO DEL HOMBRE

IV.—EL CAMINO DE CRISTO (2)

La Iglesia primitiva. Su historia.

La conversión a la Fe.

(Sacramentos).

El poder del pecado. La redención.

Vida en abundancia (La Gracia).

Fe, Esperanza, Amor.

Pueblo sacerdotal. Sacerdocio pastoral.

(Mandamientos 4º a 10º).

Las fallas de los cristianos. Pecado. Perdón.

V.—EL CAMINO HACIA EL FIN

Lo último

Dios.

II.—Líneas generales

De la lectura del prefacio y, prin-

(2) Los títulos entre paréntesis corresponden a la materia tratada en varios capítulos. Los nombres de estos capítulos son diferentes del señalado.

cialmente, de la inspección del índice, aparecen claras las líneas directrices generales por las que se desarrolla el Catecismo. Son los rieles de pensamiento que echan pie desde el primer capítulo y guían el desarrollo hasta convergir en el último.

1.—Sentido de solidaridad con todo el género humano, con todo **hombre**. Es el hombre el que se pregunta y está en camino. (Partes I y II). Punto de partida y de retorno continuo: el hombre con sus inquietudes, deseos, miserias y glorias. (279, 467). Es el hombre el que se expresa con las palabras de un Kierkegaard (134), Marx (275), a quienes cita, lo mismo que a autores protestantes (142), y católicos.

2.—Manifiesta continuamente un enorme sentido de historia, de movimiento, de evolución. Sentido de historia profundamente religiosa y cristocéntrico: "la historia se mueve hacia una meta", "la humanidad camina hacia un encuentro en el amor", (212). Sentido dinámico del movimiento de todos los hombres hacia Cristo (Consciente o inconscientemente), (63). Dios **está** creando al mundo continuamente, (427, 488), y nosotros colaboramos a esta creación. Evolución, 9. Historia de la Iglesia, (213-236). Evolución de las expresiones de los valores fundamentales que imponen los mandamientos, (372). Di-

namismo del magisterio de la Iglesia, (366).

3.—Sentido eclesial: creemos en la **Iglesia**, con la fe de la Iglesia, y toda nuestra vida es la vida de Cristo en su Iglesia. El Pueblo de Dios se mueve hacia el Padre con el movimiento de la Iglesia, (247, 337). "El camino de Cristo" (Parte IV) es lo central del libro.

4.—Propósito ecuménico: en sus afirmaciones y en sus citas de la Biblia, (223, 225), (Lutero).

5.—Profundo **realismo** respecto a lo que es el hombre y abertura al **misterio**: Pecado, (276, 235, 449). Misericordia del hombre, (7-9, 16-19, 269-71). Muerte, (472-497). Los toma en serio. Nuestra impotencia para ser buenos, sin la gracia. Respeto al misterio: el misterio de la existencia, (Parte I); lo que afirman las Escrituras, pero no nos explican cómo es: "descendió a los infiernos", (177), "a la derecha del Padre", (191); el misterio del pecado, (451). Más aún: actitud de maravillarse ante el misterio, capacidad de admirarse ante el misterio como fuente de vida realista y de adoración, (446, 448). El más grande misterio, el insondable misterio en el cual está englobado nuestro propio misterio: Dios, (último capítulo).

III.—Características principales

Si en la unidad del libro hacemos

cortes transversales en diferentes partes, encontraremos una serie de constantes características que se repiten. Las más notables son las siguientes:

1.—Un punto de vista existencial, (352), personal, no intelectualista, (270, 342). Se escribe a un lector vivo al que se interpela y con quien se dialoga continuamente, (445). Con ejemplos de la vida diaria aun de una ama de casa, (352). Vgr.: especialmente: La fe-vida, (125); la necesidad de la conversión, (235 ss.).

2.—Un eje de pensamiento, de respuesta continua: la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura. Gran respeto y devoción hacia ella. En ella encuentra la vida, la respuesta, la expresión de sus búsquedas, el hombre de hoy, (478). En ocasiones lo único verdaderamente sólido que tenemos a mano ante el misterio es la Sgda. Escritura: La Trinidad en las Escrituras, (499); la presencia eucarística de Cristo, (343).

3.—Profundo sentido litúrgico: que hace ver y valorar el cómo celebra la Iglesia los diversos misterios de la fe de la Iglesia, y su configuración a Cristo a través de los tiempos litúrgicos, (159, 168). Explica todo el ciclo litúrgico y las principales ceremonias litúrgicas, con ocasión de los diferentes temas.

4.—Un lenguaje pastoral, con un

enfoque y preocupación pastoral: presentar la doctrina en las palabras e imágenes que más le digan al hombre de hoy, (67, 177, 380).

5.—Gran densidad de religiosidad significado teológico y humano, en su sencillez. Se impone la necesidad de leerlo, releerlo y meditarlo. Dos pares de capítulos especialmente devotos, evangélicos, religiosos: los de la oración: "El maestro de oración", la "oración cristiana", y los del sacerdocio: "El pueblo sacerdotal", "Sacerdocio pastoral". También, la institución de la Eucaristía, (168); la fe, (292). En la pasión del Señor la atención se dirige mucho más a los sentimientos internos de Cristo, con la sobriedad evangélica y en el marco de pensamiento de los salmos y de todo el Antiguo Testamento, que a sus sufrimientos externos, (171). Se predica a un Cristo que vive, que es una realidad viviente, (165); en quien se cree, (182). Desde el ángulo religioso cristiano se enfocan los problemas de ética —no matarás, (425); y los 'poderes' de la Iglesia —concedidos a los apóstoles como dadores de vida, (140).

6.—Apertura a las posiciones de vanguardia en la intelección de la fe. —Inspiración de las Escrituras, (60, 206, 180). Situación de Diáspora de la Iglesia, (228), nuestra resurrección y juicio, (473). El lugar de los sufrimientos en la redención, (280). Dinamismo del Magisterio de la Iglesia. Paternidad responsable, (367).

En moral dice las salvedades y matices que es necesario decir en una conciencia responsable y adulta: homosexuales y moral, (384). Disolubilidad en conciencia —no ante la ley eclesiástica— de un matrimonio en el que dudosamente hubo consentimiento humano completo aunque haya sido contraído según todas las formalidades, (395). Obediencia y excesos de la autoridad paternal o matrimonial, (404). Masturbación: no debería presentarse a los jóvenes en la pubertad bajo el signo del pecado, (explica), (407). El pecado es una actitud interna, no acciones externas; de donde se impone al Cristiano el deber de no juzgar, (453).

Ninguna apariencia jurídicista. No impone nada simplemente "porque está mandado". Engloba lo mandado en el espíritu de amor, explicándolo: obligación de bautizar a los niños, (251); edad requerida para los padrinos, (259); explica los "mandamientos", (372); por qué del derecho canónico matrimonial, (395).

7.—Equilibrio admirable y armonía entre estas posiciones de apertura y el respeto a las tradiciones valiosas de la Iglesia. Aceptación y veneración de ciertas tradiciones: limosna, (160); espíritu de oración, penitencia y conversión en la cuaresma, (160); palmas benditas, ceniza, (169, 197); oraciones vocales, (314); ofrecimiento de obras, (315); culto a los santos, (214); lectura de la Imitación de Cristo, (188). Se pronuncia contra las

innovaciones que no están en el espíritu de la Iglesia, vgr.: las misas familiares, (337); el que —salvo en las ocasiones excepcionales— los que no están consagrados toquen las cosas sagradas (347).

8.—Una última característica constante en todo el libro: literariamente, cada capítulo, cada unidad, está perfectamente balanceada y terminada. Tiene muchas frases cinceladas preciosamente.

IV.—Llamadas de atención para ulterior estudio o discusión.

Algunos puntos que trata el Catecismo, o algunas omisiones, llaman especialmente la atención del lector crítico. O no es lo que tradicionalmente se conocía, o no está expresado en la misma forma, o por lo menos puede uno imaginarse, que suscitará discusiones porque no todo el mundo entiende las cosas así.

No se quiere decir con esto que se trate de puntos que estén mal o sean heterodoxos —ni tampoco que necesariamente estén bien. Sino sólo que pueden llamar especialmente la atención del lector que quiere formarse un juicio crítico de la Obra. Algunos de esos puntos son los siguientes:

1.—"El significado más profundo del artículo de fe 'Nacido de María Virgen' es este" (p. 75): que verda-

deramente nació de María, "nacido de mujer"; y que este nacimiento no depende de lo que los hombres pueden hacer por sí mismos, de lo que sucede en los otros nacimientos humanos: Su origen no es la sangre ni la voluntad de la carne ni la voluntad del hombre, sino de Dios. "Nacido de Dios". "Concebido del Espíritu Santo". No hay nada en lo más profundo de la humanidad, nada en la fecundidad humana que pueda procrearlo. (No habla para nada de la Virginitad in partu y post partum).

2.—Explicación del pecado original: "Nunca ha existido otra humanidad que ésta a la que habría de venir Jesús, o ha venido" (p. 259). El mensaje del Génesis 1-11: "Adán es el Hombre" (p. 261). Las narraciones primitivas son un mensaje de permanente importancia sobre los elementos básicos de nuestra vida con Dios: 1. creación, 2. elección, 3. pecado, 4. restablecimiento, (262). El mensaje de Romanos 5: "A primera vista parece que la intención es destacar que a través de un hombre entró el pecado al mundo. Pero la repetición de la palabra "uno", ocasionada por la visión de la historia del mundo que existía en tiempos de S. Pablo, es sólo parte del ropaje literario, no del mensaje. Lo que este difícil pasaje nos enseña es que aunque el pecado y la muerte son regla sobre la humanidad, la gracia y la vida eterna, la restauración ha venido al mundo en mayor abundancia a través de Jesús" (262). La Caída es un

mensaje acerca del hombre, no acerca del principio. "No es de la máxima importancia que el hombre haya pecado y se haya corrompido. El hombre peca y se corrompe. El pecado de Adán y Eva está más cerca de lo que imaginamos. Está en nosotros mismos" (263). El pecado tiene que ver con la libertad. Es el más grande absurdo. Su origen en la historia del mundo, permanece incomprendible, (264).

3.—Se pronuncia claramente por la "Paternidad responsable" y por la evolución del magisterio de la Iglesia en este punto, más o menos en los mismos términos que el "Reporte de la Mayoría" de la Comisión de SS. Paulo VI. No menciona para nada la otra posición más tradicional, (p. 402) de la minoría.

4.—Historicidad de la Resurrección de Cristo: "Lo que la historia científica puede decir de la Resurrección de Jesús es esto: que los discípulos dieron testimonio de ella. Ningunos ojos humanos vieron la resurrección misma. Escapa a la observación histórica. Y las apariciones de Jesús después de su muerte estuvieron confinadas a encuentros con amigos y discípulos. La historia no puede aportarnos más que estos argumentos. Puede pasar la credibilidad de los testimonios. Y los cristianos deben hacerlo. No deben creer sin una buena razón (Cfr. 1 Cor. 15, 2). Sin embargo el paso último que se pide de ellos es la fe". "No hay tes-

timonio más unánime en el Nuevo Testamento. Desde el principio esto fue el centro y la clave de toda la predicación" (178).

5.—No acentúa la división entre gracia creada y gracia increada (tampoco la niega). Esto matiza todo, lo hominiza y desobrenaturaliza. De hecho, aunque explica perfectamente la necesidad y gratuidad de la gracia, nunca habla de nada sobrenatural. Parece que identifica la gracia con el don del Espíritu Santo a nosotros, (287-9). A la pregunta que se hace de ¿dónde puede verse la gracia?, responde que "el camino más importante del Espíritu es a través de los otros hombres. Por supuesto esto debe afirmarse de modo más claro, diciendo que el Espíritu nos ha sido dado siempre juntos. Sería un falso individualismo pensar que el Espíritu Santo se da a cada uno independientemente de los otros. Tenemos todos juntos un Espíritu. Nos lleva a formar una Iglesia". Y aun fuera de la Iglesia visible el Espíritu trabaja (289).

6.—El reino de Dios y la Iglesia no se identifican pero están en estrecha relación (pp. 104, 105, 144). La Iglesia es el Sacramento del Reino.

7.—El milagro no es "contra naturam", sino usando fuerzas desconocidas de la naturaleza (p. 107).

8.—Solución al problema de la salvación de los niños que mueren sin

bautismo: Dios quiere que todos los hombres lleguen a la eterna felicidad. Cristo nació y murió **por todos**. Sabemos que nadie se pierde si no es por pecados que él personalmente haya cometido. "En vista de estas verdades, debe haber una forma en la que los niños no bautizados son salvados. No sabemos exactamente cómo. Pero sabemos de cualquier manera que están en Cristo" (p. 252).

9.—El dejar la fe en un momento de búsqueda, de conversión, puede ser verdadero progreso en Dios, (241). Los padres y educadores deben respetarlo.

10.—La forma de los sacramentos no está rígidamente fijada. Se ha desarrollado en el curso de los años y está en cierta medida sujeta a cambio, (254). La consagración, (333); la penitencia, (458, 460).

11.—Pecados serios y menos serios: Desde luego que hay grados de gravedad en el pecado. La cantidad de conocimiento claro y libertad interna puede variar de un período de la vida a otro, de una situación a otra, de un hombre a otro. En los primeros siglos cristianos, no se habían hecho listas en que se distinguieran los pecados más serios de los menos, aunque se admitía desde luego esta distinción. Aunque la distinción clara entre "mortal" y "venial" ha contribuido no poco a la educación de los pueblos, a la elevación moral de la humanidad, sin embargo también tie-

ne sus desventajas. Puede fijar la atención prevalentemente en la acción más que en la actitud del corazón. Se pone más atención en los actos considerados aislados —que se pueden contar y describir— que en la actitud interna que se revela en una manera de vida y un conjunto de actos. "Lo que esto quiere decir es que no es fácil decir qué pecado es grave y cuál no" (452). No debemos pensar fácilmente que un pecado es "mortal". "Si uno empieza con hacer de las cosas pequeñas pecados mortales, acaba uno por hacer de los pecados mortales cosas pequeñas" (453). Y aun si alguno se ha endurcido de tal manera en el mal, que vive en total enemistad con Dios v está realmente en peligro de condenación aún hay esperanza mientras viva. Dios aún desea que se convierta y viva. "Por esto preferimos no usar el término pecado "mortal". Mortal suena mucho a fatal, incurable. Preferimos hablar de pecado "grave", como cuando uno habla de una enfermedad grave que no es ya mortal, aunque puede llevar a la muerte" (454).

12.—La presencia de Cristo en la Eucaristía: No hay que considerar la presencia real de Cristo en la Eucaristía aisladamente del misterio como un todo. El elemento principal de la Eucaristía es el sacrificio (334). Cristo presente en los signos: Antes de la Edad Media, no parece que haya preocupado a los cristianos qué sucedía con el pan. Debía pa-

recer algo obvio el hecho de que la presencia real de Jesús estuviera allí en el signo. La edad media habló de transubstanciación. "Cuando consideramos el punto en términos del modo actual de pensar, debemos decir que la realidad, la naturaleza de las cosas materiales, es lo que es para el hombre. Así, es la esencia o naturaleza del pan el ser el alimento terreno del hombre. En el pan de la Misa, sin embargo, esta naturaleza se hace completamente diferente: el cuerpo de Jesús, como alimento de vida eterna. Cuerpo en Hebreo significa la persona como un todo. El pan se ha hecho la persona de Jesús. Esta es una presencia misteriosa" (343). No hay que tratar de imaginar esa presencia, ni considerarla tampoco puramente "simbólica" como si Jesús no estuviera realmente presente. "Es mejor decir que el pan ha sido esencialmente sacado de su significado

humano normal, o definición, y se ha hecho el pan que el Padre nos ha dado, Jesús mismo" (Ib).

Creo que lo menos que puede prestarle un lector sincero a esta obra es la simpatía con un grupo numeroso de sacerdotes, teólogos y seglares que emprenden la difícil tarea de dar razón en forma completa y coherente, de su fe cristiana ante los hombres del mundo de hoy, en los términos en que pueden escuchar el mensaje y sentirlo cercano. "Estad siempre dispuestos a dar razón, a quien os la pidiere, de la esperanza que hay en vosotros" (I, Pe. 3, 15).

Si un grupo de mexicanos, sacerdotes, teólogos y seglares emprendiéramos, bajo la guía de nuestros obispos, el trabajo de exponer nuestra fe cristiana en forma total, coherente y adaptada a las necesidades de nuestros compatriotas...

pastoral

Pastoral de la Iglesia en el Mundo Actual

P. J. Comblin

El problema de la Iglesia en el mundo urbano es el problema de la Iglesia en el mundo actual, puesto que el mundo actual vive en las ciudades. No sabemos cuáles serán las formas de la vida humana dentro de quinientos años, por el momento, la forma urbana es irreversible, y plantea, en general, el problema de la relación de la Iglesia con el mundo.

La ciudad es la forma como se presenta el mundo nuevo, una nueva cultura, la cultura en que, a primera vista, no estamos. En las ciudades pequeñas de las provincias, en la familia tradicional sí estamos, pero en la gran ciudad moderna la Iglesia no está presente. Lo está únicamente por algunas piedras, algunos edificios, pero no en las preocupaciones, en la mentalidad, en la vivencia. Esta es la forma brutal como aparece hoy día, el contacto de la Iglesia con el mundo, y nos obliga a pensar lo que es la Iglesia en sí.

Durante muchas generaciones hemos vivido de los recuerdos del pasado, de los restos de una civilización cristiana: de una armonía entre la Iglesia y el mundo, que podía tener sus defectos, pero que existía con tanta fuerza que millones de personas viven todavía de ella. Pero esa vivencia va disminuyendo, cada vez más, con una destrucción progresiva: la ruina de la cristiandad empezó en los siglos XVI-XVII. Algunos elementos de la cristiandad medieval están todavía sobreviviendo porque las realizaciones de las

civilizaciones fuertes son capaces de sobrevivir durante mucho tiempo. Con la destrucción paulatina de esta antigua armonía, la Iglesia entró en una decadencia, que se manifiesta en la forma como se vive la Iglesia en la mayoría de los cristianos actuales, bautizados, aun prácticos, que frecuentan nuestras iglesias. Una vez perdida esta armonía dinámica, una vez destruida la unidad, la Iglesia pierde su sentido, o se reduce a uno de los elementos del individualismo religioso, que es lo que queda de vivencia religiosa en la inmensa mayoría de los cristianos de hoy: el cristianismo que se reduce al problema de mi salvación individual.

Puesto que la sociedad en que vivimos no es cristiana de hecho, el cristianismo se reduce a las dimensiones del individualismo de salvación individual. La Iglesia es entonces justificada a partir de las exigencias de la salvación individual; hay que pertenecer a la Iglesia porque Dios lo quiere así, porque quien no pertenece a la Iglesia va al infierno. Con esto se da la impresión de seguir un precepto inadmisibile. No es posible que la finalidad de la Iglesia sea únicamente jurídica; Dios obligó a los hombres a entrar en la Iglesia, por ponerles una obligación, o para probar su capacidad de obediencia.

Muchos pertenecen a la Iglesia en virtud de una tradición secular que no saben expresar. Es el caso de la inmensa mayoría; son cristianos porque

intuyen que es la solución, la voluntad divina, pero no saben justificar su posición porque ya no se encuentran en el contexto cultural en que esa actitud tenía sentido. Entonces la racionalizan diciendo que es obligatorio; y así se convierte en una obligación más. Esto podrá, tal vez, mantener y defender la fe de los que son cristianos, pero evidentemente no tiene ninguna influencia sobre los demás. Nunca podremos convencer a los no cristianos de la necesidad de obedecer al precepto de la Iglesia, de pertenecer a ella porque es una obligación. Esto no puede impresionar a nadie.

De aquí la necesidad de hacer consciente el hecho de la Iglesia; la necesidad de justificarla ante los hombres. No para aquellos que pertenecen todavía sentimentalmente a ella, sino para los demás.

¿Cuál es el sentido de la Iglesia? Debemos examinarlo, no a partir del punto de vista de mi salvación individual, porque así el problema es insoluble, ni siquiera a partir de la Iglesia como cuerpo social —lo que a veces es el resultado de cierta angustia pastoral de los cristianos y de los pastores—, sino a partir de la visión de la humanidad en general.

Basta, por ejemplo, prescindir un momento de nuestra condición de pastor o cristiano activo y responsable, para colocarnos en la situación mental de un hombre ordinario. A éste, los pastores le dan la impresión de ser hombres preocupados por su sobrevivencia; la Iglesia siente que es decadente, que va perdiendo cada vez más terreno; está preocupada, angustiada, y ofrece fácilmente a la sociedad humana el espectáculo de su angustia. Se pregunta cómo va a sobrevivir, qué va a hacer para pertenecer a la sociedad futura. Esta actitud no puede impresionar a los demás; todas las instituciones pasan por la angustia antes de la muerte. La consideración de nuestra Iglesia: lo que somos, y la forma como podremos sobrevivir, crea solamente preocupación y angustia pastoral. Esta actitud es muy común en la Acción Católica, en los

movimientos de Apostolado, en las reuniones sacerdotales, y así, se da el espectáculo de un grupo que no se siente bien dentro de la sociedad actual, que busca su posición social en ella, y manifiesta así su preocupación de estar, de vivir, de mantenerse. Sociedad particular que quiere vivir en la sociedad general, que angustiada busca miembros nuevos, y no los encuentra porque se sabe superada por la historia.

Esta es la impresión que dan actualmente los comunistas en muchos países; se sienten ya superados por la evolución de la historia. No tienen ya la misma aceptación en las nuevas generaciones, y entonces reaccionan con una propaganda más intensa, pensando que la intensidad de sus argumentos, de sus palabras, será capaz de convencer. Es evidente que la intensidad de la propaganda cristiana no será ningún argumento capaz de convencer a los hombres; será únicamente un argumento capaz de mostrar la intensidad de la angustia de los pastores de la Iglesia, y su voluntad de permanecer, a pesar de su debilidad y pobreza interior.

Debemos partir de la perspectiva de la humanidad total. Solamente pueden impresionar a los hombres de una cultura nueva los pensamientos y las actitudes que parten de una visión de la humanidad general, y de la Iglesia dentro del conjunto de la humanidad, no como cuerpo social.

Así, regresamos a la visión tradicional de la Iglesia; la de San Agustín, en la Ciudad de Dios. El misterio del designio de Dios sobre la humanidad, y el misterio del desarrollo del misterio de Dios en la humanidad.

En San Agustín, la Iglesia empieza con Adán y Abel; después pasa por todas las civilizaciones antiguas, y el judaísmo; encuentra su perfecto desarrollo en Jesucristo y en la Iglesia cristiana. Pero la visión histórica de San Agustín ya está superada para nosotros en su presentación exterior; debemos ver las cosas con todas las con-

quistas históricas de nuestro tiempo. La humanidad que se desarrolla según el plan bíblico; Dios que instala, realiza su Reino, en tres etapas, tres grados de desarrollo de la Ciudad de Dios. La Iglesia está dentro de este plan de conjunto del desarrollo del Reino de Dios.

La primera etapa de la realización del Reino de Dios es lo que los medievales llamaban las religiones naturales. Son las culturas humanas, con su alma interior, con su inspiración interior, no solamente con sus realizaciones técnicas, que son el aparato exterior.

Una cultura no es únicamente un estilo de vida social, un conjunto de edificios, leyes, instituciones; cada cultura tiene alma. Porque los hombres, dentro de esas formas exteriores, expresan su interioridad, sus deseos, una aspiración fundamental que Dios colocó dentro de ellos. Un algo que podemos llamar fuerza de fe en un Absoluto, que es una fe en Dios, fuerza de amor a una realidad absoluta definitiva, que es Dios también, pero Dios oculto. Oculto en las culturas y civilizaciones humanas —como en la civilización urbana actual—, pero presente.

Nosotros estamos acostumbrados a pensar que la civilización urbana actual es materialista, pero esto proviene de nuestra profunda incompreensión de la realidad humana que se expresa en ella. Porque los hombres actuales no expresan su religiosidad en la misma forma que los antiguos, pensamos que es una civilización materialista, una civilización sin alma.

Cuando examinamos las civilizaciones precolombinas, para descubrir lo religioso buscamos estatuas, imágenes, ritos. Pero esto no es lo religioso; son sólo ciertas formas exteriores por las cuales se expresaba el sentido religioso. El contacto con el Absoluto, el deseo de Dios, la aspiración hacia Dios, se manifestaba con figuras de dioses, en aquellos tiempos y culturas. Esto no era la religión, como interioridad humana,

como aspiración profunda a la fe y a la caridad, que se encuentra en todos los hombres.

Descubrimos más fácilmente lo religioso en las culturas antiguas porque nuestro cristianismo tradicional medieval fue una síntesis entre la religión de Jesucristo, y esas formas tradicionales. Y lo que sucede con la cultura moderna es que no descubrimos el sentido religioso de los hombres de la ciudad; vemos lo exterior, los edificios, las expresiones culturales, y decimos: "aquí no hay nada cristiano, nada religioso; el hombre actual ha perdido el sentido de lo religioso, el sentido de lo que es sagrado". Y así, este mundo se convierte para nosotros en un mundo cerrado, porque no tenemos las llaves de su misterio interior, de su vivencia humana. Nuestra imaginación tradicional carece de formas actuales.

Si el mundo de la ciudad, el mundo nuevo que se está formando no tiene ninguna forma de sentido religioso, si es únicamente una cultura exterior, si no tiene alma ni aspiraciones religiosas, entonces podemos decir que la religión cristiana no tiene posibilidades de sobrevivir, porque sería falsa. La tradición cristiana y la Biblia dicen que el Reino de Dios se establece a partir del sentido religioso de los hombres. Si según la tradición positivista la religión es sólo la expresión de una de las tres edades del mundo, y esta era teológica desaparece, entonces la visión bíblica es falsa, y falso el cristianismo.

Si se habla hoy día de diálogo, el diálogo tendrá por finalidad esencial el descubrimiento del sentido de lo sagrado, de lo religioso, en los hombres de hoy. Pero el diálogo no se establece entre niveles distintos, en el sentido de que nosotros habremos de religión, y ellos, de ingeniería, medicina, y otras cosas. Se establece únicamente si de hecho hay una comunidad preexistente. Descubrir los elementos de esta precomunidad es la etapa fundamental; la primera tarea apostólica no es ya hacer cristianos —además de que no los hacemos nosotros,

Dios los hace—, sino establecer ese contacto, ese diálogo, esa conversación, que no se realiza sólo en algunas reuniones, sino en la vida de cada día. Esta es una tarea de los seglares esencialmente, ya que son ellos quienes conversan el día entero con otros. El diálogo se establece para encontrar entre nosotros, entre el Evangelio de Jesucristo, del que somos portadores, y los hombres, la aspiración, la base común, el sentido de la vida humana, la interioridad más profunda del hombre.

En la visión cristiana agustiniana, bíblica toda ella, hay en todas las culturas y civilizaciones una vocación de Dios, una vocación a realizar el sentido de la humanidad por la fe, por el amor a Dios. Una vocación a constituir —como dice San Pablo—, toda la humanidad en el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. El problema está precisamente en saber descubrir esta vocación en todos los hombres.

Cuando el hombre actual construye edificios, no quiere únicamente construirlos; busca, pretende algo más. Quiere formar, construir una sociedad humana con características determinadas. ¿Cuáles características? Esto es precisamente lo que permanece confuso, indeterminado, vago. Cuando establece actualmente, por ejemplo, un nuevo estilo de vida sexual, contra el que los moralistas tradicionales solamente pueden decir: "En nuestro tiempo no era así", ¿qué buscan con esto?, ¿cuál es la interioridad fundamental que se expresa?, ¿cuál es el sentido de lo religioso, el valor absoluto que buscan? A partir de sus preocupaciones fundamentales podremos establecer el diálogo.

Esta es la primera etapa del designio de Dios: partir de la religiosidad que existe de hecho en las culturas, y que nosotros no debemos colocar, instalar. Por esto, la Iglesia no es creadora de las culturas y de las civilizaciones, ni del sentido religioso. La Iglesia no puede partir de una nada de hombres, nada de interioridad, nada de sagrado; debe partir de una cultura preexistente. Por eso la educación cristiana nunca

es educación total —no puede ser—, porque el cristianismo no tiene los elementos de una educación total; es siempre el complemento de una cultura preexistente que se nos presenta ya constituida. Puede ser que en los colegios tradicionales se imaginaran que daban una educación total; no la daban. El alumno llegaba con todas las ideas, los cuadros mentales, las estructuras de la civilización helénica, del humanismo tradicional antiguo, preexistente al cristianismo, y que había establecido una cierta síntesis entre él y el Evangelio de Jesucristo.

De la misma forma, en nuestro tiempo, no podemos reconstruir una civilización total. Debemos partir de la civilización y cultura existentes, con su interioridad, su sentido humano y religioso.

Se ha hablado mucho, con ocasión de la elección del nuevo General de los Jesuitas, de la necesidad de una asimilación mucho más intensa de la cultura actual. Hoy en día, la asimilación de la cultura griega y latina ya no nos ayuda a conocer al hombre de la ciudad actual, que no está formado según los valores —muy grandes sin duda—, que se encuentran en los poetas y autores antiguos, como no está formado según los cuadros y criterios de la civilización azteca. Tiene sus valores propios, y sus estructuras propias relativas. Si nosotros no asimilamos la interioridad humana que se encuentra en la cultura actual, nunca llegaremos a establecer una conversación de comunidad, en un mismo nivel; porque el primer paso debe venir del evangelizador, y no de los hombres.

Son los apóstoles quienes deben asimilar la cultura en que se encuentra, no sólo las técnicas —lo que es útil pero no constituye ningún paso positivo en la evangelización—, sino la preocupación profunda de los hombres, sus aspiraciones. Lo que generalmente ni siquiera los apóstoles cristianos hacen, porque ya tienen una respuesta hecha. Este hombre está en una dificultad sexual; aquí tengo la solución: matrimonio

cristiano. Hay una dificultad social, una huelga; nosotros tenemos la solución: doctrina social de la Iglesia. Tenemos una respuesta hecha para todos los problemas posibles. La única dificultad es que no se trata de problemas reales, y resulta, entonces, una respuesta formal, verbal, que no está dentro de la misma mentalidad, de las mismas preocupaciones.

La mayoría de los apóstoles da, hoy día la impresión de personajes insoportables, porque ya tienen una fórmula para todo. En esto se manifiesta su necesidad de autoafirmación, de estar presente en el mundo, de afirmar nuestras soluciones a priori. Y el hombre sigue su camino, buscando, sin interesarse por el esfuerzo de los que quieren su autoafirmación.

Se trata aquí de una actitud interior y exterior que es fundamental, porque si no, todas las planificaciones pastorales serán inútiles; serán únicamente afirmaciones de la voluntad de dominar de la Iglesia, de ser un grupo social fuerte.

Se puede pensar que constituyendo un grupo de acción política muy fuerte, podríamos llegar a ocupar las posiciones importantes del Estado. Con las técnicas actuales de conquista política, un grupo de personas sin escrúpulo político podrían llegar al poder por una campaña intensa. Se podría incluso hacer una conquista violenta; pero esto no serviría para nada; no penetra en el alma de los pueblos, no los lleva al amor de Dios. Los llevaría a aceptar resignados un poder superior, no a amar a Dios.

Lo que de buscar la Iglesia es el contacto con los corazones, a partir de las preocupaciones humanas, profundas, de lo que buscan en las varias manifestaciones de su cultura.

Esta es la primera etapa: seguir el camino por el que ellos van buscando al Dios que no conocen, que actualmente no llaman con ese nombre porque es un nombre que

está muy comprometido con un pasado, con una etapa superada. Estas palabras cristianas tradicionales se deben usar con prudencia dentro de un contexto de sinceridad y autenticidad.

Cuando nosotros afirmamos rápidamente que Dios es la solución de todo, ¿qué pueden entender? Supongamos un hombre de la cultura urbana al que decimos que Dios es la solución de todo. ¿Qué va a entender? Entre la palabra Dios y sus problemas no ve ninguna relación; lo que sí ve es que en su nación hay un partido que tiene por lema: Dios. Si afirmamos que Dios es la solución de todo, equivale a decir: nosotros somos la solución de todo. El lo ve así, porque no ve directamente el contacto que hay entre Dios y su problemática. No lo puede entender, porque esto supone que los que creen en Dios saben comprenderlo, saben acompañar su cariño, saben asistir con simpatía a sus dramas personales.

Este contacto constituye la etapa fundamental de todo apostolado. Como se ve, por ejemplo, en los orígenes del cristianismo. Los dos primeros siglos de la Iglesia cristiana fueron siglos de conversación con su cultura. Toda la literatura que tenemos de los llamados apologistas —no eran apologistas, sino en sentido antiguo—, nos lo muestra. Justino, Clemente de Alejandría, Orígenes, asimilaron el alma de la cultura griega, no solamente las fórmulas de los poetas, para descubrir el sentido religioso. Nosotros también deberemos —probablemente durante varias generaciones—, asimilar profundamente el sentido religioso que está más o menos explícito, más o menos implícito, en las obras y en el alma del hombre actual. Esto supone una conversación simpática, a pesar de la ambigüedad que hay en todas las obras y culturas humanas.

Frente a una filosofía como la de Aristóteles tenemos una actitud *a priori* simpática, a pesar de que era prácticamente panteísta, de que negaba la inmortalidad del alma, y todos los dogmas fundamen-

tales de la antropología cristiana. Pero ya ha sido estudiado y contemplado con simpatía durante tantos siglos, que lo consideramos inofensivo. Con los pensadores actuales, sin embargo, tenemos espontáneamente otra actitud, una actitud de ver lo malo o lo peligroso que puede haber, y no vemos en ellos lo que los antiguos podían ver en Platón, en Aristóteles, o en los filósofos y poetas antiguos.

En las relaciones sociales también. Basta ver la paciencia, la tolerancia que los antiguos tuvieron para con el sistema de esclavitud, porque sabían que una cosa así no se puede corregir en un siglo. Ahora nosotros, para con las imperfecciones de las realizaciones sociales del tiempo actual, inmediatamente denunciábamos la parte negativa; olvidamos la parte positiva, y nos alejamos así de las preocupaciones de los hombres. Es bien posible que los defectos de las realizaciones sociales actuales sólo se puedan corregir después de tres o cuatro generaciones, pero esto no es un motivo para quedar apartados, denunciando únicamente el aspecto negativo, sin abrir oportunidades de comunidad con el alma humana, que se expresa —con ambigüedad, es cierto—, pero que se expresa en sus obras y realizaciones.

Esto lo hacemos no por oportunismo. Es fundamental que no sea por oportunismo, por deseo de conquista, y sí por seguir los caminos de Dios; creemos que es así como Dios prepara su Pueblo y su Reino. Se revela primero en todas las religiones naturales, o sea, en el sentido religioso humano interior, que se encuentra en todas las culturas. Los que elaboran actualmente las ciudades modernas, los grupos de urbanistas, ingenieros, políticos, economistas, tienen un sentido de lo humano, de la adoración de algo, en el hombre, que debemos descubrir, aceptar y despertar con simpatía. Sin esta simpatía, no seguimos los caminos del Reino de Dios, por los que El pretende manifestarse a los hombres.

Después, a partir de ese contexto de diálogo, podemos examinar qué es lo que la

Iglesia ofrece al mundo. Qué es lo que Dios ofrece a ese mundo, para que responda a la vocación interior.

Diez siglos de una concepción muy jurídica de la Iglesia, de reivindicación de sus derechos, nos han acostumbrado a una actitud de exigencia frente a los hombres. Esto se explica dentro del sistema antiguo medieval, en el que se podía suponer que el mundo era cristiano, y que el único problema era la rivalidad entre el poder civil y el eclesiástico. El clero, entonces, se mantuvo en general dentro de una actitud defensiva, después, de agresividad ofensiva, frente al poder civil, porque el poder civil tenía una actitud de rivalidad y agresividad frente al poder religioso. Así, nos hemos acostumbrado a tomar una posición de exigencia: exigir que los hombres acepten, sigan los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Ahora bien, dentro de la visión de conjunto de la humanidad, la Iglesia no viene solamente para exigir, para obligar a los hombres a aceptar dones que no les interesan, o gracias que no esperan. La Iglesia viene, como don de Dios, a ofrecer algo a los hombres; este es el sentido de servicio. Lo que debemos examinar fundamentalmente es qué es lo que el Evangelio, y toda la tradición cristiana —nosotros—, podemos ofrecer a los hombres de hoy. El problema no es cómo vamos a exigir fidelidad, cómo vamos a convencerlos, a penetrar su voluntad, para que sean fieles a la Iglesia. El problema está en qué es lo que nosotros podemos ofrecer, cuál es el don que se encuentra en el Evangelio de Jesucristo. No podemos esperar que los hombres estén dispuestos a someterse a un poder nuevo, a un poder religioso.

La Iglesia no debe presentarse como fuerza o poder, sino como un don de Dios que interesa a los hombres, que responde a una aspiración de ellos. El don de Dios que debemos reinterpretar a partir de las condiciones en que se encuentran los hombres, y que es primero una Palabra, porque en el Evangelio, Dios, por su Hijo Jesucristo, se dirige esencialmente a la inteligencia de los

hombres. No a una inteligencia racional, sino al pensamiento profundo, a la conciencia humana; para darles la palabra que les manifiesta el sentido de su desarrollo: a dónde van, cuál es el sentido del movimiento de los hombres. Esta palabra constituye la iluminación de las inteligencias, la sabiduría que Dios revela al mundo por medio de Jesucristo. Lo que la Iglesia lleva a cabo es la continuidad de esa palabra que se encuentra en el Evangelio, y que debe ser aplicada a la problemática y aspiraciones humanas.

Debemos siempre repensar nuestra predicación a partir del sentido religioso de los hombres modernos, para ver cómo esa predicación constituye la perfección de lo que esperaban —la perfección humana de la realización individual, de la realización sexual, política, del modelo de la ciudad—, que está implícito en ellos, y que el Evangelio puede explicitar, porque en el Evangelio está a dónde lleva Dios esta vocación implícita que se encuentra en ellos. Misterio de palabra y de revelación. En este sentido, tendremos que desprendernos de todos los cuadros de predicación preestablecidos, en nuestro apostolado.

Hay un tipo de predicación para los cristianos: explicación del misterio cristiano en sí, de los sacramentos. Es el tipo de predicación que tenemos habitualmente. Pero hay otro tipo de predicación, que se dirige al sentido religioso de los hombres, a las preocupaciones de los hombres; esta es propiamente la predicación de evangelización, para el hombre que no ha elaborado todavía su proceso de conversión. Los hombres de hoy no son hombres convertidos, son hombres con algunas cosas del pasado, pero paganos. A veces asisten a Misa el domingo, pero en su mentalidad son paganos, porque eso no vive en ellos. Se necesita, pues, una predicación dirigida al sentido de los hombres, después de haber asimilado su sustancia humana, participando con ellos de sus propios movimientos, aspiraciones. Esta es la única predicación de diálogo, la única predicación constitutiva del Reino de Dios.

Puesto el problema fundamental, no es

el problema cuantitativo de como vamos a crear los organismos de acción, de propaganda, capaces de impresionar a todo el mundo. Porque si el contenido de nuestro mensaje no interesa a nadie, nunca encontraremos los medios necesarios de propaganda para divulgarlo. Cuando un mensaje corresponde a una espera, a un deseo de los hombres, hace su difusión sin ningún método. Basta contemplar la historia primitiva: durante sus primeros siglos, la Iglesia nunca concibió ninguna pastoral, ningún plan de catecismo o evangelización, porque lo que predicaba correspondía a una aspiración de los hombres, a las categorías religiosas de los hombres, y porque para su aplicación estaban conversando diariamente con sus colegas. Entonces estaban obligados a ver cómo la palabra de Jesucristo era una palabra de salvación, que les daba un sentido; hacían su predicación espontáneamente. Pero eso supone una gran libertad interior respecto a los hombres, primero, y de asimilación de los que ellos son, de comprensión, sin actitud propagandista inmediata.

La palabra es fuerte por sí misma, y si no es fuerte es porque no es vivida, porque no es sincera. Si la palabra de los predicadores no convence es porque no nos convenció antes a nosotros mismos, porque no cristianizó todo lo que es nuestra participación en el mundo de la cultura actual. Y si nosotros mismos no asimilamos la cultura del hombre de la ciudad, si no la cristianizamos en nosotros mismos, ¿cómo podemos pedir que otros lo hagan? La cristianización del hombre de la cultura urbana se hará primero en nosotros, viviendo en ese mundo urbano, y cristianizándolo en nosotros, todos los caminos de propaganda, fuera de esa perspectiva, serán ineficaces. Veinte personas que hayan asimilado la cultura del hombre de la ciudad actual, de la ciudad mexicana, asimilado sus pensamientos, aspiraciones, sentido religioso, y que lo viven personalmente, tendrán más importancia que diez mil catequistas. Veinte personas que lo viven heroicamente en su vivencia personal, en una convivencia real con los hombres que elaboran el estilo de vida actual tendrán más repercusión, y más influencia, que diez mil propagandistas an-

gustados por el éxito, preocupados por la sobrevivencia de la Iglesia. Además, estas veinte personas serán modelos para otros.

Lo que nosotros pedimos muchas veces a los catequistas, miembros de Acción Católica, etc., es una tarea casi imposible. Les damos pocos recursos, casi ninguna preparación y les decimos: vayan ahora ustedes a ese mundo que no conocen, y cristianícenlo. ¿Cómo podrán, sin modelo, sin ejemplo, descubrir los caminos, las palabras que van a disipar los innumerables malentendidos que hay entre la Iglesia y ese mundo? No podrán hacerlo, es casi imposible. Una de las primeras tareas pastorales es que algunos lo hagan totalmente, para mostrar el camino a otros. Lo que nos falta, de modo general, es el conocimiento del contexto del hombre en el que nosotros actuamos.

Cuando los jesuitas llegaron a China en el siglo XVI, se dedicaron exclusivamente, primero a asimilar la cultura del país, a penetrar en su sentido, en su alma. Durante el siglo pasado, en forma general, los misioneros no lo hicieron así, pensaron que la cultura europea era tan superior, que no valía la pena estudiar a los demás, y entonces comenzaron a reclutar. Naturalmente, los elementos que consiguieron fueron los menos importantes, los marginales. Las misiones católicas de Asia y África están hechas generalmente de marginales, personas que no representan nada de su cultura, que no representan nada de la civilización del país.

También así, podríamos nosotros realizar una pastoral, una conquista de marginales, de personas que no representan nada en la cultura actual, en el mundo de la ciudad. Esto es inútil. No es así como Dios crea su Iglesia. Si Dios crea su Iglesia precisamente para llevar a la humanidad en Jesucristo, es para llevar a la humanidad en su sustancia, en lo que constituye el sentido más profundo, no en sus marginales. Por eso el apostolado se dirige primero a los que son representativos de su cultura, porque la Iglesia constituye la palabra que se dirige

a los hombres más habilitados para entenderla por su preparación. Dios los ha preparado, y les dirige su palabra. Podemos tener más éxito cuantitativamente, entre los marginales, pero no es esta la obra de la Iglesia. La Iglesia viene a recapitular la humanidad en Jesucristo, y la humanidad son sus elementos representativos, los portadores del sentido humano.

El don de Dios que es la palabra, y que es la gracia, liberación del pecado porque toda cultura humana es ambigua, mezclada con el pecado. Es una mezcla de vocación divina, y egoísmo humano. Cualquier cultura tiene una mezcla de adoración y de ateísmo.

Se trata, precisamente, de liberar el sentido humano de los hombres, del egoísmo, del ateísmo, para llevarlo a la adoración, que se encuentra también en su aspiración profunda. Liberación de lo que es pecado, para que lo que es adoración pueda desarrollarse, esta es la gracia de salvación que la Iglesia trae a los hombres, y que debe traerles a partir de la conciencia de pecado, revelación del pecado que se encuentra en todas las realizaciones. Pero, revelar el pecado a los hombres es lo más difícil.

De ahí, la actitud de agresividad orgullosa que toman los moralistas, en forma general. Si nosotros vamos a denunciar el pecado del mundo, el pecado social, el pecado político, el pecado sexual, u otro, la tarea es muy difícil, porque exige la mayor humildad. ¿De quién pueden los hombres, normalmente, aceptar la revelación de su pecado? Si una persona vive en adulterio, ¿de quién aceptará la denuncia de su pecado? Solamente de una persona tan humilde, y de un amor y una comprensión tan puros, que su denuncia no sea recibida como acusación, como afirmación de la dominación de otro. Es lo que sucede con la Iglesia, tiene un mensaje que pretende denunciar el pecado de los hombres para liberarlos de su pecado, y llevarlos a la adoración pura, pero esto supone la misma humildad y comprensión de Jesucristo.

No se trata de hacer proclamaciones generales. ¿Qué partido político hay que acepte de un grupo de cristianos la denuncia de su pecado, que la acepte profundamente? No basta que nazca otro partido de oposición para denunciarlo, esto crea únicamente más agresividad, una respuesta más defensiva del orgullo herido. Y esta es la respuesta que han encontrado muchos movimientos de política cristiana, de economía cristiana, de moralidad cristiana, provocar la resistencia, la rivalidad.

Es claro que el cristianismo debe denunciar el pecado en la política, en la economía, en toda elaboración de la cultura moderna, pero el mundo moderno la aceptará sólo de aquellos que lo aman profundamente. Y, ¿cómo se puede manifestar que no por resentimiento, ni por agresividad, sino por amor sincero de participación, se hace esta denuncia, con toda la humildad, con toda la comprensión y delicadeza necesarias? Si es así como se hace el apostolado, en forma general, no lo sé. Los defectos de nuestra formación espiritual se hacen patentes en la esquizofrenia de nuestro cristianismo, practicamos las virtudes de humildad, de comprensión, en la vida privada, y después, en la vida pública, en la vida oficial, en la actitud exterior de la Iglesia, ya no vale ni la humildad, ni la caridad, ni nada. Por eso las reacciones de los cristianos son reacciones de grupo social herido, en estado de defensiva y resentimiento. Esto es precisamente lo que no convence.

Aceptar la revelación del pecado es lo más difícil. Basta pensar en la educación de un adolescente. Es necesaria mucha comprensión, mucha confianza mutua, para que uno de ellos acepte del educador el reconocer los desórdenes sexuales, y la necesidad de corregirse. Si no existe entre los hombres modernos, y los hombres representantes de la Iglesia, esta confianza mutua, recíproca, esta comprensión, nunca podremos denunciar su pecado, ni mostrar la necesidad de purificar, de corregir, y de recibir de Jesucristo las gracias que liberan a los hombres de su egoísmo. No aceptarán la revelación de su orgullo, de su egoísmo, porque

otro orgulloso, otro egoísta, no es capaz de hacerlo.

No se trata, pues, de afirmar fórmulas, todos deben creer ahora que los hombres son pecadores. No se trata de llegar a una aceptación verbal, porque se aprendió así en la Iglesia. Esto no es reconocer el pecado que está en el hombre, en nosotros, en esa vivencia social. ¿Quién va a aceptar que Jesucristo es quien tiene las fuerzas para esa liberación del pecado? Solamente aquel a quien se le presente con mucha comprensión, con mucha delicadeza.

Podemos decir que el problema del apostolado es, en cierta forma, el problema de colocar las virtudes cristianas en la realidad, no al lado de la realidad. Humildad cristiana frente a los políticos, los economistas, los ingenieros, no en un convento pequeño en el que todo mundo practica la humildad con ejercicios artificiales. Humildad ante los médicos, los obreros, los sindicatos, que busca la comprensión y simpatía humana. Caridad llevada a la realidad de todos los días. Sólo este ambiente establece la posibilidad de una verdadera evangelización, no vista desde la perspectiva de palabras o propaganda.

Esta es la tarea de los cristianos. Llevar una palabra, pero una palabra que es peligrosa. Que si se toma sincera y auténticamente es peligrosa, la evangelización consiste en la repartición de palabras muy peligrosas. Esta repartición únicamente se puede hacer en un contexto humano favorable. Si no, se crean crisis, o se llega sólo a la indiferencia, lo mismo que la propaganda para un producto de belleza, o un producto farmacéutico. Indiferencia, o reacciones puramente inconscientes, vacías. Si nuestras palabras no son peligrosas, es claro que no serán palabras de evangelización, y si son peligrosas, crean una situación difícil, que sólo será provechosa en un contexto humano de caridad, de amor.

Este es el don de la Iglesia, el don de la gracia de Jesucristo, capaz de realizar la

liberación del pecado de los hombres. Pero esto se puede aportar únicamente si estamos dentro de ellos, profundamente dentro de los partidos políticos, de los movimientos artísticos, y de los movimientos sociales, para poder decir las palabras de conversión con la autenticidad humana que encuentra eco en el alma de los hombres. Entonces encontrará, no la resistencia, la barrera que los hombres ponen a los que quieren introducirse en su vida, sino la apertura interior. Es un problema de actitud humana.

Podemos decir que el mayor obstáculo a la presencia de la Iglesia en la cultura moderna es una actitud que nos cierra a los hombres, y cierra nuestra propia psicología, nuestra actitud, porque todavía tenemos actitudes humanas que nos predisponen a otro contexto social. Nos han preparado para otro contexto social. Es un cambio de actitud humana, de receptividad, de acogida, y de actitud verdaderamente cristiana, en su autenticidad cristiana. Porque se trata de revelar el don de Dios que libera al hombre de su pecado, el don de Dios que realiza entre los hombres la verdadera unidad, la verdadera caridad. No hay caridad y unidad en el pecado. Sin victoria sobre el orgullo, sobre el egoísmo, no hay caridad ni fraternidad verdaderas. No se realiza lo que los hombres buscan. Jesucristo viene a darles la liberación, pero si nosotros no mostramos que fue El quien nos dio esta liberación, ¿cómo vamos a convencer a otros? Si Jesucristo formó en nosotros hombres angustiados, ¿cómo les vamos a mostrar que El los convertirá en hombres equilibrados, de paz, de reconciliación? No es posible.

¿De dónde vendrá el Reino de Dios a la ciudad actual? Claramente no de una planificación económica, o política. Estas cosas las hacen los hombres, no es necesario ser cristiano para hacerlas. Tienen toda la inteligencia necesaria para ello, no les hace falta un suplemento de inteligencia o de capacidad técnica, lo tienen todo. Lo que hace falta es la revelación de la verdad de su vocación humana, de la separación entre lo que es pecado y lo que es justicia, de lo que es pecado en ellos, y la gracia de libe-

ración de este pecado. Esto lo posee la Iglesia, tiene los instrumentos de palabra y gracia con que puede salvarlos de su pecado, y llevarlos a Dios, en Jesucristo por el Espíritu Santo. Eso lo tiene en sus miembros, porque la Iglesia está en los hombres cristianos que están actuando. No estará esencialmente en formas exteriores, en edificios. La Iglesia, como siempre, es la Ciudad de Dios en estado de movimiento, de formación. Es el dinamismo que construye la Sociedad de Dios en los cristianos portadores de esta actitud, los que han recibido el Evangelio, y se han convertido a él, que han llegado ellos mismos a su liberación interior y exterior, y que llevan el mismo don a los otros, a sus colegas humanos.

Es decir que lo que importa es que la Iglesia tome conciencia de lo que es: el suplemento, el camino que, a partir de la vocación humana, lleva a los hombres de las culturas humanas hacia Dios. La Iglesia no es un depósito de Dios, o de gracias; no es un estado definitivo. No se trata de llevar a los hombres a la Iglesia, sino de llevarlos a Dios, hacia Dios. La Iglesia está en medio del camino. Ayuda a todas estas culturas humanas a alcanzar su fin, que es Dios, en Jesucristo. La recapitulación en Jesucristo, como adoración al Padre, para siempre, en la caridad del Espíritu Santo. La Iglesia es este movimiento. Todo lo que es actuación, a partir del hombre hacia Dios; todo lo que es predicación, señal de la gracia, don de la gracia, todo esto es la gracia, pero siempre en estado de movimiento. Donde no hay movimiento no hay Iglesia, donde no se transmite una palabra viva, no hay Iglesia; habrá forma exterior de Iglesia, pero el templo de Dios no son las piedras, sino las almas humanas vivas de los hombres que transmiten la palabra, que llevan la liberación del pecado.

El problema de la Iglesia en la ciudad es el problema de la Iglesia en medio de los hombres verdaderos. En cuanto a nuestra salvación individual, ésta depende totalmente de nuestra fidelidad a la vocación de la humanidad. El hombre que se salva es el que se somete completamente a la vocación

de Iglesia que pasa por él. No hay otro camino de salvación, que el de la adhesión a este movimiento en la Iglesia, que nos lleva a ser los instrumentos del Reino de Dios. Ahora hay un cambio de la actitud del individualismo religioso, a la actitud de miembro activo de la Iglesia. Esto empezó hace ya un siglo, con los primeros movimientos de apostolado seglar; constituyeron etapas en esta renovación. Ahora vemos mejor a dónde vamos.

En cuanto a los más prácticos, todo se debe examinar a partir del punto central: ¿cuál es el servicio que ofrecemos a los hombres? Porque todo lo que no sea ofrecer un servicio a los hombres, es inútil. Debemos quitar de la Iglesia todo lo que no constituye un don capaz de responder a algo de los hombres, a algo que ellos esperan.

Si conviene construir un edificio, o no, hay que ver cuál será la utilidad; si esto va a ser una respuesta, una transmisión de la palabra, o no. ¿Será una auténtica revelación del destino del hombre, del sentido de la caridad humana? Si conviene abrir un hospital, un dispensario, ¿qué respuesta constituye esto para mostrar a los hombres el sentido de salud? ¿Con esto va a entender el respeto al cuerpo humano? ¿Van a salir de esa esquizofrenia que separa el cuerpo y el alma; van a entender el mensaje de Jesucristo sobre el cuerpo humano? Si no sirve para revelarles esto, es inútil. Porque ellos saben instalar dispensarios, no hace falta ser cristiano para esto. El cristiano debe mostrar el camino a dónde va esa ciudad, a dónde va el hombre, la familia. ¿Cuál es la figura ideal, para mostrarla, para denunciar en ellos el pecado?

Pero si el cristiano tiene una institución al lado de otra institución, ya no puede denunciar el pecado. Es lo que ha sucedido donde hay un partido político católico al lado de otro católico, desde este momento es imposible a un católico denunciar sinceramente los pecados y vicios de la vida política. Es imposible. A propósito de esto, hay una alusión en la "Pacem in Terris".

¿Por qué hay tanto silencio por parte de los cristianos en la vida política? Porque se colocan en una situación en la que ya no pueden decir nada, todo lo que dicen es interpretado en forma política, como intención de defender su partido. Es imposible que sea recibido como palabra sincera. Si se denuncia el vicio del socialismo, y no se está dentro del socialismo, todo es interpretado, naturalmente, como una agresión, no como una palabra de caridad. ¿Será verdad que los cristianos quieren la conversión de ese partido, la reforma de ese partido, o quieren destruirlo? Si sienten que los cristianos vienen a destruirlos, no a salvarlos, el mensaje de evangelización no puede tener éxito. Lo mismo pasará en un movimiento artístico, cultural, si se siente que lo que buscan es una imposición. Por ejemplo la imposición de la filosofía tomista a todo el mundo. Naturalmente los demás se sienten amenazados por un sistema. Entonces, cualquier palabra filosófica de los cristianos es interpretada como un indicio de la intención de conquistar a los demás. No como una palabra sincera que desea en verdad la conversión de la filosofía actual, su conversión, la liberación de su pecado, sino como una palabra sin simpatía, sin conocimiento profundo que no parte de lo que ellos son.

A partir de la visión de lo que es la misión del cristiano, es como podremos descubrir los métodos, los modos de acción del hombre urbano. Aquí estamos frente al hombre casi natural, al hombre sin superestructura social. El hombre de la ciudad actual es, no digamos ateo, ni materialista, es el hombre en su estado espontáneo, el hombre tal como Dios lo hizo, el Dios que nos propone, el que manda a su Iglesia. Es el hombre tal como sale de las manos creadoras de Dios, con una mezcla de aspiración hacia Dios, y de egoísmo, una mezcla de adoración y de pecado, porque el hombre mismo corrompió la obra divina, y porque él se hizo pecado, por un misterio que aparece en la Biblia, en el Evangelio, pero del que se encuentran las huellas en toda la experiencia humana.

Así se nos presenta el hombre, mezcla

de pecado y de adoración. Es a quien la Iglesia debe ofrecer lo que tiene, no pedirle o exigirle. Dios es quien exige. La Iglesia propone lo que recibió de Dios para salvarlos. Esto supone una actitud de servicio, no en un sentido puramente sentimental u oportunista. Se trata de una actitud fundamen-

tal: somos instrumentos de Dios, dentro del Reino de Dios, y el Reino de Dios somos nosotros, es la humanidad entera caminando hacia Dios. Nosotros estamos al servicio de este movimiento de la humanidad entera en todas las naciones y en todas las culturas, en todos los tiempos.

Cuadernos Sacerdotales

LA ORACION DEL SACERDOTE

Manuel Cuervo, O. P.

¿Cómo es la oración del hombre que trata de ser un mediador entre sus hermanos y Dios? Tema sugestivo e importantísimo que es tratado por conocidos maestros de Teología.

Ej.: \$19.75 - Dls. 1.80

EL CELIBATO SACERDOTAL

Varios autores.

Una visión negativa del celibato insiste exclusivamente en el aspecto de renuncia, pero es necesario recordar que se trata de una renuncia con Cristo y obedeciendo a un llamamiento personal.

Ej.: \$21.50 - Dls. 1.95

SACERDOCIO Y MISION

Varios autores.

¿Qué son las Misiones? ¿Por qué la desoccidentalización de la Iglesia? ¿Dónde está el sentido de la espiritualidad Misionera? Interrogantes que son desentrañadas en los capítulos de esta obra.

Ej.: \$19.75 - Dls. 1.80

SERVIDORES DE LA PALABRA

Varios autores.

La predicación es fuente de gracia. Mentalidad moderna y Predicación apostólica y perenne son algunos de los interesatísimos capítulos que componen esta obra. No puede pasar ignorada por ningún predicador.

Ej.: \$23.00 - Dls. 2.05

LA UNIDAD CUMPLIMIENTO Y ESPERANZA

Varios autores.

"La unidad no es solamente una prerrogativa de la Iglesia católica. Es un deber, es una ley, un empeño" (Paulo VI). Tema candente que ha conmovido al mundo entero y que ha suscitado esfuerzos de parte de todos. ¿Cuáles son los caminos para alcanzarla? Existen falsas posturas. Esta obra es una magnífica instrucción sobre la unidad.

Ej.: \$26.50 - Dls. 2.40

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Apartado 2181 (Librería en Donceles 99-A) México 1, D. F.

Liturgia Viva.

**órgano oficial de la comisión de liturgia,
música y arte sacro de México. No. 28**

Constitución Apostólica "Pontificalis Romani" sobre los Nuevos Ritos en la ordenación del Diácono, Presbítero y Obispo

El Concilio Vaticano II ha dispuesto la revisión del Pontificado romano no solamente de un modo general (1), sino también con indicaciones particulares que establecen la reforma del rito de las Ordenaciones "tanto en lo que se refiere a las ceremonias como a los textos" (2).

Entre los ritos de la Ordenación hay que tener presentes principalmente aquellos que mediante la colación del sacramento del Orden, en sus varios grados, constituyen la sagrada jerarquía: "El ministerio eclesástico de institución divina se ejerce en diversos órdenes por aquellos que desde antiguo se llaman obispos, presbíteros, diáconos" (3).

En la revisión de los ritos de las sagradas Ordenaciones, además de los principios generales del Concilio Vaticano II, para la reforma general de la liturgia, habrá que tener presente la admirable doctrina sobre la naturaleza y los efectos del Orden, afirmada por el mismo Concilio en la Constitución sobre la Iglesia. Doctrina que la liturgia debe expresar en la manera que le es propio; en efecto, "tanto los textos como los ritos deben tener una disposición tal que la realidad sagrada que significan se

expresen lo más claramente posible, y de tal forma que el pueblo cristiano lo entienda, en la medida de lo posible, con facilidad y pueda participar con una celebración plena, activa y en forma comunitaria" (4).

El sagrado Concilio enseña que "con la consagración episcopal se confiere la plenitud del sacramento del Orden; a saber: la que en la tradición litúrgica de la Iglesia, y por los Santos Padres, es designada con el nombre de sumo sacerdocio, plenitud del sagrado ministerio. La consagración episcopal confiere también, con el oficio de santificar, los deberes de enseñar y de gobernar, los cuales, por su naturaleza, no pueden cumplirse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y con los miembros del colegio. En la tradición, transmitida especialmente en los ritos litúrgicos y en el uso de la Iglesia oriental y occidental, consta claramente que por la imposición de las manos, y con las palabras de la consagración, se confiere la gracia del Espíritu Santo y se imprime el carácter sagrado, de suerte que los obispos, de una manera eminente y visible, ocupan el lugar del mismo Cristo Maestro, Pastor y Pontífice y actúan en su persona" (5).

Convergencia de la tradición
de Oriente y Occidente.

A estas palabras hay que añadir muchos otros excelentes puntos de doctrina sobre la sucesión apostólica de los obispos y sobre sus oficios y deberes, que aunque se confieren en el rito de la Consagración episcopal, parece que deben ser expresados mejor y con más precisión. Con esta finalidad, ha parecido oportuno tomar de las fuentes antiguas la oración consagratória que se encuentra en la llamada Traditio apostólica de Hipólito Romano, escrita al principio del siglo III, y que se ha conservado en gran parte, también en nuestros días, en la liturgia de la Ordenación de los coptos y de los siro-occidentales. De esta manera, en el mismo momento de la Ordenación queda demostrada la convergencia de la tradición oriental y occidental sobre el oficio apostólico de los obispos.

Referente a los presbíteros, entre todo lo que ha sido tratado en el Concilio Vaticano II, recordemos principalmente esto: "Los presbíteros, aunque no poseen la plenitud del sacerdocio y dependen de los obispos en el ejercicio de su potestad, están, sin embargo, unidos a aquéllos por el honor sacerdotal y en virtud del sacramento del Orden. A imagen de Cristo, sumo y eterno sacerdote (Cf. Hebr. 5, 1-10; 7, 24; 9, 11-28), son consagrados para predicar el Evangelio, pastorear a los fieles y celebrar el culto divino como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento" (6). "Los presbíteros —leemos en otra parte—, en virtud de su ordenación y de la misión recibida de los obispos, son promovidos al servicio de Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, participando en su ministerio, gracias al cual la Iglesia, aquí en la tierra, incesantemente es edificada como pueblo de Dios,

Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo" (7).

La imposición de las manos.

En la Ordenación presbiteral, según el rito del pontifical romano, la misión y la gracia del presbítero, como cooperador del orden episcopal, se expresaba muy claramente. Pero ha parecido necesario dar mayor unidad a todo el rito, distribuido en varias partes, y destacar más vivamente el núcleo central de la Ordenación, esto es, la imposición de las manos y la oración consagratória.

En cuanto a los diáconos, finalmente, además de cuanto ha sido dicho ya en nuestro "Motu proprio" del 18 de junio de 1967, es necesario ante todo recordar las palabras de la Constitución "Lumen Gentium": "En el grado inferior de la jerarquía están los diáconos, a los cuales se les imponen las manos "no para el sacerdocio, sino para el ministerio" (Constitutiones "Ecclesiae Aegyptiacae", III, 2). En efecto, sostenidos por la gracia sacramental en el ministerio de la liturgia, de la predicción y de la caridad, sirvan al pueblo de Dios, en comunión, con el obispo y con su presbiterio" (8). En el rito de la Ordenación de los diáconos poco había que cambiar, habida cuenta de la nueva legislación del diaconado como grado permanente de la jerarquía de la Iglesia latina y de la mayor claridad y sencillez del rito.

Además, entre los documentos del supremo magisterio sobre las sagradas Ordenes, merece particular mención la Constitución "Apostolica Sacramentum Ordinis", de nuestro predecesor Pío XII, publicada el 30 de noviembre de 1947, con la cual se declara que "la materia única de las sagradas órdenes del diaconado, del presbiterado y del episcopado es la imposición de las manos,

(1) Conc. Vat. II, Const. de sacra Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 25, A.A.S. 56, 1964, p. 107.

(2) Ibid., n. 76; A.A.S. 56, 1964, p. 119.

(3) Conc. Vat. II, Const. dogm. de Ecclesia, *Lumen gentium*, n. 28; A.A.S. 57, 1965, pp. 33-34.

(4) Conc. Vat. II, Const. de sacra Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 21; A.A.S. 56, 1964, p. 106.

(5) Conc. Vat. II, Const. dogm. de Ecclesia, *Lumen gentium*, n. 21; A.A.S. 57, 1965, p. 25.

(6) Ibid., n. 28; A.A.S. 57, 1965, p. 34.

(7) Conc. Vat. II, Decr. de la vida y ministerio de los presbíteros, *Presbyterorum Ordinis*, n. 1; A.A.S. 58, 1966, p. 991.

(8) Conc. Vat. II, Const. dogm. de Ecclesia, *Lumen gentium*, n. 29; A.A.S. 57, 1965, p. 36.

y la forma única son las palabras, que determinan la aplicación de esta materia, expresan claramente los efectos sacramentales, es decir, el poder de orden y la gracia del Espíritu Santo, y que, en este sentido, son recibidas y usadas por la Iglesia (9). Anticipado esto, el mismo documento señala cuál imposición de las manos y cuáles palabras constituyen la materia y la forma de cada Orden.

Ya que en la revisión del rito se ha debido añadir, quitar o cambiar alguna cosa tanto para acomodar los textos a la fidelidad de los más antiguos documentos como para que las expresiones resulten más claras o para expresar mejor el efecto de los sacramentos, nos ha parecido necesario, para evitar toda controversia o motivo de turbación de conciencia, declarar qué partes del rito reformado deben considerarse esenciales.

Partes esenciales del rito.

Por esto, con nuestra suprema autoridad apostólica, decidimos y disponemos cuanto sigue sobre la materia y la forma de cada Orden.

La materia de la ordenación del diácono es la imposición de las manos del obispo, hecha en silencio a cada uno de los ordenados antes de la oración consagratória; la forma la constituye la misma oración consagratória, de la cual son esenciales, y por ello necesarias para la validez, estas palabras: "Emitte in eos, Domine, quæsumus, Spiritus Sanctum, quo in opus ministerii fideliter exsequendi munere septiformis tuæ gratiæ roborentur".

Igualmente la materia de la Ordenación de los presbíteros es la imposición de las manos, hecha en silencio por el obispo a cada uno de los ordenados, antes de la oración consagratória, la forma es la misma oración consagratória, de la cual son esenciales, y por ello exigidas para la validez,

(9) A.A.S. 40, 1948, p. 6.

(10) Cf. Conc. Vat. II, Const. de sacra Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 25; A.A.S. 56, 1964, p. 107.

las palabras: "Da quæsumus, omnipotens Pater, his famulis tuis Presbyterii dignitatem, innova in visceribus eorum Spiritum sanctitatis; acceptum a te, Deus, secundi meriti munus obtineant, censuramque morum exemplo suæ conversationis insinuent".

Finalmente, la materia de la Ordenación del obispo es la imposición de las manos sobre la cabeza del elegido, hecha en silencio o por los obispos consagrantes, o al menos por el consagrante principal, antes de la oración consagratória; la forma son las palabras de la misma oración consagratória, de la cual son esenciales, y por ello necesarias para la validez: "Et nunc effunde super hunc Electum eam virtutem, quæ a te est, Spiritum principalem, quem dedisti dilecto Filio Tuo Iesu Christo, quem Ipse donavit sanctis Apostolis, qui constituerunt Ecclesiam per singula loca, ut sanctuarium tuum, in gloriam et laudem indeficientem nominis tui".

Por todo ello, el rito para la colación de las Ordenes sagradas del diaconado, presbiterado y episcopado, compuestos por el "Consilium a exsequendam Constitutionem de sacra liturgia", "con la ayuda de personas competentes y con el consejo de los obispos de diversas partes del mundo" (10), Nos lo aprobamos con nuestra autoridad apostólica, y disponemos que en lo sucesivo sea usado en la administración de estas órdenes en lugar del que viene en el Pontifical romano.

Cuanto aquí hemos dispuesto y ordenado queremos que sea válido y eficaz ahora y en el futuro, no obstante cualquier cosa en contrario que pueda hallarse en las Constituciones y en las disposiciones apostólicas de nuestros predecesores y en otros estatutos aun dignos de particular mención y revocación.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 18 de junio de 1968, año V de nuestro pontificado.

PABLO PP. VI

Nueva visión del Año Litúrgico

Por John Power, S.M.A.

En estas páginas queremos descubrir lo que es exactamente el Año Litúrgico; cómo se formó; y de qué manera puede estimular nuestra vida cristiana.

¿Dónde encontraremos una definición puntual del Año Litúrgico, si no en el Vaticano II? "La Santa Madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año, la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó "del Señor", conmemora su resurrección que una vez al año celebra también junto con su santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua.

"Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor.

"Conmemorando así los Misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación". (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, N° 102).

Al presente, nuestro Año Litúrgico comienza el primer domingo de Adviento y termina con el último de Pentecostés. A grandes rasgos, su estructura es como sigue: Pascua es el punto central en torno al cual gira todo el Año. La Pascua tiene un período de preparación (Cuaresma) y un período de continuación (el tiempo que va hasta Pentecostés). Todo este período está rodeado por otros dos, que podemos llamar de preparación remota (el ciclo de Navidad) y de ulterior continuación (los domingos después de Pentecostés).

(1) A NEW LOOK AT THE CHURCH YEAR", by Father JOHN POWER, S.M.A.; U.S. CATHOLIC, December 1967.

Para llegar a una comprensión plena de nuestro Año Eclesiástico, tengamos presente que su formación ha tomado más de 1900 años. No es, pues, el resultado de un plan original y preconcebido.

Nuestro calendario cristiano tuvo su origen en el ritual judío del Antiguo Testamento. Los judíos celebraban su Año litúrgico con tres grandes fiestas: Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. Probablemente estas tres fiestas fueron, en sus principios, festivales de una comunidad campestre, ya que corresponden a las tres temporadas de cosecha del año agrícola palestinese: la Pascua se celebraba al tiempo de la cosecha de cebada, Pentecostés en los días de la cosecha de trigo, y los Tabernáculos en la temporada de la cosecha de frutos. Naturalmente, Israel adaptó estas fiestas para adorar a su Dios. La adaptación la realizó haciendo conmemoraciones de los acontecimientos más representativos de su historia: el Exodo y la Alianza del Sinaí. Así, la Pascua viene a ser una conmemoración solemne y oficial del Exodo; Pentecostés, un recordatorio de la Ley dada en el Sinaí; los Tabernáculos (Tiendas), el recuerdo vivo de las caminatas que hicieron los padres por el desierto. De estas tres fiestas, la más importante fue la Pascua. Ella dominó el año, porque era la conmemoración del Exodo, la liberación de Egipto; acontecimiento que los israelitas consideraron siempre como la más grande maravilla

con que Dios les había asegurado su salvación.

Los israelitas también tenían un día de fiesta cada semana, que llamaban: Sábado; de una palabra que significa "descansar". Sobre el valor social del Sábado, como día del descanso, los israelitas le impusieron un valor religioso; el Sábado vino a ser el signo y recordatorio semanal de que su Dios era un Dios cariñoso, y un Dios santo al cual debían honrar e imitar en ese día. De ese modo, todo el año llegó a ser para los hombres del Antiguo Testamento un continuo recuerdo de Dios y de todas las maravillas que El había hecho por su pueblo.

Nuestro Año Litúrgico tiene exactamente el mismo objetivo. Únicamente que nosotros conmemoramos un acontecimiento más noble y una liberación más admirable: la muerte y resurrección de Cristo y nuestro rescate del pecado.

Durante los tres primeros siglos, la Pascua fue la única fiesta en toda la Iglesia. Esta exclusividad se debió a que nuestra Pascua correspondía a la judía. La correspondencia entre las dos Pascuas fue impuesta por el mismo Cristo. Por el significado de la Última Cena, Cristo relacionó su "partida" (paso) hacia el Padre con la "Pascua" (paso, partida, éxodo) del Antiguo Testamento. Esto nos explica por qué la fecha de nues-

tra Pascua se marca en base a la determinación cronológica de la Pascua judía. Esto es: en la luna llena del primer mes.

Veamos ahora con más minuciosidad la estructura general del Año Litúrgico.

ADVIENTO. La palabra "adviento" significa "venida". La temporada de Adviento es una preparación no sólo para la venida de Cristo a Belén, sino, además, para su segunda venida como Juez y Remunerador al final de los tiempos.

El Antiguo Testamento fue la larga vigilia de la humanidad en espera del Mesías. La misión de los profetas fue mantener a sus compañeros en un estado de expectación. Los profetas hicieron para con los israelitas lo que la liturgia de Adviento puede hacer para con nosotros: transformar la espera en esperanza.

Entre los profetas, sobresale abiertamente uno como el profeta de la esperanza: Isaías. Esta es la razón por la que, durante el Adviento, todas las lecturas bíblicas contenidas en el Breviario están tomadas de Isaías. En la misma forma como Isaías es el profeta del Adviento en la expectación del Antiguo Testamento, así Juan el Bautista es el heraldo de la esperanza en el Nuevo Testamento. El segundo, tercero y cuarto domingos de Adviento presentan as-

pectos de la vida y misión de Juan Bautista.

Realmente podemos considerar al Adviento como una invitación y una oportunidad para despertar y agudizar en nosotros la esperanza cristiana.

NAVIDAD. Los Evangelios no dan información acerca de la fecha del nacimiento de Cristo. Algunas personas se han sentido descorazonadas al saber que el 25 de diciembre fue escogido con el fin de cristianizar una fiesta pagana. Los romanos celebraban el 25 de diciembre como "el día del nacimiento del Sol invicto". Según parece, esto movió a los cristianos de Roma a introducir una fiesta en honor de Cristo, su Luz y su Sol; así empezaron a celebrar el 25 de diciembre como el día del nacimiento de Cristo.

En el día de Navidad se celebraban en Roma tres Misas. De ellas, la de más antigua tradición es la que celebramos al mediodía; era la Misa solemne que se cantaba en la Basílica de San Pedro. En seguida se introdujo la Misa de media-noche; se celebraba en la Basílica de Santa María la Mayor. La tercera en aparecer fue la Misa que celebramos al amanecer; era en la Iglesia de Santa Anastasia.

El nacimiento de Cristo fue más que una incomparable manifestación

de Dios; fue un trueque extraordinario. Dios había asumido nuestra humanidad a fin de traernos el regalo de la participación de su divina dignidad. Por eso el nacimiento de Cristo es para nosotros un nuevo renacer.

EPIFANIA. Esta es una palabra griega que significa manifestación o presentación. La fiesta de Epifanía fue introducida primeramente en Egipto, y con miras, una vez más, a cristianizar una fiesta pagana: la del dios Sol.

Las iglesias de Oriente comenzaron a relacionar la Epifanía con el bautismo de Cristo, ocasión en la que el Padre presentó a su Hijo ante el mundo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias" (Mt. 3, 17).

En Occidente se hizo la conexión de esta fiesta con la venida de los Magos: una manifestación del imperio universal del nuevo rey. Más tarde se añadió una tercera "manifestación": las Bodas de Caná, donde Cristo "manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en El" Jn. 2, 11. Al presente estos tres acontecimientos son recordados en distintos días: la venida de los Magos en la Epifanía misma, el bautismo de Cristo el 13 de enero, y las Bodas de Caná en el segundo domingo después de Epifanía.

CUARESMA. La idea de tener un período de 40 días como preparación para la Pascua apareció en el Concilio de Nicea. El número cuarenta fue escogido por sus muchas relaciones bíblicas, todas ellas cargadas de recuerdo: los 40 días que pasó Moisés en el Monte Sinaí, los 40 años que duraron en el desierto los israelitas, la caminata de 40 días que Elías efectuó rumbo al Monte Horeb y el ayuno que Cristo realizó durante 40 días en el desierto.

En las iglesias orientales no se ayunaba ni sábados ni domingos. Entonces para obtener el número de 40 días se vieron precisados a extender la temporada de ayuno a más de 8 semanas. Por ello se estableció en toda la Iglesia un tiempo pre-cuaremal y que actualmente encontramos en el Año Litúrgico como los domingos de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima.

Para el siglo VIII cada día de cuaresma tenía su Misa propia. En Roma estas misas de cuaresma se celebraban diario en diferentes iglesias a las que el pueblo llegaba en procesión. A esta costumbre se le empezó a dar el nombre de "estación" o servicio estacional.

En los primeros siglos, la cuaresma fue un tiempo de especial preparación para los adultos que deseaban recibir el Bautismo. Tal preparación catecumenal explica el por qué para

las Misas de las tres o cuatro semanas de cuaresma se escogieron lecturas escriturísticas que narran pasajes de ambos Testamentos en los cuales se prefigura el Bautismo.

SEMANA SANTA. Esta última semana de cuaresma es, desde el punto de vista litúrgico, la más dramática e impresionante de todo el Año. Toda ella se centra en un tema: la Pasión de Cristo.

La liturgia de nuestra actual Semana Santa tuvo su origen en Jerusalén. El Domingo de Ramos los cristianos llegaban en procesión a la ciudad, desde el Monte de los Olivos. Dirigidos por el Obispo los fieles cantaban Salmos y portaban palmas o ramas de olivo. El Jueves Santo se tenía en Jerusalén la Misa vespertina, en la que todos recibían la Sagrada Comunión. Después de media noche todos se reunían en Getsemaní, al pie del Monte de los Olivos, y ahí leían en voz alta el Evangelio que narra la agonía de Cristo y su prendimiento en el huerto. En la mañana del Viernes Santo regresaban en procesión a la ciudad, y se dirigían directamente al Calvario, donde leían la narración evangélica de la Pasión, y besaban una reliquia de la Santa Cruz. Ahí permanecían hasta las tres de la tarde, leyendo pasajes apropiados de la Biblia.

LA VIGILIA PASCUAL. La ceremonia se compone de cuatro partes:

a) la bendición del fuego y del Cirio; b) las lecturas del Antiguo Testamento; c) la bendición del agua bautismal; y d) la Eucaristía. De esta manera toda la ceremonia gira en torno a cuatro elementos comunes en la vida humana: luz, palabra, agua y pan. Todos ellos enraizados profundamente en imágenes neotestamentarias y con la cuales Cristo se reveló a sí mismo.

La bendición del fuego y del Cirio recuerda la costumbre que se tuvo de celebrar la Cena Pascual en la noche del plenilunio, la noche más brillante del mes. La Resurrección de Cristo hace que la noche del Sábado Santo sea la noche más luminosa del Año Eclesiástico. La proclamación triunfal del "Exultet" recoge todos los ecos pascales desde el Sinaí hasta el Cenáculo: "Esta es la noche, en que, por primera vez, sacando de Egipto a nuestros padres los hijos de Israel, les hicisteis vadear a pie enjuto el mar Rojo. Esta es la noche, en la que ahuyentasteis las tinieblas del pecado... Esta es la noche en que, deshechas las ataduras de la muerte, salió Cristo victorioso del sepulcro... (Esta es la noche de la que se dijo: Y la noche será tan clara como el día; y la noche será mi luz)... ¡Oh noche, verdaderamente feliz...!"

Actualmente las lecturas del Antiguo Testamento son cuatro: Génesis 1, la creación; Exodo 14, el paso por

el mar Rojo; Isaías 4, la salvación del "pequeño resto"; Deuteronomio 31, las últimas palabras que dirigió Moisés a Israel.

La bendición del agua bautismal implica varias referencias bíblicas: los cuatro ríos del Paraíso, el mar Rojo, el bautismo de Juan, y el milagro de Caná. En las primitivas liturgias, tan pronto como el agua bautismal quedaba consagrada, los catecúmenos eran conducidos para que recibieran el Bautismo. Es lo que ahora se representa con la renovación de las promesas del Bautismo.

Para la epístola de la Misa Pascual se ha escogido un pasaje del capítulo tercero de la Carta a los Colosenses, haciendo ver la realización que tiene la resurrección de Cristo en los bautizados: "vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". El Evangelio está tomado de Mt. 28, 1-7; nos refiere la nueva que el ángel dio a las mujeres que permanecían pasmadas ante la tumba: "El no está aquí, según lo había dicho, ha resucitado".

TIEMPO PASCUAL. El Misterio Pascual es demasiado rico para que pueda terminarse repentinamente al atardecer del domingo de Pascua. Por eso a este domingo sigue un período de 50 días, que es uno de los más jubilosos de la Iglesia y que incluye las fiestas de la Ascensión y Pentecostés. La palabra "Pentecostés" significa "cincuenta". La fiesta de

Pentecostés, en el Antiguo Testamento, se celebraba a los cincuenta días de pasada la Pascua. A través de esta larga temporada, la Iglesia vive inmersa en el misterio de la exaltación del Cristo resucitado. El tema eje de las lecturas bíblicas nos recuerda que Cristo se ha ido a la Gloria antes que nosotros, y que está en espera de nuestro arribo.

A la Ascensión pronto se le reservó una fiesta especial. El Nuevo Testamento declara que Cristo ascendió a los cielos cuarenta días después de su resurrección. En la mañana del primer Pentecostés, el Espíritu vino a los hombres como un "regalo" de Dios, un regalo brindado con divina generosidad: "quedaron repletos del Espíritu Santo" (Act. 2, 4). Tal regalo no fue para provecho particular de los apóstoles, sino que fue destinado para todos los hombres, representados en Jerusalén esa mañana por la multitud de "Partos, Medas y Elamitas..." (Act. 2, 9). Finalmente, ese regalo del Espíritu habilitaría a los hombres, propensos a la fragilidad y el engaño, para convertirse en testigos de Cristo: "entonces comenzaron a hablar... lo que el Espíritu Santo ponía en sus labios" (Act. 2, 4).

Con la fiesta de Pentecostés y su Octava se cierra el tiempo pascual. Sin embargo, como dependientes de este período, encontramos las fiestas de la Santísima Trinidad (primer domingo después de Pentecostés), de

Corpus Christi (jueves que sigue a la Sma. Trinidad), y del Sagrado Corazón de Jesús.

DOMINGOS DESPUES DE PENTECOSTES. Varían en número, desde 24 hasta 28, según sea la fecha de la Pascua. Una forma más correcta de llamarlos es: "domingos —per annum—", por ocupar el tiempo ordinario del ciclo anual. Van desde Pentecostés hasta Adviento, y no guardan entre sí un plan claro o esquematización.

LAS FIESTAS DE LOS SANTOS. Desde los tiempos más remotos, los cristianos acostumbraron honrar la memoria de los mártires, dando gracias a Dios por la victoria que habían alcanzado sobre la muerte. Su victoria era una imagen y un resultado de aquella primera victoria pascual de Cristo. Hacia fines del siglo IV ese tipo de celebración anual se extendió a aquellos cristianos que, sin haber recibido la gracia del martirio, habían observado una vida santa. La epístola y el Evangelio de la Misa de cada santo arrojan luz sobre el misterio de la santidad, y nos hacen ver un poco más claro el camino por el cual podemos llegar a ser santos.

LA VIDA DEL CRISTIANO Y EL AÑO LITURGICO: Nuestra tarea primordial como cristianos consiste en conservar viva en nuestros corazones la memoria de Cristo y lo

que El hizo por nosotros. Mas lo que Cristo realizó en nuestro provecho, es algo tan admirable y grandioso, que necesita ser considerado paso a paso. Ninguna fiesta, celebración o lectura puede abarcar la totalidad del Misterio salvífico. Aquí radica la inapreciable ventaja del Año que nos presenta la Iglesia: el Misterio de Cristo se nos va manifestando en sus aspectos parciales, y extendiéndose a lo largo de una temporada.

¿Es entonces el Año Litúrgico un medio pedagógico para ayudarnos a encontrar y entender, uno por uno, todos los momentos de la vida y muerte de Cristo? Debemos responder que sí. Sin embargo, esto no constituye toda la esencia del Año Litúrgico. Hay algo más. El Año de la Iglesia nos impulsa a conseguir un contacto efectivo y salvífico con la fuerza vivificante del amor de Dios.

¿Quiere decir esto, por ventura, que se nos pide creer que esos momentos de la vida de Cristo se repiten cada año? ¿Cristo vuelve a nacer a media noche? ¿A resucitar cada domingo pascual? El Misterio Pascual (vida, muerte, resurrección y ascensión de Cristo) es un proceso histórico que se realizó en un tiempo y lugar bien determinados. Este aspecto histórico del Misterio Pascual, naturalmente, ya terminó; y no es necesario, ni posible, que se vuelva a repetir. Sus efectos son los que si-

guen viviendo todavía. Nosotros participamos de la salvación conseguida por Cristo solamente cuando nos unimos a su muerte y resurrección. Y esta es precisamente la función de la Iglesia: aproximarnos hasta conseguir el contacto de la muerte y resurrección del Salvador. Por ello el Año Eclesiástico no es un seguimiento de artificio y sentimental de las huellas de Cristo, sino un encuentro, presente y actual, con nuestro Salvador.

Recordemos la frase del Vaticano II con la que dimos principio a estas páginas: la Iglesia, "conmemorando así los Misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación".

Tradujo y condensó: fr. germán mtez. tamiriz, ofm.

predicación

6 de octubre

Domingo XVIII después de Pentecostés

La confianza en Dios

Le llevaron a un paralítico sobre una camilla y Jesús, al ver la fe de aquellas gentes, dijo al enfermo: "Hijo mío, ten confianza. Tus pecados te son perdonados". (Mateo 9, 2)

Dios quiere que estemos alerta, pero no inquietos. En el camino por el que avanzamos, debemos saber que nos guía su amor y que en la meta final está su amor.

El Evangelio no cesa de apelar a la confianza. "No temáis... Tened confianza". ¿Cuántas almas desalentadas han escuchado el mensaje de la anunciación?; lo escuchó José, acosado por la duda ante la perspectiva de la extraña maternidad de su esposa; lo escucharon los pastores, asustados por las misteriosas claridades de la noche de Navidad; lo es-

cuchó Pedro que se hundía en el mar cuando hizo el intento de andar sobre las aguas; lo escucharon las santas mujeres ante el sepulcro vacío; lo escuchan los enfermos y todos los que sufren, los que luchan, los que dudan. Para todos, las enseñanzas de Cristo constituyen un llamado constante a la confianza.

"Tened confianza, porque yo he vencido al mundo". ¿No es ése un llamado que nos dirige constantemente Jesús a todos nosotros, los que estamos angustiados e inquietos?



Organos electrónicos marca
LOWREY y HOHNER a precios
sin competencia.

Gran surtido en Armonios marca
MANNBORG y BEETHOVEN
desde \$1,900.00 en adelante.

Carillones electrónicos para
Iglesias marca SCHULMERICH.

CASA VEERKAMP, S.A.

GRANDES ALMACENES
DE MUSICA

México 1, D. F. Apartado 851
Mesones No. 21

No hay duda de que la confianza añade a nuestras virtudes y a nuestros esfuerzos el toque de la amistad hacia Dios, de familiaridad con él, de abandono a su providencia, que son acentos propios del cristianismo.

Todo cristiano puede decir como San Pablo: "Cuando soy débil es cuando soy fuerte, porque en Aquél que me fortalece lo puedo todo".

"Aquél que nos fortalece". La ver-

dadera palanca de nuestra confianza es todo un Dios. En el momento en que desfallece nuestro corazón, un pensamiento debería animarnos: el recuerdo de esa fuerza que nunca nos ha faltado en el momento de las grandes luchas. ¿Cómo podemos dejar de tener confianza? En esta vida no somos más que niños perdidos en la oscuridad. Pero, ¿qué podemos temer si entre las sombras estamos asidos a la mano de Aquél que es nuestro Padre?



El Arte CRISTIANO, S.A.

Paseo de la Reforma N° 423

(Edificio Cine Diana)

Teléfono: 28-79-19.

MEXICO 5, D. F.



Altars, Imágenes de Talleres Barcelona, Ornamentos,
Orfebrería, Artículos Religiosos. Diseños especiales para

ORATORIOS, CAPILLAS Y CRIPTAS

13 de octubre

Domingo XIX después de Pentecostés

El reino de los cielos es comparable a un rey que hizo una fiesta de bodas para su hijo. Mandó a sus criados a llamar a los invitados... Pero éstos rehusaron la invitación y se dedicaron a sus propios asuntos. (Mt. 22, 2-3)

Esta parábola de los invitados descorteses, se podría comentar señalando que la negligencia es la causa más frecuente de que los hombres no respondan a la invitación del Rey. Hay muchos que se rebelan abiertamente, la mayoría se excusan.

Pero esas excusas, la mayoría de las veces son falsas o vanas. Los invitados no rechazan insolentemente la invitación, pero inventan un pretexto.

A través de los invitados descorteses de la parábola, nos reconocemos con las mil excusas que inventamos para evadirnos; esos pretextos que envenenan nuestra amistad con Dios.

Poco a poco se nos va ensuciando el alma, sin sentirlo, casi contra nuestra voluntad. Nuestras negligencias, esa lectura inconveniente, ese amorío, esa pereza ante el deber, esa indiferencia ante la miseria de los demás, esa confesión indefinidamente retrasada... todos esos pequeños detalles repetidos ante los llamados de Dios, acumulan las nubes sombrías y preparan las tempestades del alma.

Desde el día lejano de nuestro bautismo dejamos poco a poco el vestido nupcial con que deberemos presentarnos al banquete a que nos ha invitado el Rey. Reflexionando en esto tendremos que decirnos, repitiendo las palabras del Evangelio:

"Muchos son los convidados, pocos los elegidos". Y al llegar a este punto de la meditación, muchos cristianos se mostrarán insensibles a los esfuerzos de algunos comentaristas para explicar este texto del Evangelio, y a su incapacidad para poner de acuerdo el amor infinito de Dios y su justicia infinita. En todo eso hay

un misterio que sólo por medio de la fe podremos entender. Sin embargo, debemos tener confianza en que Dios siempre se ha puesto de acuerdo consigo mismo y no debemos preocuparnos sino por seguir perfeccionando nuestro vestido nupcial, para que cuando nos llamen al banquete celestial, nos admita el Rey.

SE HACEN CAMPANAS PARA IGLESIAS —

Calidad insuperable. Precios razonables.

Trapiches para Caña. Toda clase de piezas para Maquinaria, en fierro gris, bronce y aluminio.

"FUNDICION VALLES"

Miguel Martínez Zamora

Prolongación V. Carranza N° 100.

Apartado Postal N° 31

Ciudad Valles, S. L. P., México.

Vitrales de las Peñas, S. A.

Vitrales y emplomados artísticos.

Precios especiales para las iglesias.



El mejor equipo de artistas especializados en el arte vitrario.

Havre 72, Col. Juárez.

México 6, D. F.

Tel. 28-93-35



Pídanos presupuesto y condiciones de pago.

20 de octubre

Domingo XX después de Pentecostés

"Vete, le dijo Jesús, tu hijo vive". Aquel hombre creyó en la palabra de Jesús y partió. Sus criados salieron a su encuentro diciéndole a grandes voces:

"¡Tu hijo vive!". (Jn. 4, 49-50)

Es necesario hacer una comparación entre la curación que Jesús le concedió al funcionario del tetrarca Herodes, como nos la cuenta este pasaje del Evangelio, a la curación que obtuvo el centurión para su criado fiel.

Ambos milagros se produjeron con poca diferencia de tiempo, al principio del ministerio de Jesús en Galilea; el escenario es el mismo: la población de Caná. Pero, ¡qué diferentes son las actitudes del funcionario y del centurión!

El primero es un judío de fe vacilante. Creo en los poderes de Jesús, el taumaturgo de quien habla todo el mundo. Tiene la esperanza

de que le devuelva la vida a su hijo si acaso accede a colocarse a la cabecera del moribundo. Parece decirle al Señor: "De lejos no podrás hacer nada. Es necesario que vengas a mi casa y tienes que venir pronto porque mi hijo se muere y más adelante no podrás hacer nada".

El funcionario no podía entender que el Dueño de la vida era también el Dueño de la muerte. Tampoco podía comprender que el Dueño de la muerte pudiera dominar el poder de la muerte a través del espacio. Sin embargo, la fe vacilante del funcionario reunía sus cualidades y sólo por eso Jesús le concede la gracia y, como el otro creyó, recibió a fin de

cuentas la curación y resurrección a distancia de su hijo muerto.

En el caso del centurión todo es distinto. Es un pagano; pero su humildad es tan grande que no se atreve a presentarse ante Jesús. Cuando sabe que el Señor se acerca a donde él está, se turba, porque no ignora la repugnancia que experimenta un judío al quedar frente a un extranjero pagano. Entonces le pide a algunos amigos que se acerquen al Señor y le digan: "Detente un ins-

tante, Maestro: El centurión no es digno de que entres en su casa, pero basta que digas una palabra para que su criado quede sano".

Nosotros decimos eso cuando nos disponemos a recibir al Señor como amigo. Allí quedan manifiestas la humildad y la confianza del cristiano que se confiesa pecador y sabe que lo aman. Es la actitud del cristiano que desde el fondo de las sombras, ve siempre los brazos extendidos del Señor para recibirlo con amor.

CASA PATIÑO

Federico Patiño R.

Tabasco Nº 195. México 7, D. F. Tels.: 14-24-91 y 46-81-28

Fabricante e Importador de Estampas, Libros y Medallones, Artículos religiosos en general.

Precios especiales a sacerdotes y Ordenes religiosas.

Envíos directos y C.O.D.

Tenemos el surtido más extenso en estampas litúrgicas así como para Primera Comunión.

IMPORTACIONES ROMA, S. A.

Av. 5 de Mayo Nº 29, Desp. 406 — Tel.: 21-21-88

MEXICO 1, D. F.

Importaciones de Estampas, Libros Recordatorios de Primera Comunión, estampas Misales, Breviarios, marquitos de plástico, Rosarios, etc.

NUESTROS PRECIOS SON DE MAYOREO Y SURTIMOS CUALQUIER PEDIDO DIRECTO, C. O. D., REEMBOLSO O POR CONDUCTO DEL BANCO

TENEMOS EN EXISTENCIA BIBLIAS DE REGINA, HERDER, MISALES DEL PBRO. RIVERA. LETRA GRANDE.

VISITENOS HACEMOS UN BUEN DESCUENTO

27 de octubre

Domingo de Cristo Rey

Entonces le dijo Pilato: "Por lo tanto, ¿tú eres rey?" Jesús le respondió: "Tú lo has dicho, Yo soy Rey". (Jn. 28, 37)

No sólo por naturaleza es Cristo el Rey universal, sino que también como Hombre Dios, quiso ser Rey por conquista. El reino que le confería la creación, bastaba para su gloria; pero no bastaba para su amor. Durante toda su vida en este mundo, nuestro Rey desempeñó estrictamente su papel de conquistador, para ganarnos por medio del sufrimiento y la humillación.

Nunca proclamó sus títulos de la ley en las sinagogas donde predicaba con tanto éxito ni en el Tabor donde apareció revestido de su gloria, ni en el Jordán, donde la Trinidad habló en su nombre; pero sí los proclamó durante su pasión. "¿Eres Rey?", le preguntó Pilato. Y Cristo, que en los momentos de triunfo huía del en-

tusiasmo de las multitudes, respondió en medio de su humillación: "Yo soy Rey".

Una vez proclamada su realeza, tomó posesión de su trono que fue la cruz.

¡Qué escándalo! Un Rey en la cruz... La fe de Pedro había titubeado ante este escándalo y el apóstol hubiese querido que se le evitara la pasión a su Rey.

¡Cuántos cristianos hay tan frágiles que desearían lo mismo, antes que hacer frente a una verdad que les parece demasiado brutal!

Cristianos tímidos que aman a Cristo en secreto, que lo siguen de

lejos —como Pedro durante la pasión—, que lo visitan a ocultas —como Nicodemo— que le vemos padecer pero sin atrevernos a cargar la cruz. Somos cristianos tímidos, porque sabemos que el amor de nuestro Rey se conforma con lo que le damos, pero olvidamos siempre que nuestro Rey tiene todo el derecho a recibir lo que le damos y mucho más.

Hay que dárselo todo. Hay que darle nuestro corazón por entero. Es nuestro deber decirnos que si el Evangelio revolucionó al mundo, por medio de doce corazones ardientes, puede inflamar también nuestro corazón hasta el extremo de entregarse por entero y obtener así la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

Colección "Perspectivas"

Selección orgánica de libros sobre temas fundamentales o que más importan para una genuina postura de la vida.

CLARIDADES Y TINIEBLAS DEL ALMA

Ignace Lepp.

Excelente tratado de psicosisíntesis, escrito con claridad y la lucidez que caracterizan a este ilustre psicólogo francés.

Ej.: \$51.25

INICIACION CRISTIANA, LA

Bouyer, Louis.

No es una introducción elemental. Es impulso y camino que nos familiariza con la perspectiva de lo sagrado. Escrito por una autoridad mundial.

Ej.: \$39.75

SENTIDO DE LOS SACRAMENTOS

Semmelroth, Otto.

Teología sacramental trabada en la vida, despojada de sequedad técnica. Util para el sacerdote que ha de encaminar a los fieles.

Ej.: \$40.25

ESTRUCTURAS MENTALES DEL CRISTIANISMO

Jean Laloup.

Este libro se ocupa de la forma no evolucionada —infantil— de vivir el hecho religioso que tienen muchos adultos.

Ej.: \$49.50

JESUS

Guitton, Jean.

La obra ya clásica del ilustre pensador francés.

Ej.: \$45.00

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A. C.

Apartado 2181 (Librería en Donceles 99-A) México 1, D.F.

bibliografía

ASESORAMIENTO PASTORAL MODERNO.—Teoría y Práctica.—Florentino Elcarte, M. A., ph. D.—216 págs.—Desclée de Brouwer.—1967.—Bilbao.

Libertad religiosa, libertad de conciencia y respeto a la persona humana son realidades que ha puesto de relieve el Vaticano II.

En el campo psicológico estas tendencias encuentran su realización en la nueva corriente de asesoramiento o counseling.

Es toda una nueva concepción del consejo psicológico. No hay que hipnotizar al consultor, ni hacer aflorar lo turbio del subconsciente, ni siquiera darle un consejo directo a modo de receta. Todo es guiado por un profundo respeto a la persona humana. El consejero sólo es un catalizador que ayuda a que el consultor se aconseje a sí mismo, a que tome por sí mismo sus propias soluciones.

CARDENAL KONIG.—Richard Barta.—132 págs.—Editorial Guadalupe.—1967.

En este pequeño libro, el doctor en filosofía Richard Barta, activo laico, colaborador del Cardenal Konig, describe las facetas más interesantes del ilustre historiador de las Religio-

Gracias a Dios empieza a abundar la literatura sobre este tema. Rogers llama a esta técnica, Terapia centrada en el consultor, Charles Curran, Psicoterapia autagógica. Elcarte la divulga con una palabra más sencilla, asesoramiento.

La ventaja de este libro sobre los citados, que son indudablemente su fuente, es que es más breve, quizá más claro, y sobre todo aplicado más directamente a la pastoral.

Contra lo que generalmente se piensa, dar un buen consejo es tremendamente difícil. Este libro resulta utilísimo para iniciaturas en esa compleja técnica.

Víctor Manuel Pérez Valera.

nes y prominente figura del catolicismo actual.

Los libros aparecidos en esta colección 'los hombres y sus ideas'.

que han estudiado personajes tales como Congar, Danielou, Maximos IV, lo hacen a partir de sus principales actividades.

En este caso son el Secretariado para los no creyentes, su actividad en el Vaticano II y sus trabajos dentro de la diócesis de Viena.

CURA SIN SOTANA.—Feliciano Pages Vidal, Pbro.—Spiritus.—383 págs.—1967.—Bilbao.

El mismo autor indica en la introducción que el título dado a su escrito podría aparecer desconcertante. Porque este libro no trata de si el hábito hace o no hace al monje.

Su contenido es una síntesis de la espiritualidad sacerdotal, según la experiencia del autor al conmemorar sus treinta años de órdenes.

En lenguaje sencillo nos explica la realidad actual del carácter sacerdotal, lo que éste exige a Dios, a Cristo y al Espíritu, así como a la Iglesia. Es decir, desarrolla el tema de las

El autor analiza también el carácter del personaje que ha realizado con acierto actividades tan delicadas a lo largo de su vida.

Termina el libro con un capítulo dedicado a estudiar las relaciones Comunismo-Religión-Iglesia con los giros que ha tomado recientemente.

A. Churruca.

gracias con que cuenta el sacerdote para ejercitar su ministerio.

Explica y fundamenta las responsabilidades que acompañan a la vocación sacerdotal, los defectos contra los que tiene que luchar el ministro consagrado. Termina indicando la necesidad de María en la vida del sacerdote y la función maternal que ella desarrolla.

Es una exposición concisa, sencilla que trata de ayudar a los ministros del Señor a encontrar mayor luz en el camino que están andando.

A. Churruca.

DOCTRINA POLITICA DE LA IGLESIA.—Tomo II.—LA IGLESIA Y EL ESTADO.—RR. PP. Desqueyrat y Halbecq, S. J.—"Veritas et Justitia".—178 págs.—1967.—Bilbao.

El libro consta de tres partes fundamentales: 1ª Las relaciones pací-

ficas entre la Iglesia y el Estado; 2ª Relaciones de conflicto entre la

Iglesia y el Estado; 3ª Relaciones concordatorias entre la Iglesia y el Estado.

Esta división básica nos indica ya los lineamientos principales del libro y el interés del tema que trata. Sobre todo en un país como el nuestro, en el que a través de la historia se han suscitado polémicas entre ambas sociedades perfectas, y en el que nuestra misma historia nos está demandando juicios de estas dos sociedades, es necesario tener criterios teológicos sanos para poder juzgar rectamente de las situaciones históricas y presentes.

El presente libro nos da base para ello. Al plantear el problema teológico de las relaciones Iglesia-Estado, hace aclaraciones muy acertadas acerca de la valoración y recta consideración del magisterio eclesiástico en esta materia. También el problema de la distinción entre lo temporal y lo espiritual, lo natural y lo sobrenatural, lo trata de una manera muy satisfactoria. Tiene una suficiente amplitud de juicio para resolver el problema teológico. Al tratar del problema sociológico, hace girar todo en torno a la distinción entre comunidad y sociedad, Iglesia y Estado, distinción que esclarece muchas dificultades.

LO DIVINO Y LO HUMANO EN LA BIBLIA.—J. M. Simón, o.m.i.—170 págs.—Colección Eler.

Este es un libro muy útil que debería estar en manos de tantos cató-

Algo básico y muy acertado en el libro es que al tratar de las situaciones de conflicto, realmente se ve que hay conocimiento histórico serio de los hechos como para poder formular juicios acertados. Me parece que si sitúa los hechos en su época. Reconoce con sinceridad algunos abusos de la Iglesia, pero mantiene firmemente los derechos de ella.

La parte de relaciones concordatorias también la desarrolla con un conocimiento adecuado de la historia, y con una puntualización exacta de la naturaleza de los concordatos, sus finalidades, sus circunstancias, sus condiciones, etc.

Termina el libro con una reflexión teológica sólida sobre el poder, su origen, y la relación entre poder civil y poder eclesiástico. A esta reflexión teológica añade una comparación entre autores antiguos, sobre todo Belarmino, y autores modernos.

Me parece que es un libro, que pone a nivel de cualquier persona culta una doctrina teológica tan importante como es esta. Una cultura católica no vulgar, no podría prescindir de la doctrina presentada por estos autores.

Guillermo Villaseñor García, S. J.

licos deseosos de leer y comprender la Palabra de Dios.

Es una introducción y síntesis de los conocimientos sustanciales que debe tener todo católico acerca de este tema: Dios y el hombre inspirado son autores de la Biblia, y por tanto ella es infalible. Los racionalistas no saben leer este libro sagrado (de Renán Oppenheimer) La Biblia es fuente todavía inagotada (porque es inatgotable) de luz divina. Biblia y ciencia moderna son armonizables aunque aparentemente pudiera parecer lo contrario.

MUJER Y HOMBRE, HOY.—Pilar de Cuadra.—241 págs.—Educación y Familia.—1967.—Bilbao.

El tema de psicología femenina y masculina está saturando el mercado. Pero, "Mujer y hombre, hoy", es algo diferente. Todo el libro nos descubre múltiples aspectos de la mujer. Sólo la primera parte se refiere al hombre al contrastar semejanzas y semejanzas de ambos sexos. Campea a lo largo de todas las páginas un humorismo muy fino, pero especialmente en éstas.

La segunda parte: mujer y sexo, es fresca y abierta. No hay consejos ni recetas baratas o finas, sino comentarios sobrios sobre lo "sexy", las modas, la libertad, etc.

Muchas personas desearían una orientación acerca de infinidad de temas bíblicos que desconocen o que los desconciertan. Este libro da respuesta a ellos, de una manera asequible.

Recoge el resultado de las investigaciones modernas y la experiencia de siglos para ofrecerla a los que deseen acercarse al libro de los libros.

A. Churrua.

Pasa luego, a embozar con soltura y gracia una breve historia del feminismo en la literatura desde Homero hasta Teilhard de Chardin. En la cuarta parte constata la promoción cultural y religiosa de la mujer, hoy.

Termina con cuatro apéndices y una selecta bibliografía. Entre aquellos son particularmente interesantes los de San Pablo y la mujer y Santo Tomás y lo femenino.

Muy buen ensayo de feminología. El solo estilo ameno y saleroso ya sería un punto bueno a favor del sano feminismo.

Víctor M. Pérez Valera.

"LA GUADALUPANA"

FABRICA DE VELAS Y VELADORAS



VELADORA LITURGICA
PARA SAGRARIOS
"CORAM TABERNACULO"

PRECIOS:

Caja con 12 veladoras semana-
rias .. \$ 110.00 c/u

Caja con 36 veladoras 1/2 semana .. \$ 110.00 c/u

Caja con 100 veladoras serv. diario .. \$ 85.00 c/u

VASOS SEMANARIOS:

Rojo Americano \$ 225.00 c/u

Rojo corriente del país \$ 50.00 c/u

Rojo Americano Media Semana \$ 115.00 c/u

P O R T A - V A S O S
G R A B A D O S D E
A L U M I N I O \$ 35.00 c/u

T A P A S D E A L U -
M I N I O \$ 10.00 c/u

Si usted quiere probar nuestro producto le ofrecemos: Caja con 12 veladoras semana-
rias, vaso corriente del País, Portavaso grabado de aluminio y tapa; TODO POR: \$ 180.00.

ENVIAMOS PEDIDOS C.O.D. O REEMBOLSO. HAGANOS EL SUYO A

AV. OBSERVATORIO N° 465, COL. PALMAS, Z. P. 18
MEXICO, D. F. O A LOS TELEFONOS 16-03-21 y 15-98-65

VINO PARA CONSAGRAR

EMINENCIA

100% PURO DE
UVA FRESCA

CIA. VINICOLA DEL VERGEL, S. A.

APDO. 22 GOMEZ PALACIO, DGO. TELS. 4-19-20 4-19-21	ISABEL LA CATOLICA 922 COL. POSTAL MEXICO 13, D. F. TELS. 19-82-88 19-35-75
---	--

christus

Discursos de Pablo VI en Colombia.

- La caridad no basta si no va acompañada de la justicia.
- Los Pastores en el movimiento litúrgico.



Relojes

de
torre
para
iglesias

Relojes con preciosas sonerías.
Construidos para durar 100 años.
Tenemos modelos desde \$2,900.00

★
Pida catálogo y presupuesto gratis.

LA PRINCESA

ESQUINA TACUBA Y BRASIL

UNICA SUCURSAL: COLONIA 6 DE MAYO • MARCEL LA SALLE